



**La novia
falsa
del multimillonario 3**

SIERRA ROSE

La novia falsa del multimillonario 3

Sierra Rose

Traducido por Lola Fortuna

“La novia falsa del multimillonario 3”

Escrito por Sierra Rose

Copyright © 2018 Sierra Rose

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Lola Fortuna

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

La Novia | Falsa | del multimillonario

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

**La Novia
Falsa
del multimillonario**

(Libro 3)
Sierra Rose

Diseño de portada: Design

Visita a Sierra Rose en
www.authorsierrarose.com



Sierra Rose

Passion. Love. Romance.

Capítulo 1

Descubrir que estás embarazada puede ser un enorme, brutal shock cuando no lo has planeado. Y tener que decírselo a mi pareja me convertía en un auténtico manojo de nervios. Y yo ya era de por sí un manojo de nervios. ¿Cómo iba a reaccionar él? Era difícil pensar cuando había tantos sentimientos inundándome.

Sujeté con fuerza las manos de Marcus.

–Cariño, estoy embarazada.

Se quedó con la boca abierta.

–Espera... ¿qué? ¿Qué acabas de decir?

–Que voy a tener un bebé. *Nuestro* bebé. Sé que esto es inesperado y repentino, pero sabía que tenía que contártelo enseguida.

–Pero pensaba que tomabas la píldora –dijo él.

–Así es, pero ha ocurrido de todas formas. Te juro que me he tomado la píldora religiosamente. Pero de todas maneras hay una posibilidad diminuta de quedarse embarazada. Vaya, quizás debería comprar lotería.

Me tocó la tripa.

–¿Estás...?

–Sí –susurré.

–¿En serio?

Sonreí mientras intentaba procesar mis palabras.

–Bienvenido a la paternidad.

–¿Voy a ser padre? –preguntó.

Asentí.

–¡Sí!

Me estrechó entre sus brazos mientras el entusiasmo se apoderaba de él. Sabía lo feliz que estaba porque había lágrimas en sus ojos.

–Estoy nervioso, pero estoy súper feliz.

–¿Te alegras de esto? Creía que te ibas a poner furioso conmigo.

–Estoy un poco asustado, confundido y en shock. Pero, ¿cómo iba a enfadarme contigo? Puede que no lo hayamos planeado, pero un niño es una bendición.

–Yo aún estoy intentado asimilarlo –dije.

–Sí, yo también intento hacerme a la idea de lo que esto significa.

–Significa que tendrás que beber menos cerveza y jugar menos videojuegos.

Mark se echó a reír. Nos quedamos mirándonos sin poder creerlo.

–No estaba segura de lo que ibas a querer hacer al respecto –dije–. Tenemos distintas posibilidades. Pero quiero que lo decidamos juntos.

Él me tocó la tripa suavemente y se quedó pensativo.

–Hay una vida creciendo dentro de ti. Él o ella va a desarrollarse poco a poco hasta ser una persona con una personalidad única, con sus propios intereses y talentos.

Quiero conocer a mi hijo o hija. –Entrecerró los ojos–. Rebecca, no quiero que abortes. Sé que la decisión es tuya y te voy a apoyar decidas lo que decidas. Pero por favor piénsalo bien. Cualquiera que sea tu decisión la respetaré.

–Yo pensaba en adopción.

–No voy a dejar que otra persona críe a nuestro hijo.

Se me encogió el corazón.

–Estoy volviéndome loca. ¿Cómo voy a poder con esto?

Él me estrechó entre sus brazos y me dijo unas palabras para animarme:

–No estás sola, yo estaré todo el tiempo contigo.

Me apreté contra él.

–Las cosas han cambiado muchísimo. Nada volverá a ser como antes. Ni siquiera nos conocemos del todo bien. ¿Estamos preparados para algo así?

Lo pensó y luego dejó escapar un largo suspiro.

–Ciertamente es un shock, pero ya iba siendo hora de madurar. Voy a portarme como un hombre, Rebecca. Voy a hacerme cargo de este bebé. Voy a ser el mejor de los padres. Nada de niñeras. Nos haremos cargo personalmente.

Parecía tan sincero que asentí.

–Ya sabía en lo que me metía cuando conocí a esta mujer que, literalmente, me hizo perder la cabeza –dijo–. Y sé también que no quiero perderla. Jamás. No quiero perder nunca lo más maravilloso que he tenido en la vida. –Sonrió y continuó–. Te echo de menos cuando no estás conmigo. Cuando no estamos juntos no hago otra cosa que pensar en ti. Cuando pienso en ti solo quiero estar contigo. Cuando estoy

contigo es como si todos mis sueños se hubiesen hecho realidad. –Me acarició la mejilla con suavidad–. Te quiero.

–Yo también te quiero –dije–. Y cada vez que te veo lo que quiero es abrazarte y no dejarte marchar.

–Yo tenía muchos días tristes antes de conocerte. Y estoy seguro de algo; haces que merezca la pena levantarme cada día. Tener un hijo contigo es lo más emocionante de mi vida.

Lo besé en los labios y compartimos un beso muy dulce.

Me llevé las manos a la tripa.

–No puedo creer que vaya a tener un bebé contigo.

–Voy a ser... papá.

–Y yo voy a ser... mamá.

Sonreí mientras Marcus me besaba en los labios.

–Confirmemos que estás embarazada con una ecografía –dijo él–. Luego podemos hablar con algún especialista sobre nuestra situación.

Asentí.

Capítulo 2

Marcus me llevó directa al médico.

Con los años yo había desarrollado un pequeño juego para cuando tenía que enfrentarme a situaciones difíciles.

Este era el juego: cerraba los ojos tan solo un segundo para pensar en algún recuerdo. Cualquiera valía, daba igual. Un momento de estudio en la biblioteca, cuando alquilé mi primer coche, volver a casa después de una mala cita con algún chico. Cualquier cosa. Centraba toda mi energía en ese recuerdo. Y entonces por un momento, tan solo ese momento, olvidaba lo que estaba ocurriendo.

Luego abría los ojos y volvía a la realidad.

–Tumbese –me dijo la enfermera, indicándome el espacio en el que podía apoyar los pies sobre la camilla–. Intente relajarse. Esto está un poquito frío.

Intenta relajarte.

¿Cómo?

Hice lo que me dijo, cerré los ojos, pero una parte de mí se moría de miedo. Dos lágrimas diminutas superaron mis fieras defensas, pero me las sequé antes de que llegaran a mi pelo.

Tuve una sensación helada.

–Solo le he puesto un poco de gel –me dijo.

Rechiné los dientes e intenté ignorarlo mientras la enfermera me decía algo sobre sus cuatro perros y sus dos gatos.

Marcus entró.

–Lo siento, tenía que atender una llamada.

–No te has perdido nada –dije.

Se acercó a mí y me tomó la mano.

–Bien.

La enfermera y Marcus charlaron un poco mientras ella me pasaba el cabezal del aparato sobre la tripa, apretando un poco aunque sin hacerme daño.

–¿Ves estas partes grises y las blancas en la imagen? –preguntó la enfermera–. Son los huesos y el tejido. Las partes oscuras son líquido, el líquido amniótico que hay alrededor del bebé.

–Oh –dije.

De pronto, oí un sonido como de líquido, era la sangre que pasaba por el cordón umbilical y la placenta. Me costó contener la emoción.

–Es como un tren en un túnel.

–Es como el sonido del viento entre las hojas de los árboles.

Salté cuando se oyó de pronto el latido del corazón.

–¿Es el bebé?

La enfermera asintió con entusiasmo.

Mis ojos se abrieron, llenos de sorpresa.

–Va más rápido que el mío.

Cerré los ojos para concentrarme y entonces escuché más fuerte los latidos. Era como oír a un grupo de caballos galopando en el agua. Sonreí con amplitud al encontrarme con la mirada de Marcus, su emoción hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Era obvio que él estaba tan entusiasmado como yo, tuvimos un momento de conexión especial. Habíamos creado vida humana. Estábamos oyendo sus latidos. Decir que era increíble no lo describía suficientemente.

-Te quiero mucho -dije.

Marcus acarició mi mejilla.

-Yo también te quiero.

-No puedo pasar por esto sin ti -susurré-. Sencillamente no puedo.

-¿Y qué te hace pensar que vas a tener que hacerlo sola? - Me besó en los labios y, cuando intenté hablar, me puso un dedo sobre la boca-. Antes de conocerte pensaba que tenía todo lo que podía necesitar para ser feliz. Pero luego llegaste a mi vida y lo cambiaste todo.

-Debería haberte invitado un café aquel primer día en el que nos conocimos.

Marcus sonrió.

-Eras tan cabezota, tan fuerte, tan independiente. Me encantó la forma en la que me plantaste cara. En aquel mismo momento supe que había algo especial en ti. Fue en ese mismo instante cuando me di cuenta de lo vacía que estaba mi vida sin alguien como tú. -Me miró a los ojos un buen rato-. ¿Es que no lo ves? Mi corazón muerto volvió a la vida por ti. Te quiero y nunca te voy a dejar marchar.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

–Estás haciendo que se me ponga la carne de gallina.

Nos quedamos mirando a la enfermera mientras pasaba el cabezal por mi tripa y observaba el ordenador.

–Aquí está, vale, lo tengo –dijo de pronto–. Estás de unas seis semanas. ¿Ves esa luz que parpadea? Es el corazón.

Me quedé mirando al monitor sin parpadear, intentando comprender cómo algo tan pequeño era capaz de poner mi vida de cabeza en tan solo veinticuatro horas. Era precioso, pero aterrador.

–¿Ves a tu bebé? –Volvió a presionar, acercándose a mí entusiasmada.

–Sí, lo veo.

–Es pequeña –dijo Marcus–. O pequeño.

–¿Eso es normal? –pregunté.

La enfermera me apretó la mano para tranquilizarme.

–Es muy difícil entender lo que estás viendo cuando el feto es tan pequeño. No te preocupes. Todo está normal. Dentro de nueve meses vais atener un precioso bebé. –Se levantó de la silla y apartó el monitor, luego me pasó una toalla–. Espera un minuto, voy a traerte la imagen impresa.

Levanté la mirada sorprendida mientras me limpiaba el gel.

–¿Cómo?

–Puedo imprimirte lo que hemos visto para que os lo llevéis a casa.

–Genial, sí, me encantaría. Gracias.

La doctora Collins entró y echó un vistazo. Dijo que todo estaba en orden y me sonrió mientras pulsaba algunos botones para hacer que la impresora arrancara.

–Bueno, quiero verte cada mes para asegurarme de que todo va como debe ser. ¿Tienes alguna pregunta?

Se me escaparon dos lágrimas más y me apresuré a secármelas.

–Tengo millones de preguntas. Pero ahora mismo no puedo pensar. Necesito tiempo para asimilar esto. De todas formas gracias.

La doctora se giró hacia Marcus.

–¿Te importa dejarme un momento a solas con Rebecca?

–Por supuesto, Dra Collins. Estaré en la sala de espera. –Se marchó.

–¿Está todo bien? –preguntó la doctora–. A lo mejor quieres preguntarme algo ahora que no está aquí tu novio.

Hablamos unos minutos y ella me aseguró que todo estaba en orden, mi bebé estaba sano. La enfermera entró y cogió la impresión de mi ecografía.

Guau. Iba a ser *madre*.

La palabra fue como un puñetazo en el estómago y me encogí hacia adelante, sujetándome al respaldo de la silla para no caer. ¿Iba a ser una buena madre? No sabía nada de bebés. Ni siquiera tenía una relación estable. ¿Y si acababa siendo madre soltera? Marcus había dicho que estaría a mi lado, pero nada lo obligaba a ello. Mi padre nos abandonó a Max y a mí. ¿Y si la historia se repetía con Marcus y me tocaba criar sola a mi hijo como mi madre tuvo que hacer conmigo? Ni siquiera

era capaz de pagar el alquiler. ¿Cómo iba a poder con algo como esto? Quería darle todo a mi bebé pero, ¿podría hacerlo? Todos los pensamientos que una madre puede tener se acumularon en mi mente. Me estaba dando un ataque de ansiedad. No podía respirar. Sentía como si las paredes de la habitación cayeran sobre mí.

Madre. Madre de un bebé. De un niño o una niña.

Nuevas palabras empezaron a colarse en mi vocabulario a una velocidad alarmante y cerré los ojos, cogiendo aire por la boca y sacándolo por la nariz, una técnica que mi madre me enseñó cuando era pequeña y me estresaba por el colegio o para cuando sentía que me iba a desmayar.

Exacto: *mi madre*. Porque yo aún era una *niña*. No podía tener un hijo. En aquel momento la enfermera me puso la impresión de la ecografía en la mano. La miré con cariño, inclinándola hacia un lado primero y luego hacia el otro. ¡Dios mío! ¡Era mi bebé!

–Todo está bien. –La enfermera sonrió–. Tanto tú como el bebé estáis de maravilla.

Asentí.

–Me alegro muchísimo de oír eso. –¡Pero no puedo respirar!

Otra enfermera asomó la cabeza. Me miró para intentar arrancarme una sonrisa.

–Un chico guapo en la sala de espera pregunta por ti.

–Sí... Estoy con él. –Mi voz sonó pequeña y rota, insegura a pesar de lo mucho que intentaba que no se me quebrara.

-¿Tu novio? -adivinó la enfermera mientras me pasaba un folleto.

-Mi prometido en realidad.

Y, como si adivinara lo complicado que era todo, la mujer no preguntó nada más. Se le iluminó la cara.

-¡Qué bonito! ¿Y cuándo es el gran día?

-Aún no hemos puesto fecha.

-Bueno, pues aquí ya hemos terminado -dijo la primera enfermera.

-Gracias por todo.

Me marché llena de ansiedad, chocando contra la papelera mientras daba pasos torpes hacia la puerta. En cuanto me encontré en el pasillo, me apoyé en la puerta, intentando recobrar el ritmo de mi respiración. Pero me caí cuando la enfermera volvió a abrir. Me puse roja como un tomate y me disculpé cientos de veces, desapareciendo por el pasillo como un conejillo asustado.

Prácticamente no vi a Marcus cuando se levantó como un rayo al verme. Estaba junto a una enorme pecera que debía resultar relajante. Era una posición estratégica desde la que podía ver tanto el mostrador de recepción como la puerta. Una enfermera me llamó por mi nombre, pero yo estaba demasiado ocupada caminando hacia la puerta en zigzag. Un guardia de seguridad tuvo que detenerme cogiéndome del brazo para que yo levantara al fin la mirada y lo viera sorprendida.

-Disculpe, señorita -me dijo con educación-. Creo que la llaman.

Me giró con suavidad y entonces vi a Marcus, a la enfermera que me había hecho la ecografía y a dos enfermeras más, todos mirándome con ojos como platos desde el mostrador. Las puertas automáticas se abrieron a mi espalda y la brisa que entró me estremeció.

Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba puesta una bata de hospital.

–Hey, cariño. –Marcus me ofreció una sonrisa nerviosa, apretándome el hombro.

Parpadeé confundida, mirando a mi alrededor mientras la realidad se me echaba encima.

–Tengo un ataque de ansiedad –dije.

–Intenta respirar despacio –dijo Marcus.

–Eso hago.

Me cogió la mano.

–No pasa nada.

–Debería vestirme –dije–. Creo que me estoy volviendo loca.

–Primero respira –me dijo para tranquilizarme.

–Vale.

Cuando me estabilicé volví a la sala de ecografías. De pronto, todas las lágrimas que había contenido con tanta decisión, se me desbordaron. Me eché a llorar, cubriéndome la cara y recogiendo las rodillas contra el pecho. Se abrió la puerta y entraron Marcus y dos enfermeras. Dos de las tres caras dieron un paso nervioso hacia atrás, pero Marcus permaneció con valentía. Intentó acariciarme el pelo, pero me eché hacia atrás.

–No pasa nada –murmuró intentando animarme.

–No... Esto... Esto es ¡re- real! ¡Estoy embarazada!

Al decir eso perdí el control. El mundo se vino abajo mientras yo lloraba sin vergüenza alguna. Cogí el cojín de la silla para cubrirme la cara con él, pero enseguida me di cuenta de que estaba cosido, así que me doblé sobre mí misma, retorciéndome como si tuviera que luchar por conservar la vida.

Oí unos pasos alejándose. La puerta se abrió y se cerró, solo entonces entendí lo que ocurría. Marcus estaba junto a mí. A pesar de sentirme culpable y perdida, cogí sus brazos y me envolví dentro de ellos, entrelazando los míos, abrazándolo con fuerza, cubriendo mi vientre mientras volvía a doblarme sobre mí misma entre sollozos. Marcus apoyó la cara contra mi cabeza, sentí su respiración templada contra mi cuello.

Poco después me había tranquilizado lo suficiente para poder darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. La silla era para una sola persona, así que Marcus había tenido que sentarse en una postura extraña, con una pierna apoyada en el suelo. Las enfermeras se habían marchado y, a juzgar por una lucecita roja que se encendía de manera intermitente, las clínicas tenían su propia versión del cartel de “no molestar”.

Sintiéndome tan frágil como un pañuelo de papel, me giré y me quedé mirándolo a la cara. Marcus tenía la misma expresión que yo: el pelo revuelto, los ojos llenos de pánico, mantenía el control solo gracias a un hilo muy delgado. Pero mientras que yo estaba claramente en el borde de un ataque

de nervios, él mantenía todos sus pensamientos centrados en mí.

–¿Quieres que te traiga algo? –murmuró con ansiedad–.
¿Un poco de agua?

No pude responder. Con dedos temblorosos recogí la impresión de la ecografía que antes había dejado caer al suelo y la coloqué a mi lado en la silla.

–Vamos a tener un bebé –susurré levantándola.

Aparentemente sin pensar, Marcus levantó la mano para tocarla, pero se detuvo justo antes de que las yemas de sus dedos rozaran el borde.

–Voy a ser padre –dijo exhalando con fuerza, acercándose para ver mejor la impresión.

Se me formó un nudo en la garganta.

–Nuestro niño ha sido concebido dentro de una farsa a nivel mundial. Un fraude internacional.

Mi chillido carente de aire le dio un aire cómico a todo lo que decía, a pesar de que me esforzaba por hacerme entender. Marcus sonrió ligeramente.

–¿Estás intentando hacer que me sienta mejor? ¿Cómo puedes bromear en un momento así?

–No estoy bromeando –me quejé–. ¡Hablo en serio!

La sonrisa desapareció mientras yo dejaba la ecografía en la mesita que sostenía el monitor.

–No puedo ser madre... No puedo hacerlo –dije con palabras entrecortadas–. ¡Qué voy a hacer!

Los dedos de Marcus se entrelazaron de pronto con los míos y me quedé mirando la firme determinación que se leía

en su cara.

–Nosotros vamos a hacerlo juntos. Voy a estar para ti todo el tiempo. Decidas lo que decidas te voy a apoyar.

Una ola de náusea me subió hasta la garganta y retiré mi mano. Ignorando su expresión petrificada y ansiosa, pasé las piernas hacia un lateral de la silla y busqué mi ropa con la mirada.

–Quiero irme a casa –murmuré, cogiendo mis vaqueros.

Marcus asintió y sacó el móvil para escribir un mensaje.

–Claro, lo que necesites. El conductor está aquí en la esquina, voy a decirle que se acerque.

Meneé la cabeza.

–No me refiero a tu mansión, Marcus. Me refiero a mi casa.

Él hizo una pausa insegura, sin dejar de sujetar el móvil.

–Podemos irnos a East Hollywood si quieres. No creía que querrías volver.

–Hablo de mi casa de verdad. –Me puse los zapatos, ignorando las lágrimas silenciosas que seguían corriendo sin control sobre mi cara–. Mi casa en Washington. La casa de mi madre –corregí con un ligero suspiro.

Hubo una breve pausa y luego la luz en los ojos de Marcus se apagó hasta desaparecer.

–Iré contigo –dijo bajito.

–Necesito a mi familia.

–Yo soy tu familia.

–Te quiero, pero necesito un poco de tiempo para pensar, ¿vale? Necesito un tiempo para estar a solas, para decidir qué

voy a hacer.

–¿No quieres que vaya contigo? –preguntó.

Asentí sin una palabra, metiendo los brazos en las mangas de la chaqueta y cogiendo el bolso.

–Rebecca –suplicó de pronto–. Por favor déjame ir. Esto... esto es tan inesperado para mí como lo es para ti. Puedo quedarme en un hotel, no me importa. Pero quiero estar contigo.

–Soy yo quien está embarazada. Puedes irte a casa ahora mismo y seguir con tu vida normal, no volver a pensar nunca en este día. Yo ya nunca podré hacerlo. Todo ha cambiado de manera permanente.

–Ha cambiado para los dos. –Intentó sujetarme por las manos cuando pasé con dirección a la puerta–. No pienses que puedes irte a casa y fingir que no ha ocurrido nada. Rebecca, estamos en esto juntos. También es mi bebé.

–Cuando escuché los latidos de nuestro bebé me di cuenta de que se trataba de un ser humano de verdad. Todo es mucho más real.

–Y quiero a este bebé como a nada en el mundo –dijo Marcus–. Quiero casarme contigo y criar juntos al niño.

Dos cosas que me asustaban: casarme y tener hijos. No sentía rabia en absoluto, tan solo un pánico ciego, puro. Me iba a casar con un hombre al que ni siquiera conocía bien. Iba a tener un hijo con él. ¿Me había vuelto loca? Necesitaba espacio para pensar. Me sentía acorralada.

–Dime algo, por favor –dijo Marcus.

–Fui yo quien decidió meterse en una relación falsa contigo. Soy yo quien recorrió el pasillo a hurtadillas para meterme en tu cama.

Me sequé las lágrimas de la cara y cogí aire temblando. A pesar de lo preocupada que estaba, ver a Marcus así me mataba, intenté que me entendiera.

–No voy a hacer nada drástico, si es eso lo que te preocupa. No quiero abortar. Quiero tener este bebé. De verdad. Pero necesito tiempo para pensar. Yo solo... Creo que podría volverme totalmente loca si esperara una o dos horas más. No me hago a la idea de que esto esté ocurriendo... Necesito estar con mi familia.

Se quedó paralizado, dio un paso robótico hacia atrás mientras yo tocaba la puerta.

Cogí aire sintiéndome culpable y lo dejé atrás, pero no podía edulcorar las palabras. Ahora, *más que nunca* era el momento de hablar con la verdad.

–Hace poco que nos conocemos, Marcus. –Mis ojos centellearon pidiéndole perdón. Luego salí al pasillo–. Lo siento.

Capítulo 3

Tras pasar los últimos tres años en el corazón de Los Ángeles, había olvidado por ejemplo que Washington tenía una cosa llamada estaciones. El viento rugía sobre un cielo oscurecido que preparaba la tormenta cuando aterrizamos el Aeropuerto Internacional Seattle-Tacoma y yo miraba por la ventanilla. Hice un poco de tiempo deliberadamente, caminando por los pasillos de la terminal. Quizás tenía miedo de encontrarme con mi madre y contarle lo que ocurría. Tenía tanta prisa por llegar a casa que salí directa desde la clínica. Lo primero que hice fue comprarme una de esas cursis sudaderas para turistas que ponen *Washington State*. Una media hora después, alquilé un coche (algo para lo que tenía edad legal *por los pelos*) y entré en la autopista. Así era, podía tener un bebé pero tan solo habían pasado tres meses desde que había cumplido veintiún años y se me consideraba lo suficientemente responsable para poder alquilar un coche.

La casa de mi madre estaba a tan solo cuarenta y cinco minutos de distancia. Más bien una hora, por lo despacio que la lluvia me hacía conducir. Estaba en una preciosa ciudad pequeña llamada Everett, en la zona de Puget Sound. Recordé que de pequeña me intimidaba su tamaño. La primera vez que me dejaron moverme sola en la red de autobuses de la ciudad

con Amanda, cuando entramos en el Instituto, tuve un ataque de pánico. Después de vivir en los Ángeles, esta ciudad industrial me parecía muy manejable.

La furia de la tormenta había volcado algunas de las macetas que mi madre había plantado con tanto mimo. La encontré luchando para meterlas en el garaje cuando llegué. Bajé del coche enseguida.

–¿Rebecca? –Mi madre levantó la mano para colocársela como visera y protegerse de la lluvia–. ¿Pero qué haces aquí, cariño?

Me envolvió en un abrazo apretado y empapado, estaba demasiado contenta para darse cuenta de que algo no iba bien. La lluvia escondía con éxito las lágrimas que, inexplicablemente, seguían brotando desde que me marché de la consulta del médico en Los Ángeles. De verdad que no entendía cómo era posible. Seguro que ya me había deshidratado. En cuanto mi madre se echó un poco hacia atrás y me vio la cara, se dio cuenta.

–Ay, Dios, ¿qué ha pasado? –Me sujetó la cara con las manos y me miró a los ojos, buscando allí las respuestas–. ¿Es Amanda, está bien? ¿Es Marcus... Os habéis peleado? No lo habéis dejado, ¿verdad? Por Dios, Bex, ¡dime algo! ¿Qué pasa?

Abrí la boca, con un suspiro y con hipo a la vez. ¿Por dónde empezar? ¿Cuánto quería contarle? Presa del pánico, había venido corriendo a casa como una paloma mensajera que vuelve a la base. Ni siquiera había pensado qué iba a decir.

–Mamá... Vengo del médico.

–¡Estás embarazada!

Lo bueno de las madres es que a veces dicen las cosas por ti.

–Sí. Vas a ser abuela.

Me abrazó con fuerza.

–¡Felicidades, cariño! Me alegro muchísimo por Marcus y por ti. ¡Me alegro de que me hagáis abuela! Sabes que voy a mimar a ese niño hasta echarlo a perder, ¿verdad?

Sonreí.

Me metió en casa para refugiarme de la lluvia. Me sentó en el sofá mientras encendía la chimenea y preparaba dos tazas de chocolate caliente a la velocidad de un superhéroe. Volvió un minuto después y se sentó a mi lado, colocando una manta sobre nuestras piernas y me pasó mi taza favorita.

–¿Cuándo lo has sabido?

–Acabo de descubrirlo y he venido aquí directamente. – Intenté dar un trago, pero me quemé la lengua.

–¿De cuánto estás?

Las preguntas salían disparadas, aunque fueran bien intencionadas. Quería sacarme toda la información posible porque sabía que luego me quedaría callada. Desde que tenía uso de razón, habíamos tenido versiones hipotéticas de esta conversación. Mi madre sabía que yo no quería tener hijos, pero también sabía que no abortaría. Por tanto la clave estaba en no quedarme embarazada, algo en lo que había fallado estrepitosamente.

–De seis semanas –Le mostré la ecografía.

Asintió con tranquilidad, pero estaba mordiéndose el labio.

-¿Marcus es el padre?

-¡Sí, mamá!

Levantó las manos.

-Solo preguntaba. En los últimos meses has hecho un montón de cosas que me han sorprendido, Bex. Aún no me hago a la idea de que te vayas a casar con ese hombre.

Sentí cómo se me helaba el corazón en el pecho. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y tuve una extraña sensación de contracción que me dificultaba la respiración. Mi madre dejó su taza de chocolate enseguida, malinterpretando mi cara de dolor por algo que ella había dicho.

-Oh no, cariño, no me malinterpretes. -Me apretó las rodillas y me ofreció una sonrisa deslumbrante-. Me has sorprendido pero estoy muy, muy orgullosa de ti. Si mal no recuerdo siempre te he dicho que te mostraras al mundo y dieras un salto confiando en ti. No te imaginas cuánto me alegra que al fin lo hayas hecho. Y Marcus es un hombre maravilloso. Se me alegra el corazón cuando os veo juntos.

Un potente sollozo se abrió paso por mi cuerpo y dejé caer la cara entre las manos. Esto se ponía aún peor.

Mi madre me quitó la taza de las manos y la puso en el suelo para que estuviera a salvo.

-Mi niña, ¿qué ocurre? ¿Te preocupa el bebé? Sé que no lo planeabas pero... pero estáis enamorados. Esto solo es una forma de adelantarse en el camino, nada más.

-No, mamá, no es eso. -Tragué y volvió el hipo-. Bueno, lo es, quiero decir... Es por todo. Todo esto se me ha ido de las manos.

-¿A qué te refieres con “todo esto”? -preguntó, acariciándome la espalda preocupada-. Cariño, ¿qué pasa?

Temblando, cogí aire en una respiración larga y enderecé los hombros. Ya no se trataba tan solo de Marcus y de mí. Había otras personas implicadas, los sentimientos de otros estaban en juego. Había llegado el momento de decir la verdad.

-Mamá... -La miré a los ojos con nerviosismo-. Tengo que contarte algo.

Capítulo 4

-¿Y... guardaste todo ese dinero detrás de los polos helados?

-Es la quinta vez que te lo repito, mamá: ¡sí!

¿Cómo era posible que después de que mi madre escuchara esta historia increíble, una que había estado en las primeras páginas de los periódicos; esa historia que constituía un engaño a escala internacional, se quedara tan solo con ese detalle insignificante?

-Me daba miedo que el banco me preguntara de dónde había sacado el dinero así que sí, lo guardé en el congelador. - Me froté los ojos cansados mientras miraba fijamente a las llamas que bailaban en la chimenea-. En aquel momento me pareció una gran idea.

Mi madre me lanzó una mirada crítica por encima de las gafas pero contuvo sus palabras.

Yo odiaba sus gafas. Supe que me la había cargado cuando vi que se las bajaba a la mitad de la nariz en medio de nuestra conversación. Hacían que sus ojos parecieran más grandes y siempre me hacían sentir como si me mirara fijamente, como si tuviera dudas de que una persona tan defectuosa como yo hubiese podido nacer de ella.

Le sostuve la mirada con tanto valor como pude, pero siempre me resultaba difícil saber exactamente hacia dónde

miraba ella. Al final me di por vencida y me tapé la cara con un cojín.

–¿Podríamos dejar de centrarnos en los polos, *por favor*?

Arqueó las cejas de forma peligrosa y las gafas bajaron solas hasta la punta de la nariz.

–Vaya, lo siento, Rebecca. Llevas noventa días mintiéndome ¿y ahora además pretendes decirme cómo debo reaccionar? –Su voz perforó el aire que había entre las dos–. Te pido disculpas.

Cuanto más se extendía el silencio más parecía ablandarse mi madre. Pasado un rato me apretó la rodilla por debajo de la manta. Levanté la mirada, sintiéndome destrozada y avergonzada, con las lágrimas rodando por mis mejillas.

–Lo siento –susurré. Y lo decía desde el fondo del corazón–. Pensaba que todo esto acabaría sin hacer daño a nadie. Pero ha sido lo contrario, le he hecho daño a *todo el mundo*. Y ahora...

Por primera vez me puse las manos de forma tentativa sobre el vientre. No notaba ninguna diferencia. Yo tampoco me sentía diferente. Sin embargo era indudable que algo había cambiado en mi interior.

–Lo siento muchísimo –repetí una vez más.

Era una frase demasiado sencilla para que sirviera para concluir el asunto, pero era verdad y no tenía una forma mejor de expresar lo que sentía.

Entonces mi madre se acercó despacio y puso sus manos sobre las mías, sorprendiéndome. Su mirada buscó la mía y me ofreció una cálida sonrisa.

–No pasa nada.

A pesar de las muchas veces que me dije lo contrario en las últimas horas, una sensación tintineante de alivio empezó a apoderarse de mi cuerpo, calentándome desde los dedos de los pies hasta la cabeza. A pesar de que no le creía del todo.

–¿No pasa nada? –repetí incrédula.

En una ocasión mi madre sufrió un pequeño aneurisma porque el cartero se equivocó con unas cartas, así que algo como esto jamás podía tener la categoría de... *no pasa nada*.

Me apretó la mano.

–Verás, Rebecca, aunque todo haya empezado debido a una horrible mentira, se ha convertido en una relación de verdad. En algún momento Marcus y tú os enamorasteis de verdad –Le brillaron los ojos–. Soy tu madre. –Me miró por encima de las gafas–. Sí, Bex, soy tu madre, ¿cómo no me voy a alegrar de que mi niña haya encontrado el amor? No importa cómo empezara vuestra historia, lo importante es dónde estáis ahora. Eso es lo que cuenta.

Parpadeé. En ninguna de las variaciones hipotéticas de esta conversación que había tenido en mi mente imaginé que sería así. Mi mirada voló hasta los DVDs de *Cuando Harry encontró a Sally* y *Tienes un e-mail*, que estaban junto a la tele, del otro lado del salón.

–Eso lo explica todo –murmuré en tono de broma, llevándome las manos al pecho–. Te he pillado en un buen momento.

–¿Cómo? –Siguió mi mirada hasta las películas y me dio una palmadita en el hombro–. Pues sí. Tienes suerte de no

habérmelo contado la semana pasada. La política me tenía preocupada.

–¿Me habría caído una bronca?

Contuvo la risa.

–Probablemente.

Permanecimos un rato en un cómodo silencio. Mi madre estaba digiriendo la brutal cantidad de información que yo acababa de echarle encima. Yo, por mi parte, estaba disfrutando el exquisito alivio de contárselo todo y también asimilaba el pánico paralizador de convertirme en madre.

–Nunca he querido tener hijos –susurré al fin, sin dejar de mirar el fuego.

–Lo sé, cariño. –Me apretó la mano–. Lo sé. –Nos quedamos más rato sentadas y luego preguntó–: ¿Qué opina Marcus?

Suspiré.

–Lo dejé en la consulta del médico para venir aquí.

Me lanzó una mirada que mezclaba sorpresa y exasperación.

–Bex...

–Salí corriendo al pasillo con la bata esa horrorosa de las clínicas. –Las lágrimas, que por algún motivo habían cesado durante mi confesión, volvieron con toda la fuerza. Encogí las rodillas contra el pecho–. Ha sido un día horrible.

–¡Ay, mi niña!

Me abrazó, apretándome contra su pecho y balanceándome despacio hacia adelante y atrás. El fuego lanzó un crujido y los troncos se cayeron, soltando un millón

de chispitas mientras mi madre me abrazaba y me acariciaba el pelo, besándome la frente de vez en cuando hasta que me tranquilicé.

–Podría haber sido peor, ¿sabes? –dijo de pronto mientras se apartaba–. Yo descubrí que estaba embarazada de Max en casa de tu abuela Christina y vomité en su jarrón chino.

Capítulo 5

A la mañana siguiente al despertar pensé que mi madre me iba a freír a preguntas sobre el futuro. Creía que me iba a preguntar qué iba a hacer con el bebé y si Marcus y yo de verdad íbamos a acabar casándonos. Pero no preguntó nada. Cuando me la encontré preparando café en la cocina solo me pasó unos guantes y me señaló el jardín.

–Han vuelto a salir dientes de león –dijo sin más–. Pongámonos manos a la obra.

A un día le siguió el siguiente, cada uno tan libre de cargas y tan intencionadamente relajante como el anterior. No tenía fecha inminente para volver a Los Ángeles y, aunque Amanda se ofreció a venir a verme cuando hablamos por Skype por sexta vez, la verdad era que estaba disfrutando de mi vuelta a la infancia.

Sentí que necesitaba hacer un poco de ejercicio, así que saqué la bicicleta de mi madre del garaje y di un paseo para disfrutar de las vistas por los viejos campos, deteniéndome en mis cafés y boutiques favoritos. La cajera de un viejo cine al que Amanda y yo solíamos ir aún se acordaba de mí y me preguntó si había conseguido algún papel en alguna película ahora que era una “gran estrella del cine” afincada en el sur.

No pude evitar sonreír ante su entusiasmo mientras salía del cine, comiendo palomitas frías y disfrutando al máximo el olvidado concepto de la lluvia. La palabra “Hollywood” parecía ejercer un efecto increíble sobre toda la gente que se sentía insatisfecha con su vida. Ere como el epítome de un horizonte mítico. El intangible y mágico mundo de Oz que se abría ante ellos. Yo me sentía igual cuando me marché, como si en cualquier momento pudiera salir de casa y algo mágico me fuera a ocurrir. Algo que me levantara, haciéndome flotar, llevándome lejos de mi vida gris, hacia un lugar nuevo. Un lugar en el que todo puede ocurrir.

Me quedé paralizada en plena acera al pasar frente a un escaparate. Detrás de las bolsas de patatas fritas y caramelos había varias filas de revistas de todo tipo; desde revistas de pesca hasta revistas de cotilleos. Y allí, entre las publicaciones de crucigramas, una cara familiar se quedó mirándome. Cuatro copias de aquella cara familiar me miraban fijamente. Marcus estaba en la portada.

Sin pensarlo entré y compré un ejemplar. Me senté en el banco mojado del parque de en frente para leer. Me di cuenta de que no me había preocupado por leer el artículo que habían publicado en el *Time*. Me había quedado impresionada por las mujeres y el yate de la portada y Marcus se había enfadado demasiado por el estereotipo con el que lo asociaban como para hablar de lo que decía el interior de la publicación.

Habré estado sentada una hora, la lectura era fascinante. No tenía ni idea de muchas de las cosas que Marcus había

hecho; de algunos de los mercados que había conquistado y de algunos de los países en los que había vivido para iniciar sus negocios desde cero. A diferencia de otros multimillonarios, directivos de grandes empresas en la lista del Fortune 500, Marcus no tenía a sus espaldas ningún escándalo financiero. Nadie lo había denunciado por ofrecer sueldos injustos, ningún sindicato lo amenazaba ni había rumor alguno de evasión de impuestos. Salgo aquel “sale demasiado de fiesta porque es demasiado joven”, su reputación era intachable. Intachable y demasiado perfecta, pensé, al volver a mirar la portada. No me extrañaba que la gente le tuviese manía. Tenía que haber algo que él hiciera mal.

Enrollé la revista, ya empapada, y la guardé con cuidado en mi bolso. ¿Por qué? La verdad es que no lo sé. Pero cerré el bolso e incluso me aseguré de que el lazo estuviese bien firme, como si en el interior llevara algo de mucho valor. Cuando llegué a casa había dejado de llover y mi madre estaba sentada en medio del salón. Era como una isla solitaria en un mar de fotografías.

–¿Qué es esto? –pregunté con curiosidad mientras me sentaba, poniéndome cómoda a su lado.

–Esto –Sopló para apartarse el flequillo– se supone que es mi gran proyecto para esta primavera. Es algo que me propuse en Nochevieja. ¿Tú no te haces buenos propósitos al empezar el año?

–Cada año el mismo –me sacudí la lluvia del pelo y suspiré–. No quedarme embarazada.

–¡Pues has fracasado! –declaró, lanzando las manos al aire como un juez.

Meneé la cabeza igual que ella.

–Totalmente.

Volvió a las fotos.

–Al menos lo admites. –Le di una palmada en el hombro y troné la boca–. Tengo todas las fotos revueltas en un montón de sobres y ya va siendo hora de que las organice y las ponga en álbumes.

Cogí una foto de Max y mía en la que teníamos unas sonrisas enormes.

–¡Jo, qué pequeños éramos!

Max tenía unos seis años y yo tendría tres, sin embargo recordaba aquel día. Fuimos a visitar a la hermana de mi madre en Charlotte, Carolina del Norte. Ella no tenía hijos y le encantaba que fuéramos a verla. Compró en la juguetería local un caballito que se mecía para que jugáramos. El problema fue que solo compró uno.

En la foto yo estaba montada en el caballo, obviamente me acababa de montar la pobre tía Lucy. Max pataleaba en el suelo, mirando a la cámara con las mejillas enrojecidas y marcadas por las lágrimas.

–Allí empezaba una vida llena de favoritismos –murmuré triunfal.

–Dámela. –Mi madre me arrebató la foto y la metió en un álbum al que le había puesto una etiqueta en la portada–: Los mejores recuerdos y los más grandes lamentos.

–¡Mamá! –Arrugué el entrecejo–. Deberías pegarla justo debajo del título, lo ilustra perfectamente.

–¡Pues sí que eres bromista! –Me pellizcó un poco más fuerte de lo habitual–. ¡Ja! –Se echó a reír al encontrar otra foto de Max bebé–. Ya verás cuando esto te pase a ti. Cuando sean las dos de la madrugada y te eches polvos de talco en el pelo pensando que es champú en seco.

Me quedé mirándola horrorizada.

–Por favor dime que eso no te pasó nunca.

–Dos veces.

Riendo, me pasé los dedos por el pelo.

–Sinceramente, mamá, aprecio mucho que no hayas querido sacar a colación lo desastrosa que voy a ser como madre. Pero ya en serio: ¿qué voy a hacer? Hace solo tres meses que conozco a Marcus.

Mi madre dejó el celo y se giró hacia mí pensativa.

–Pero lo quieres, ¿no?

Suspiré y levanté las manos.

–No lo sé. Tal vez. Quiero decir, sí. Creía que lo quería. Pero luego ocurrió esto y...

–¿Y qué tiene que ver esto con que estés o no enamorada de él?

–Pues... –Intenté razonar–. No quiero hacer nada por obligación. No quiero tener que querer a Marcus solo porque me he quedado embarazada. Es como de película de adolescentes, no es lo que quería para mi vida y...

–Vale, para el turbo. –Levantó las manos–. Para. En primer lugar has dicho que le quieres. Y a juzgar por lo rápido que

escapaste al descubrir el embarazo, supongo que ya habías decidido previamente dejarlo, ¿no?

-... supongo.

-Así que una cosa no está relacionada con la otra -dijo con aires prácticos-. Lo quieres. Y resulta que ahora esperas un hijo suyo.

-Es más complicado de como lo planteas... -dije, sintiéndome indefensa.

-De acuerdo. -Arrugó el entrecejo mientras me estudiaba-. Explicámelos.

Mi mente funcionaba a toda velocidad mientras intentaba dar con una respuesta tangible para el torbellino de sentimientos que se me acumulaban desde que me marché.

-Hemos extendido... esta mentira. Le mentamos a los medios de comunicación y a los socios de Marcus, luego a nuestras familias y amigos. Desde el principio todo empezó mal.

Mi madre se apoyó en los talones y miró al techo.

-Cuando conocí a tu padre estaba prometida con otro hombre, vivía a base de cupones de descuento y estaba considerando muy en serio convertirme a la religión Wicca.

Se me abrió la boca.

-¿De verdad?

-Eso no es lo que importa. -Meneó la cabeza-. Lo que importa es que las mejores cosas empiezan de formas extrañas.

-Pero te divorciaste de papá después de que nos abandonara -comenté.

Me puso una mano en el hombro.

–Y esa, querida mía, es otra lección de la vida marital que me gustaría compartir contigo–

Meneé la cabeza y sonreí.

–¿A qué te refieres?

–Cásate con ese chico. Si no funciona, siempre te puedes divorciar–

Nos echamos a reír a carcajadas hasta que no nos quedó aliento ni para hablar. Seguimos riéndonos hasta que le hicimos un daño serio a las fotos. Me agaché para empezar a recogerlas, pero mi madre me cogió de la mano para examinar mi enorme anillo.

–La verdad... Debí haber sospechado algo, soy tu madre. – Suspiró y luego volvió la mirada a las fotos–. Pero pensé que era una rebelión de adolescente de esas de las que he leído tanto en los libros sobre cómo criar a los hijos. Esas decisiones apresuradas que dejan a todo el mundo con la boca abierta. Creí que estabas teniendo tu rebelión unos años tarde.

Sonreí conmovida.

–Ojalá solo hubiese sido eso.

–Pero sabía que nunca te habrías comprometido con un chico del que yo no supiera nada. Debería haber caído en ello –dijo culpándose–. ¡Aunque estaba tan contenta de que hubieras encontrado a alguien!

Mis labios dibujaron una sonrisa traviesa.

–Si te sirve de consuelo, has criado a una hija que sabe tomar unas decisiones de negocios muy buenas. Míralo así, por fin tengo mi economía en orden.

–Decisiones de negocios muy buenas, ¡y un cuerno! – Meneó la cabeza sin esperanza–. Ese hombre vale al menos catorce mil millones de dólares. ¿Y te conformaste con veinte mil? ¡Venga ya!

Se me aceleró el corazón, sentí como si fuera a tener un pequeño infarto.

–¿Catorce mil millones? –repetí sin podérmelo creer–. Para nada tiene tanto dinero.

–Ay, Bex, ¿es que no lees nada? –Mi madre levantó una foto en la que se me veía metiendo la cara en un plato de pasta–. Debí haber tomado esto como la primera señal.

–Para que lo sepas, leo mucho. –Levanté la barbilla con orgullo–. Por ejemplo, ¿sabías que Marcus Taylor estableció un programa de enseñanza para adultos desde cero en Singapur?

Cruzó los brazos y me miró con escepticismo.

–Has visto el artículo del *Time* que tienen en la tienda de Doug Wentworth, ¿no?

Recordé el ejemplar empapado que debía estar deshaciéndose dentro de mi bolso y me puse colorada.

Mi madre empezó a reírse otra vez y pegó la foto de la pasta en el álbum.

–De todas formas me alegro de que lo hayas encontrado. Nunca se te había iluminado así la cara por un hombre. Y la forma en la que él te mira... Por favor. Ese hombre está loco por ti.

Un calor se me arremolinó en el estómago.

–Sí, Marcus es... bueno, es Marcus. Es el hombre perfecto, ¿verdad?

–No, cariño –dijo de pronto, sorprendiéndome–. Pero es perfecto para ti, eso es lo único que importa.

Aquellas palabras no podían haber llegado en mejor momento. Sin decir agua va, le di un fuerte abrazo. Mi madre se echó a reír por la sorpresa, pero correspondió a mi abrazo, dándome un beso en la cabeza y sonriendo.

–Estoy muy feliz por ti, mi niña. Esto va en serio, lo sé.

Yo también sonreí, pero de pronto aquella sensación de calor que había llegado sin previo aviso me abandonó igualmente rápido, dejándome helada.

–¿Y el bebé? –pregunté bajito.

Ella también se puso seria.

–Rebecca, sé que no lo tenías planeado, pero déjame preguntarte algo: ¿crees que puedes querer a ese bebé?

–Eso no se cuestiona –admití–. Por supuesto que lo voy a querer, voy a quererlo demasiado. Voy a quererlo por encima de cualquier otra cosa, incluso de mí misma. –Me quedé mirando al suelo, buscando la mejor manera de explicarlo–. Aún le estoy dando forma a mi vida, no quiero dejarlo todo de lado antes de haber empezado, no quiero abandonar para darle paso a la siguiente generación.

Mi madre asintió pensativa.

–Yo me sentía igual cuando me quedé embarazada de Max.

–Sí, pero mamá, tú no querías ser actriz.

Se echó a reír y me frotó la espalda.

–Te lo digo de verdad, Bex. Tuve exactamente el mismo pensamiento. Mi madre me dijo lo mismo que te voy a decir yo ahora: te estás subestimando.

Me quedé con cara de tonta.

–No... No creo que me subestime.

–Subestimas a tu corazón. Cariño –dijo con paciencia–, me has dicho que te has enamorado de Marcus. Eso implica tener que abrirse, implica la voluntad de dejarle el primer puesto en tu vida a otra persona. ¿Sientes que eso te ha empobrecido de alguna manera?

Lo pensé con atención, pero no sentía que hubiese perdido nada.

–Al contrario –dije bajito–. Él me hace mejor. Enriquece lo que ya tenía.

–Pues es lo mismo con el bebé. Piensas que tu corazón no va a poder con todo, que el bebé ocupará todo tu espacio, pero ya te digo que te equivocas. Se te va a ensanchar el corazón.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y mi madre levantó los brazos al aire.

–¡No, no! Llevo veinticuatro horas viéndote llorar sin descanso. La verdad es que estaba a punto de llamar al médico.

Me sequé los ojos y reímos mientras ella cogía otra foto de Max bebé en la que chupeteaba un cepillo para el pelo.

–Por cierto, Max tiene novia –dijo mi madre mientras miraba la foto con ternura.

–¿Cómo? –pregunté sorprendida–. No me lo ha contado.

Llamaron a la puerta y mi madre sonrió de oreja a oreja, poniéndose de pie despacio.

–Bueno, él no está encinta ni ha hecho ningún montaje de noviazgo falso ni nada con ningún multimillonario de la lista *Forbes*, supongo que por eso la noticia podía esperar.

Puse los ojos en blanco. Mi madre seguía riéndose mientras caminaba hasta la puerta para ver quién era. Oí unas palabras apagadas y, un segundo después, volvió al salón con una sonrisa mal contenida en los labios.

–Rebecca, te buscan.

Capítulo 6

Fue como una colisión surrealista de dos mundos ver a Marcus esperando en la puerta del salón de la casa de mi madre en Washington. Estaba nervioso, con su look “campestre casual”. Mis ojos recorrieron sus zapatillas de diseño, subiendo por sus vaqueros de tres mil dólares y llegando a su chaqueta Dior hecha a medida. Se había puesto el Rolex más pequeño de los dos que tenía para terminar el conjunto. Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios cuando por fin me obligué a mirarlo a la cara.

Allí estaba el hombre al que le lancé la última de mis granadas de mano. Lo dejé plantado en una clínica de Van Nuys. Era el mismo al que había dejado plantado por no ser “familia”, subiéndome luego a un avión con dirección a la selva del Pacífico.

Y no parecía enfadado en absoluto.

Al contrario, parecía aterrorizado.

–Me he hospedado en un hotel –fue lo primero que dijo, levantando las manos a la defensiva.

–¿Un hotel? –repetí despacio.

Se quedó sin palabras un segundo, luego prosiguió.

–Sé que me dijiste que necesitabas espacio y no quiero agobiarte. Pero es que... –Se giró dubitativo hacia mi madre,

que estaba a poca distancia con los brazos cruzados-. Sharon, ¿podrías dejarnos un momento a solas?

-No, cariño, no. -Mi madre se enderezó y contoneó la cadera-. Perdiste el derecho a la privacidad cuando convenciste a mi hija de que estirara una mentira internacional, esa que los dos le vendisteis a la familia sin pensároslo dos veces. Ahora, lo que le tengas que decir a Bex, tendrás que decírselo en frente de mí.

Marcus se quedó pálido y me miró.

-Se lo has contado. -No era una pregunta, sino una afirmación envuelta en shock. Mi madre se movió con impaciencia y Marcus se recuperó enseguida-. Me alegro -dijo rápidamente-. Ya era hora.

Con un movimiento propio de un depredador, mi madre se puso las gafas y miró a Marcus:

-¿Así que ahora sí, ya era hora? ¿Ahora que está embarazada?

Marcus dio un pequeño paso hacia atrás, al parecer la fuerza de las gafas no la notaba solo yo. Los ojos de Marcus bajaron en señal de respeto, pero cuando habló, su voz sonó suave pero firme.

-Nunca debieron ser las cosas como han ocurrido. Lo entiendo y te pido disculpas. -Miró a mi madre-. Disculpas de todo corazón, de verdad. No era mi intención que esto se nos fuera de las manos como se nos fue. Lo último que quería era provocarle problemas a Becca con su familia.

Mi madre torció la boca pero luego dibujó una sonrisa tensa. Al parecer, tampoco ella era inmune al poder de la

mirada de Marcus.

–Lamento muchísimo haberte mentido, Sharon. Y a mi abuela y a Max. Si pudiera volver atrás en el tiempo lo haría. – Enderezó ligeramente la espalda–. Pero no lamento los últimos meses, no puedo. Nunca los lamentaré. Hicieron que Rebecca estuviéramos juntos.

El silencio era tal que se habría escuchado la caída de un alfiler. Los ojos de mi madre se llenaron por un momento de lágrimas pero, a diferencia de mí, hacía ya tiempo que había dominado el arte de controlarlas.

–¿Entonces ahora todo es distinto? –preguntó incrédula.

A mí no me engañaba, llevaba dos días escuchándola defender a Marcus. Él, sin embargo, la miraba como si tuviera miedo de que en cualquier momento se le lanzara al cuello para arrancárselo de un mordisco.

–Te has enamorado como por arte de magia en el momento en el que has sabido que va a tener un hijo tuyo, ¿no?

–Ha sido complicado, mucho, a veces muy doloroso, literalmente. Pero Becca me robó el corazón como no lo había hecho ninguna mujer.

Mis recuerdos volaron hasta nuestro primer encuentro, aquel que acabó en pelea afuera de la cafetería. Marcus casi acabó crucificado por un fontanero para ilustrar públicamente el Efecto Ícaro. Después, se sacrificó voluntariamente en un escenario, frente a un grupo de universitarios ruidosos para hacerme sonreír. Por supuesto, entre esos dos encuentros, también le lancé spray

antiviadores a los ojos y le di una patada. Ah, y Max le dio un puñetazo.

Sí, había sido doloroso. Pero también habíamos tenido buenos momentos. Aparté la mirada de las fotos que teníamos en el suelo y vi la sonrisa suave y nostálgica que se adivinaba apenas en su cara pálida.

–Respondiendo a tu pregunta, sí –Marcus levantó la cabeza y miró a mi madre directamente a los ojos–. Me he enamorado de ella. –Me miró a mí–. Antes de que se quedara embarazada.

–¿De verdad? –me preguntó mi madre bajito.

–Sí.

Marcus dio un paso hacia el frente, mirando con atención a Sharon. Para su gran sorpresa, mi madre se había marchado del salón.

Al verse libre de la supervisión de mi madre, Marcus se arrodilló a mi lado. Me miró a los ojos con ternura y me acarició el pelo.

–Sé que tú no sientes lo mismo por mí, y que no quieres tener ese hijo, pero tenía que decirte que te quiero, Rebecca.

–¿Eso es lo que piensas? –Lo interrumpí–. ¿Piensas que es por eso por lo que me marché?

Marcus hizo una pausa, se notaba su inseguridad y una horrible sensación de culpabilidad se me instaló en el estómago. Mi cara se puso rígida y le di la mano para ponernos de pie.

–Ven –le dije bajito–. Vamos a dar un paseo.

Capítulo 7

Desde que tenía dos años he venido a esta playa. En el suelo del salón de mi madre hay fotos mías chapoteando helada entre las minúsculas olas. Esta playa era distinta a todas las playas en las que Marcus y yo habíamos estado hasta el momento. No era una isla con arena tropical ni tampoco brillaba el sol. La línea costera estaba llena de montículos de algas y de pequeñas piedras, y además llovía cuando llegamos.

–¿No es malo para ti estar bajo la lluvia? –preguntó Marcus dudando en cuanto salimos del coche y nos dirigimos hacia el mar. No se veía a nadie a nuestro alrededor y él alzó la mirada hacia el amenazante cielo ennegrecido.

No pude evitar sonreír mientras saltaba con alegría de una piedra a otra.

–No es que quiera que nuestro hijo se quede criogenizado. Aunque, viviendo en Los Ángeles, entiendo tu confusión. – Señalé hacia el cielo como si fuera a hacer las presentaciones–. Marcus, estas son las estaciones. Estaciones, él es Marcus.

–Muy graciosa –dijo sin más, siguiéndome hasta el mar, que lamió sus botas de diseño, estremeciéndolo–. ¿En serio no tienes frío?

–Crecí aquí, ¿no lo recuerdas? –Me quité los zapatos y me arremangué los pantalones hasta el tobillo–. Estoy acostumbrada.

Me miró como si estuviera loca pero luego me imitó, intentando ocultar que estaba temblando. Caminamos juntos pero sin tocarnos durante unos minutos. La lluvia cesó un poco, pero seguía cayendo una capa fina de gotas que humedecían el aire y que le daban a la playa un aspecto mágico, como de sendero hacia Camelot.

–Sabes que te quiero –dije–. Lo he estado pensando, buscando la manera de decir algo así de complicado y que tuviera sentido para ti. Al final me he dado cuenta de que en realidad es muy sencillo. Así que te digo estas dos palabras de corazón.

Marcus se detuvo de golpe y se giró hacia mí.

–Yo también lo he dicho de corazón.

–Lo sé –dije–. Y es una locura. Marcus, –cogí sus manos heladas entre las mías–. No fingiría que te quiero solo porque me he quedado embarazada. Al contrario. Si no estuviera segura de ti, de nosotros... Me alejaría de ti todo lo posible. Me crié en un hogar roto y no quiero que ocurra lo mismo a mi hijo.

Me miró sin parpadear, absorbiendo cada palabra.

–Por eso me marché –admití bajito–. Marcus, creo... Creo que hace tiempo que te quiero. Se lo solté a Amanda un segundo antes de ver el positivo en el test de embarazo. Y desde entonces no había encontrado el valor de decirlo en voz alta. Desde... desde aquella noche en el tejado.

Su cara se suavizó a pesar de la helada brisa.

–¿Y entonces por qué te has marchado?

Mis ojos se quedaron mirando al mar, que tenía el mismo color precioso de los ojos de Marcus. Busqué la manera de decirlo.

–Necesitaba pensar. Estaba agobiada. Hundiéndome. Me estaba ahogando.

Él asintió enseguida, pero un segundo después empezó a menear la cabeza.

–Vale, te estabas ahogando. Pero ni siquiera me diste la oportunidad de ofrecerte un chaleco salvavidas.

Le ofrecí una sonrisa espontánea y me puse el pelo mojado detrás de las orejas.

–Es que en primer lugar no entraba en mis planes tener un hijo. Siempre he tomado muchas precauciones para que no ocurriera. Cuando me quedé embarazada sentí como si hubiera cometido un error. Y luego estabas tú.

Sus ojos buscaron mi cara para intentar entender.

–*Acababa* de darme cuenta de lo que sentía por ti y los dos sabemos que el inicio de nuestra relación no fue el más normal... Sin embargo no tenía ni idea de lo que tú sentías por mí. Solo llevábamos juntos tres meses y ya me estaba proponiendo que dejáramos la fecha de la boda sin cerrar; el resto del mundo pensaba que estábamos preparando una ceremonia lujosa y... y entonces descubrí que estaba embarazada. Solo han pasado tres meses –dije, estresándome otra vez–. Sencillamente tenía que alejarme de ti y de Los

Ángeles, de los paparazzis, de todo. Venir aquí para aclarar mis sentimientos.

Él escuchó toda mi explicación pacientemente, asintiendo de vez en cuando para mostrar que me comprendía. Cuando estuvo seguro de que yo había terminado, se atrevió a tirar de mí para acercarme.

–Y... ¿has decidido que me quieres?

Me mordí el labio, pero aún así se me escapó una sonrisa.

–Sí. Marcus, te quiero. Te quiero muchísimo.

–Yo también te quiero.

Me dio un beso tan apasionado y romántico que parecía sacado de una novela romántica. Sus dedos se enredaron en mi pelo y me levantó del suelo para hacerme girar en el aire.

–No tienes ni idea de todo lo que he pensado estos días –susurró contra mis labios. Me dejó en el suelo, pero agachó la cabeza para rozar la mía–. En el instante en el que te marchaste el pánico se apoderó de mí. Pensé que cabía la posibilidad de que no volvieras nunca, así que me fui al aeropuerto para seguirte. Cuando aterricé en Washington...

–Espera, ¿cuánto tiempo llevas aquí? –pregunté sorprendida.

–Vine en mi avión, así que llegué antes que tú. En fin, aterricé y empecé a caminar por la terminal del aeropuerto, esperando a que tu vuelo aterrizara, buscándote entre la gente. Mientras te esperaba llamé a Amanda. Pensé que si alguien sabía dónde estabas sería ella.

¿Habló con Amanda? ¡Ella no me dijo nada ninguna de las veces que nos conectamos por Skype!

–Se puso furiosa conmigo por haber venido a buscarte. Me dijo que debía dejar de actuar como un capullo engreído y “darle a Rebecca su puto espacio si me lo pide”.

Sí, esas palabras eran las de Amanda.

Moví el pie con suavidad sobre los guijarros.

–Lo siento, a veces se pasa protegiéndome.

–Tenía toda la razón. No quiero ni imaginar el miedo que tenías, lo mal que te sentías, lo sola que estabas. Es normal que hayas querido alejarte para pensar. No debí haberte presionado. –Meneó la cabeza con un suspiro–. Te vi entre la gente, caminando hacia la oficina de alquiler de coches, con una sudadera que ponía *Washington State*, no te la había visto nunca. Dejé que te marcharas. Le pedí a Amanda la dirección de tu madre y cogí un hotel cerca. Ni siquiera te iba a decir que estaba aquí –contuvo una risilla–. Solo quería estar cerca de ti. Pero esta tarde me puse a caminar por el lobby del hotel, arriba y abajo y al final no me pude contener. Tenía que verte. Afortunadamente recibí un mensaje de Amanda en ese momento. –Sacó el móvil con una sonrisa.

‘Vale, pedazo de idiota, ya han pasado varios días. Más te vale que vayas a verla...’

Meneé la cabeza con un pequeño gemido.

–Ni siquiera sabía que existiera ese emoticono...

–Yo tampoco –dijo serio–. En fin, aquí estoy.

Me mordí el labio y miré hacia las olas que chocaban contra la orilla.

–Aquí estamos.

Nos quedamos allí parados mucho tiempo, en silencio, pensando, abrazándonos de vez en cuando, mirando hacia el horizonte ennegrecido. Un rato después, Marcus se quitó la chaqueta y la extendió sobre los guijarros para invitarme a que me sentara.

–No, hombre –exclamé–. Te vas a congelar.

–No –me aseguró, sentándose a mi lado.

Me apoyé en él mientras me envolvía entre sus brazos. A pesar de que hubiésemos hecho las paces, no tenía ni idea de qué iba a ocurrir después. A pesar de lo que significáramos el uno para el otro, a pesar de lo que decidiéramos hacer, permanecía el hecho de que íbamos a tener un hijo. Y aunque no podía hablar por Marcus, personalmente no me sentía en absoluto preparada.

–No tengo ni idea de si sabré ser buen padre –dijo de pronto, mirando al mar.

Me giré hacia él sorprendida. No era de los que mostraba inseguridad, especialmente en cosas tan grandes como esta. Creía que lo tenía todo bajo control.

–¿Por qué dices eso? –pregunté con curiosidad.

–Pues solo... No sé, nunca me había imaginado con hijos. – Me lanzó una breve mirada–. No digo que no me alegre y que no me entusiasme. Estoy feliz; espero saber ser un buen padre.

–Saldremos de esta juntos, como tú sueles decir.

El alivio en él fue más que evidente.

–Estoy totalmente fuera de mi elemento con esto. Ni siquiera tuve un padre de verdad cuando era niño; mis amigos

tampoco. A todos nos criaron las niñeras y luego nos mandaron a internados. No tengo ni la más mínima idea de por dónde empezar.

Lo sopesé un buen rato.

–¿Y si *no* empezáramos por ninguna parte? Sabes muy bien el tipo de padre que no quieres ser. Ya improvisaremos el resto sobre la marcha.

Me ofreció una sonrisa auténtica, aunque se sonrojó un poco.

–Sí, eso o meter la pata hasta el fondo.

–No voy a dejar que metas la pata –le aseguré muy seria.

Eché la cabeza hacia atrás y se rió con una de esas carcajadas brillantes que tanto me gustaban, apretándome contra su cuerpo.

–¿Entonces vamos a ejercer de padres? ¿Es lo único que sabemos seguro?

Me enderecé y le di un suave beso en la mejilla.

–Sé que vamos a quererlo y que no seremos una basura de padres porque le vamos a dar lo mejor de nosotros mismos.

Marcus se quedó mirándome un buen rato y luego sonrió.

–Sí, eso vamos a hacer.

–Nadie va a querer a este niño como nosotros.

–Vuelve a Los Ángeles conmigo.

–¿Y dónde voy a vivir?

–Conmigo. Cásate conmigo de verdad, Rebecca. Voy a intentarlo con todas mis fuerzas, voy a ser el mejor marido y el mejor padre que pueda ser.

–De acuerdo.

Sonrió mientras se le iluminaba la cara.

–Te quiero, Rebecca. Desde el primer día en que vi tu preciosa cara.

Le acaricié la cara.

–Yo también te quiero.

–Entonces vuelve a casa.

Tiró de mí y me besó con ternura.

Capítulo 8

Volvimos tarde a casa aquella misma noche. A pesar del frío nos quedamos dos horas más en la playa, abrazados, haciendo planes, besándonos y acariciándonos. Era justo lo que necesitaba, reconciliar mi viejo mundo con el nuevo, encontrar la misma felicidad en los dos.

La cortina se movió cuando entramos en el garaje. Sabía que mi madre estaba esperándonos. Era un juego mudo al que jugábamos desde que yo era adolescente. Ella fingía pasar de todo, pero yo sabía dónde iba a encontrarla cuando entráramos en casa.

Por supuesto, estaba moviéndose inocentemente por la cocina. Movía algo en una olla por aquí, retiraba algo por acá. Cuando Marcus se aclaró la garganta levantó la mirada fingiendo sorpresa.

–¡Anda, pero si ya estáis aquí! –Se alisó el pelo revuelto–. Justo a tiempo, acabo de sacar el estofado.

–¡Qué casualidad! –sonreí de oreja a oreja, sentándome frente a la barra.

–Has guardado todas las fotos –dijo Marcus, mirando al suelo ahora vacío.

Mi madre asintió orgullosa.

-Las he puesto todas en álbumes. Pero me llegó tu mensaje, Marcus, te he guardado unas cuantas.

Para mi desgracia, mi madre sacó un pequeño taco de fotos y se las dio a Marcus, que empezó a mirarlas con una sonrisilla mientras yo miraba a mi madre horrorizada.

-¿Os mandáis mensajes por el móvil? -exclamé. Luego me giré hacia Marcus-. ¡Dame eso, no mires esas fotos!

-Me encanta esa en la que tienes espagueti en el pelo.

-¡Hey! -Me eché a reír, intentando quitársela, pero fallando estrepitosamente-. ¡Yo era adorable!

-Esta no tiene precio.

-Ya vale, chicos, a la mesa -ordenó mi madre con una sonrisa-. Y Marcus, esas fotos no son para que las uses como arma arrojadiza. Es solo que pensé que debías saber en qué te metes.

-Gracias -dije indignada mientras me sentaba a la mesa.

-¿Y qué habéis hecho hoy? Hace un tiempo maravilloso para estar fuera.

Marcus miró por la ventana como si mi madre estuviera loca y luego sonrió.

-Fuimos a la playa, la que está junto a la Miller's Fish House. Lo he llevado a ver mis antiguos rincones.

-¡Qué bien! -Mi madre sonrió con alegría mientras nos ponía delante dos platos humeantes-. Quizás mañana podríais ir a Seattle, coger el ferry y hacer una caminata de montaña.

Marcus me miró de reojo y me aclaré la garganta.

-No vamos a poder hacer nada mañana. Volvemos a Los Ángeles.

Mi madre apoyó la espalda en el asiento como si no pasara nada, pero le brillaban los ojos.

–¿Ah, sí?

–Sí.

Marcus se echó hacia adelante.

–Pero eso no es todo, Sharon. Creo que tengo que pedirte que canceles la fiesta de compromiso.

El tenedor de mi madre cayó sobre el plato. Se quedó mirándonos a los dos con lágrimas en los ojos.

–Vale –murmuró bajito–. Eh... Sí, claro. La cancelo. No me había dado cuenta.

–La cuestión es –continuó Marcus– que vamos a casarnos el próximo mes, así que vas a tener que adelantar bastante la fecha.

No se oyó ni un solo sonido.

Luego fue como una explosión.

Capítulo 9

Al día siguiente los tres subimos al avión. Sí, me habéis oído bien: los *tres*.

–¡Pero si tenéis toda la vida para estar juntos! –explicó mi madre, guardando ropa para un mes en la maleta–. Yo solo os voy a quitar una miga de tiempo para ayudaros a preparar la boda. –Cuando me vio dudar, siguió de una forma un poco más directa–: me voy a morir pronto, deberíamos disfrutar el tiempo que nos queda.

Yo sabía que las dos necesitábamos pasar tiempo juntas para acostumbrarnos a nuestras nuevas responsabilidades. Las dos estábamos dispuestas a darlo todo. Llegamos a la mansión y dejé que mi madre se instalara. La habría ayudado a deshacer la maleta, pero tenía cosas que hacer.

Iba a mudarme con Marcus.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? –me preguntó él mientras pasábamos entre las dos enormes puertas y subíamos las escaleras ricamente decoradas.

El personal nos miraba con curiosidad, pero eran unos profesionales, nunca preguntarían qué ocurría.

–Sí, estoy segura –respondí sin dudar. Y, para mi alivio, me di cuenta de que no había duda alguna en mi cuerpo. Ahora que lo había decidido, ahora que pensaba

comprometerme, de pronto sentía que era la decisión correcta-. Ya siento esta casa como mi hogar.

A Marcus le brillaron los ojos y me ofreció una sonrisa llena de cariño.

-Me alegro mucho de oírlo.

Yo sonreí de oreja a oreja y recorrí el pasillo hasta mi habitación, entonces me sorprendió que Marcus me sujetara por el codo.

-Me alegro mucho de oírlo, pero si te vas a quedar aquí... quizás deberíamos hablar de que te mudes al dormitorio principal -Sus ojos grises brillaron-, conmigo.

Me quedé paralizada donde estaba, mirando con miedo el pasillo. A pesar de las muchas relaciones que había tenido en los últimos años, nunca había llegado al punto de vivir con alguien. Y por irónico que suene, la casa de Marcus no me intimidaba porque tiene capacidad para cincuenta personas; cincuenta que podrían vivir sin cruzarse nunca entre sí.

¿Pero dormir en la misma habitación? Vale, supongo que eso era lo normal, ¿no?

-Piensa en la cama -me incitó con una sonrisa-. Es mucho mejor que la que tienes en tu habitación.

-Supongo que sí... -pero dudaba.

¿Y si necesitaba tiempo para mí? ¿Tiempo para estar a solas con mis pensamientos? ¿Con mis *geniales* pensamientos? ¿Y si me daba por dar un giro radical de personalidad y empezaba a hacer ejercicio? ¿Y si me apuntaba a yoga? Por supuesto, Marcus tenía un gimnasio en casa... ¿pero y si quería hacer ejercicio en mi habitación? No podía hacerlo en

frente de él. ¡Y cantar en la ducha! ¿Qué iba a pasar con todo eso?

–¿Prometes dejarme a solas si me da por practicar kickboxing? –pregunté muy seria.

Parpadeó pero se recuperó en seguida.

–Claro. Ni te darás cuenta de que estoy allí.

–¿Y si canto en la ducha?

–Bueno, te va a tocar aprender a vivir con mis cantos en la ducha –dijo con humor–. Hay solo un par de cosas que no te puedo prometer.

Una pequeña sonrisa abordó mi cara.

–Me gusta Michael Bublé –dijo.

La sonrisa desapareció.

–¿Qué? ¡No!

–Asúmelo. –Cogió mi bolsa y movió la cabeza hacia la puerta con una sonrisa–. ¿Vamos?

Intenté mantener la compostura, cruzando los brazos como si tuviera una duda persistente. Pero bastaron unos segundos para que empezara a oírlo cantar *Come Fly With Me*, mientras me guiñaba el ojo de forma cómica. Me eché a reír y lo seguí feliz a mi nuevo dormitorio.

El sexo de celebración fue genial. De hecho el mejor que había tenido. Nos quedamos abrazados sobre el colchón, sonriéndole al techo con las manos entrelazadas.

Un momento después me apoyé en el codo.

–Sé cuando debo admitir algo. Tenías razón respecto al colchón. Ha valido la pena.

Se echó a reír y me acercó más a él, acariciándome con la punta de los dedos la tripa en movimientos que iban arriba y abajo.

–Haré que siempre valga la pena para ti. –La frente de Marcus se arrugó ligeramente cuando se acercó para plantar un beso en mi ombligo–. No lo entiendo. ¿Dónde escondes al bebé?

–Es pequeñísimo, Marcus. Va a pasar mucho tiempo antes de que podamos verlo o verla.

Se mordió el labio y se quedó pensando mientras seguía acariciándome.

–¿Y cuándo va a empezar a oírnos?

Dejé caer la cabeza sobre el colchón mientras recordaba todos los folletos que me dieron en la clínica y que leí en el avión.

–Algunos médicos opinan que desde la semana dieciséis. Tenemos que hacernos con uno de esos libros sobre bebés para saber a qué atenernos.

Asintió muy serio, con los ojos fijos en mi tripa plana.

–Perfecto.

Arqueé las cejas con una sonrisa pícara.

–¿Qué es perfecto?

–Que voy a organizar una gala para recaudar fondos para la Filarmónica de Los Ángeles a finales de marzo y quería saber si el bebé podría escucharlo. Quizás debería pasarla a abril para estar más seguros.

Se me dibujó una enorme sonrisa en la cara y salté sobre él, envolviendo su cuello con mis brazos mientras me le

colgaba a la espalda como un mono.

-Eres un encanto, ¿lo sabías, Marcus Taylor? Aunque ronques.

-Nadie me ha dicho que ronque.

-Para eso estoy yo, cariño, para decirte la verdad cuando nadie más te la dice.

-¿Ah, sí?

Vi venir la tormenta, así que intenté bajarme de él, pero sus manos me detuvieron, sosteniéndome con firmeza. Ignoró mis chillidos y mis risas y se puso de pie. Yo me eché atrás tanto como pude, con la esperanza de caer, pero él compensó el peso sin problemas, aprisionándome con una sonrisa.

-Señorita White, si piensa vivir en esta casa creo que va a tener que aprender algunas reglas.

-Vale. -Apreté las piernas para envolver su cintura y sujetarme bien-. Dime cuales.

-Primera regla: no se insulta al dueño de la casa. Si en algún momento te apetece hacer algún comentario poco afortunado, te sugiero que no lo hagas.

Enterré la cara en su cuello entre risas.

-Entendido.

Marcus empezó a caminar para llevarnos a ambos al baño y yo subí un poco más por su espalda.

-Si no te ves capaz de contener los comentarios, tendrás que atenerte a las consecuencias en silencio y con elegancia.

-¿Cómo? ¿Qué consecuencias?

Grité fuerte cuando entramos en la ducha y el agua empezó a caer sobre nosotros sin haberse calentado siquiera.

Marcus se giró rápido, usando mi cuerpo como escudo contra los chorros helados. Se reía como un villano mientras yo intentaba sin éxito escapar.

–No te preocupes, me han dicho que no notas el frío. ¡Tú piensa en la playa de Washington!

–¡Marcus! ¡Venga! –Me retorcí y estiré los dedos, pero antes de que llegara al grifo de agua caliente, Marcus se apartó con un paso y me mordió el muslo–. ¡Hey! –grité, no podía ni respirar de tanto que me reía–. ¡El agua fría es mala para el bebé!

–¿Qué? –Marcus me giró para poder mirarme, pero no me solté de su cintura–. No es cierto. –Abrió el grifo del agua caliente con una sonrisa y se movió hacia el vapor.

Me gustaría poder decir que me negué al sexo como forma de represalia, pero qué os voy a contar, ¡no soy tan fuerte! La culpa es de las hormonas.

Capítulo 10

El único problema que tenía de verdad para dejar para siempre el piso de East Hollywood era cómo decírselo a Amanda. De todas formas ni ella ni yo vivíamos allí realmente. Yo estaba todo el rato en la mansión y ella casi se había mudado del todo con Barry, aunque mientras siguiésemos pagando el alquiler podíamos sentir que no habíamos dicho adiós. Sentíamos que en cualquier momento podíamos volver a estar juntas en el suelo del salón, con una botella de tequila y una pila de buenas pelis, listas para pasar una noche de diversión entre amigas.

Caminé de un lado a otro, mordiéndome el labio con ansiedad mientras marcaba su número y escuchaba el primer tono.

–No estés nerviosa –me dijo Marcus para tranquilizarme, sentándose en el borde de la cama. Su pelo aún estaba húmedo después de nuestra ducha repentina y olía a ese delicioso aroma de sándalo que tanto me gustaba–. Todo va a salir bien. Estás embarazada, ella debe verlo venir.

–No me digas que no esté nerviosa –dije susurrando–. Tú no lo entiendes, Marcus. No sabes nada sobre nosotras. –Gesticulaba cada vez de forma más exagerada mientras el teléfono sonaba. Pronto, Marcus tuvo que contener su

sonrisa-. Tú no hiciste más que aparecer un día con tus artes de karaoke y tu dinero... ¡Hey, Amanda!

Se oyó una pausa en el otro lado de la línea.

-¿Qué ocurre? Te oigo rara.

Nunca planteaba estas cosas como preguntas sino como certezas y, sin excepción, siempre tenía razón.

-Tú sí que sueñas rara, por qué dices que me oyes rara - respondí a la defensiva. Fue algo que dije sin más, aunque la verdad es que un poco rara sí que se oía. Aproveché la oportunidad de colgarme de sus debilidades-. ¿Qué has hecho?

-Nada -me soltó-. Madura, Rebecca.

Era una bomba de relojería. Cada vez que cualquiera de las dos se sentía mal por algo que había hecho, nos lanzábamos una a la otra ataques de rabia irracional. Si alguien que no nos conociera nos escuchara pensaría que alguna de las dos acababa de matar de una puñalada al cachorro de la otra. Marcus me miraba un poco confundido, intentando seguir mi parte del diálogo.

Entrecerré los ojos por las sospechas, pero lo dejé pasar.

-Va, da igual. Te llamaba para decirte que... Es que voy a pasarme por el piso y...

-¿El piso? -me interrumpió-. Estoy aquí.

-¿Ah, sí?

Marcus arqueó las cejas y entonces caí en la cuenta de lo que ocurría.

-Amanda, ¿por casualidad... vas a dejar el piso?

La pausa del otro lado fue mucho más larga que la vez anterior.

–¡Tengo que dejarte! ¡Adiós!

Colgó y me dejé caer en la cama con un ataque de rabia.

–¡Maldita hipócrita! *Está en el piso ahora mismo. ¡Está sacando sus cosas!* ¿Te lo puedes creer?

–Eso es bueno, ¿no? –preguntó Marcus con precaución.

–¿Bueno? –pregunté.

Me miró a mí y luego al móvil un par de veces, luego se aclaró la garganta.

–Bueno... Tú estabas a punto de hacer lo mismo, ¿no? Si ella ya está allí no podrá enfadarse contigo porque te vayas.

Me levanté de pronto y él se echó hacia atrás. Le sujeté la cara y le planté un beso enorme en el pelo mojado.

–Marcus, ¡eres un genio!

Se relajó hasta el extremo.

–¡Vamos allá inmediatamente para pillarla con las manos en la masa!

Quince minutos más tarde estábamos en el asqueroso aparcamiento de la parte posterior de mi antiguo edificio. El familiar olor a podrido de los contenedores de basura me llegó a la nariz en cuanto abrí la puerta del coche y me hizo sonreír. Amanda no se iba a escapar tan fácilmente.

Subí las escaleras hecha una furia, con Marcus siguiendo mis pasos como un corderito, tan distraídos, que casi chocamos de frente contra Barry en la segunda planta. Venía cargado de bolsas llenas de zapatos.

–¡Ajá! –chillé, señalándolo con el dedo.

Dejó caer las bolsas por la sorpresa y se sonrojó sintiéndose culpable, miró a Marcus por debajo de las gafas para pedir ayuda. Marcus meneó la cabeza mínimamente y luego bajó la mirada cuando se dio cuenta de que yo lo veía.

—¡Debí haber sospechado que tú estabas detrás de esto! —exclamé, encajándole el dedo en el pecho—. Seguro que era tu plan desde el principio. Viste a dos chicas que vivían felices en un buen barrio... —Una cucaracha trepó por la pared, haciendo que los dos chicos saltaran. Yo en cambio estaba decidida a ignorarla—. ¿Y qué iba a hacer Barry? Barry va y las separa.

—¡Pero qué ocurre!

Amanda asomó la cabeza y luego bajó corriendo en cuanto se dio cuenta de lo que pasaba. Los chicos se apartaron discretamente, apoyándose en la pared, mientras nosotras nos encarábamos frente al piso del viejo señor Taft.

—¿Qué se supone que haces, Bex?

Yo tenía la cara en llamas.

—¡Me he encontrado a este —Señalé enfadada a Barry— escapándose con tus Jimmy Choos! ¿Tienes algo que contarme?

Amanda se puso tan roja como yo.

—Bueno, es que... Te lo iba a decir... *¡pero te quedaste preñada!*

Cogí aire de forma ruidosa mientras ella se ponía las manos en la cadera.

—¿Cómo te atreves a echarle la culpa a mi bebé!

–¿Y cómo creías que iba a ser? –dijo echando humo–. ¿Íbamos a vivir tú, el bebé y yo en este agujero? ¡Si de todas formas es como si ya te hubieses marchado del piso, Rebecca!
¡Yo solo he dado el siguiente paso!

–¡Y lo veo! ¿Y cómo te atreves a llamarme por mi nombre entero!

Barry cometió el ridículo error de dar un paso al frente.

–Voy a bajar esto al coche –murmuró, buscando la vía de escape.

Las dos nos giramos hacia él a la vez.

–¡Ahora no, Barry!

Jadeando, volvimos a mirarnos con lágrimas repentinas en los ojos.

–No sabía cómo decirte que me marchó –sollozó Amanda–. Lo he estado posponiendo una y otra vez y luego te quedaste embarazada, así que pensé que podía echarle la culpa al bebé.

–No, si tienes razón –lloré–. Yo habría hecho lo mismo. De hecho, cuando te llamé esta mañana era para decirte que... Bueno, que iba a dejar el piso.

Amanda tenía la cara empapada en lágrimas.

–¿Ah, sí?

–Sí...

Nos fundimos allí mismo en un abrazo lacrimógeno, llorando a lágrima viva una en los brazos de la otra.

–No quiero despedirme de ti –dijo Amanda hipando–. ¡Es el final de una era!

Yo me eché hacia atrás con una pasión repentina.

–No, para nada. ¡Solo hemos mejorado! ¡Tendremos menos cucarachas y más sexo! Pero seguiremos viéndonos tanto como antes.

Amanda sollozó y se limpió la cara.

–¿Tú crees?

–¡Por supuesto!

Ahora que nuestra crisis emocional se había resuelto, Amanda y yo alzamos la mirada hacia el piso con una nueva convicción.

–¿Sabes? –dijo de pronto–. Este piso era una auténtica mierda.

–¡Y que lo digas... Y ya no tendremos que tratar con Hamberg! –chillé entusiasmada.

Amanda esbozó una sonrisa maliciosa.

–Le vamos a romper el corazón.

Sin decir una palabra más, nos cogimos del brazo y subimos entre saltitos alegres para empaquetar el resto de las cosas. Los chicos se miraron y nos siguieron con precaución mientras el pobre señor Taft se apoyaba del otro lado de su puerta con un alivio silencioso.

Capítulo 11

Cuatro horas, treinta cajas y cinco álbumes de los Red Hot Chili Peppers después, nos dimos por vencidos y decidimos contratar a una empresa de mudanzas.

–Deberíamos haberlo hecho desde el principio –balbuceé, subida en el sofá, que estaba patas arriba, mientras chupeteaba un polo.

–¿Por ejemplo antes de rasgar la tapicería de mi limusina con tus patines de hielo? –se quejó Marcus con petulancia–. ¿Y al menos patinas?

–No –respondió voluntariamente Amanda, que también tenía su polo–. No patina.

–Pero quiero adquirir el hábito –añadí con alegría.

La puerta del congelador se cerró de golpe y Barry apareció de pronto en el salón con cara de sorpresa.

–¿Sabéis el pastizal que tenéis detrás de los cubitos de hielo?

Amanda y yo nos miramos y soltamos una carcajada. Bajó de un salto de la mesa en la que estaba sentada y abrazó a Barry por la cintura.

–Mi amor –dijo sonriendo–, tenemos una historia que contarte.

En cuanto le dimos instrucciones a la gente de la mudanza nos marchamos a comer la última pizza en nuestro restaurante favorito. Las porciones allí son del tamaño de una bañera, así que en cuanto el camarero puso la comida en la mesa, los cuatro tuvimos que echar las sillas un poco hacia atrás.

–¡Yo alucino! –repitió Barry por séptima vez. Nunca lo había visto tan animado. Amanda y él se abrazaron sonriendo–. ¿Entonces todo lo que tenías hasta ahora era falso?

–Baja la voz, cariño –le susurró Amanda–. Es un secreto, así que la gente no lo debe saber.

–No todo era falso –añadió Marcus. Me apretó la mano con una sonrisa–. Tuvimos un comienzo difícil, nada más.

Barry meneó la cabeza.

–Así que la boda, el compromiso... ¿eso es de verdad? Tu embarazo es de verdad, ¿no?

Me reí y puse automáticamente una mano sobre mi tripa.

–Sí, esto es real. Y sí, estoy embarazada de verdad.

–De la pequeña Olivia –añadió Amanda.

–Ooh –me giré hacia ella encantada–. Me encanta el nombre Olivia.

–Sabía que te iba a gustar –dijo presuntuosa–. Olivia si es niña y si es niño... ¿Cameron?

Fruncí el entrecejo.

–¿Y el Cameron con el que salías? ¿No era un capullo?

–Es verdad –Se sacudió–. Habrá que encontrar otro nombre.

–Además yo nunca le pondría Cameron a mi hijo –dijo Marcus con dulzura.

Amanda se quedó mirándolo con atención y luego se giró hacia mí.

–¿Habéis hablado ya sobre que, como eres tú la que está preñada, eres tú la que decide el nombre del bebé? Y tú significa...tú y yo.

–Isaac y Rosemary –anunció Barry de repente.

Los tres nos giramos hacia él, Amanda se puso pálida de lo mucho que se horrorizó.

–¿Rosemary? ¿Como en El bebé de Rosemary?

–¡A mí me parece un nombre perfecto! –bromeó Marcus con malicia.

Amanda fijó la mirada en Barry.

–No sé si hablas en serio.

Él se sonrojó y bajó la mirada de inmediato hacia su plato.

–... Por supuesto que no hablaba en serio.

Dejé de escucharlos. Aún tenía la mano sobre la tripa, pensando en mis opciones.

–Quizás le ponga Alexander. Siempre me ha encantado ese nombre.

Nos fuimos poco después, cada uno cogió su camino tras darnos muchos abrazos y planear quedar para comer al día siguiente. Fue un poco triste, no voy a mentir. Me acurruqué en la limusina y observé el coche de Barry hasta que lo perdimos entre el tráfico. Me gustaba pensar que Amanda estaba en algún lugar haciendo lo mismo que yo.

–Hey –Marcus me apretó la rodilla y me ofreció su mejor sonrisa–. ¿Estás bien?

–Creo que sí. –Me apoyé en él con una sonrisa somnolienta–. Me voy porque tengo planes para iniciar una familia en una mansión de un millón de dólares, con el hombre de mis sueños. Así que creo que estaré bien.

Me besó la cabeza.

–Me gusta oír eso.

El conductor aceleró y dejamos atrás el tráfico, adentrándonos en las colinas verdes. Poco después apareció el tejado de mi nueva casa, asomándose entre los árboles.

–Voy a echar mucho de menos a Devus –dije.

–Hay un pavo real esperándote para ser tu mascota.

Me eché a reír.

Cuando volvimos Marcus insistió en que lo acompañara a darle de comer al pavo real.

Eduardo se acercó a mí y yo me colgué de Marcus.

–¿Lo ves? Le caes bien.

–No lo tienes en una jaula –dije–. ¿Y si se escapa?

–Es demasiado territorial.

–Nadie lo diría –dije con sarcasmo.

Marcus se rió.

–Le gusta pasear por ahí, pero nunca sale de la propiedad. Cuando toman un sitio como su hogar siempre vuelven.

–Ya sé cuál es su problema –dije.

–¿Cuál?

–Está solo. Necesita una pava real, eso lo haría feliz.

Marcus contuvo la risa.

-Se pone de mal humor en época de celo.

-Es que no tiene a quién presumirle esas preciosas plumas. Imagínate a Eduardo con su brillante pecho azul hinchado al máximo, presumiendo los colores del arcoíris en su cola. Es una penita.

-Ninguna chica se le resistiría.

Dejó caer unas cuantas uvas y él vino a comer.

-Es un pájaro precioso.

-No lo compré por su belleza -bromeó Marcus-. Lo compré porque es mejor que un perro guardián. Defiende mejor la casa que los cisnes, que ya son de lo mejorcito que hay en defensa de una propiedad. No hay nada que pueda escapar el ojo avisor de un pavo real. Chillan como si no hubiera un mañana por cualquier cosa que consideren una amenaza para la casa.

Tiré unas cuantas uvas más.

-Me asustó más que un Rottweiler.

Los dos nos reímos.

-No, en serio -dijo Marcus-. No lo compré como sistema de seguridad. Lo compré solo porque me gustaba. Me cae bien y creo que yo le caigo bien a él, somos amigos.

-Nunca he visto esto en ninguno de los artículos que he leído sobre ti.

-No lo cuento todo. Es bueno mantener un poco de misterio.

-Sí, así la gente se intriga.

Capítulo 12

Me metí temprano en la cama porque estaba agotada.

Me sentía conectada a la pequeña vida que crecía en mi interior y eso me hacía compartir algunos de mis pensamientos y miedos más privados. Me toqué la tripa y empecé a hablar con mi bebé.

–Angelito mío, espero que puedas oírme. Aunque no nos hemos visto aún, te quiero más que a nada en el mundo. Pronto vas a ser nuestra familia y me muero por ver tu preciosa carita y poder tocar tus piececillos y manitas. Me muero por ver tu sonrisa y escuchar tus risas. ¿Te vas a parecer a mí o a tu papá? Te queremos, eres un bebé deseado, muy esperado. Nunca sentí tanto amor por nadie. Mi amor por ti es incondicional, eterno y puro. –Acaricié mi tripa con cariño–. He pensado que te gustaría saber lo que siente tu mamá. Pienso en ti todo el rato, tengo muchas ganas de que llegues al mundo. Que sepas que eres fruto de un amor perfecto. No importa qué retos tengamos que afrontar como familia, te prometo que te querré más que a nada en el mundo. ¡Me muero de ganas por conocerte!

Marcus entró y se tumbó en la cama.

–Yo también me muero de ganas de conocer a nuestro bebé. –Me dio un beso en la tripa–. Hola –dijo–. Soy tu papá.

Te quiero, a ti y a tu mamá, mas que a nada en el mundo.

Sonreí y puse las manos sobre las de él.

–Te queremos –le dije a mi tripa.

Marcus y yo estábamos compartiendo un momento de unión con nuestro hijo. Era maravilloso verlo tan entusiasmado, tan implicado. Tenía muchas ganas de ser padre. Me abrazó y yo cerré los ojos. Me quedé dormida rápido. Soñé con unos deditos que sujetaban los míos, con unos ojitos azules que me miraban. Azules como los de su padre.

Siete de febrero. Ya era oficial. Estaba en todos los periódicos. No había escapatoria.

Y si antes me parecía una locura la atención que nos prestaban a Marcus y a mí los medios de comunicación, ahora estábamos en un auténtico circo.

–¿Y algún programa matinal? –dijo Billings mirando por encima del hombro, mientras cubría con una mano el auricular del móvil–. ¿*Good Morning America*?

El famoso Relaciones Públicas de Marcus había venido desde Suiza para manejar el mes que nos quedaba hasta la boda. Dejó a su mujer y a sus dos hijos para atendernos. Me gustaría decir que encontré en él un amigo, pero me di cuenta muy rápido de que yo solo le interesaba porque le resultaba útil.

–¿Qué opinas, Bex? –murmuró Marcus en mi oído–. ¿Quieres que vayamos a *Good Morning America*?

Me encogí de hombros y miré a mi alrededor. Había una multitud recorriendo nuestra casa. A pesar de todos los esfuerzos que hacían por “no molestar a la novia”, la planta de abajo parecía el cuartel general de algún lugar en guerra y yo no podía evitar estar de los nervios.

–¿Estamos seguros de que yo tengo que hacer algo? –pregunté una vez más bajito–. No quiero hacerlo sola. ¿Por qué no puedes ir conmigo?

Decir que me incomodaba la idea de “presentarme a nivel nacional” era adornarlo mucho.

–Ya te lo he dicho, cariño. –Marcus me besó la cabeza–. Interesan las mujeres que van a casarse con hombres ricos y famosos. Quieren centrarse en las mujeres. Luego van a poner un vídeo tuyo y mío. Y me harán unas cuantas preguntas.

–¿Por ejemplo?

–Por qué te elegí para que fueras mi esposa.

–Y pondrán la respuesta grabada cuando yo esté en directo.

–Sí.

–¿Y no quieren saber más cosas de ti?

–La gente ya me conoce. A lo largo de los años he dado tantas entrevistas que podrían pasarse semanas poniendo grabaciones mías. Ahora quieren saberlo todo sobre *tí*. Tú eres el gran misterio. –Ahora me besó la nariz–. Eres la chica que me robó el corazón.

Me escondí detrás de él automáticamente al ver que Billings nos hacía una foto “robada”.

—¿Y por dónde exactamente debería empezar con nuestra historia? —siseé entre dientes—. ¿Por la parte en la que me ofreciste veinte mil dólares por ayudarte a engañar a un cliente o por la parte en la que pensé que me estabas ofreciendo sexo y te di una patada en las...

—¡Marcus! —Billings volvió a llamarlo, esta vez más impaciente—. ¿Entonces?

Marcus me lanzó una rápida mirada de interrogación unida a la mirada bastante más directa de Billings, detrás de él. Cuando finalmente accedí, tanto Billings como Marcus esbozaron unas sonrisas idénticas, brillantes. Luego Billings empezó a hablar en alemán a toda velocidad por el móvil. Al terminar se acercó a Marcus y a mí, que estábamos sentados en el sofá de la ventana. Me recordaba un poco a Eduardo por la forma de hinchar el pecho al caminar. Además de por la manera en la que cambiaba el peso de un pie a otro por su alegría nerviosa.

—Vale, todo arreglado para *Good Morning America*.

Marcus asintió serio mientras yo parpadeaba a toda velocidad.

—¿Con quién? —pregunté.

¿Quién presenta *Good Morning America*?, pensaba por dentro al mismo tiempo.

—Con Lara o Amy —respondió enseguida Billings—. Una de las rubias. Bueno, ahora que ya sabe eso —hizo un gesto hacia mí— podríamos ensayar con ella y pulir las respuestas.

Marcus asintió y, tras alguna señal que no vi, parte del equipo de Billing empezó a cambiar los muebles de lugar. Trajeron dos sillas.

–Esperad –interrumpí, desesperadamente intentando ganar un momento–. ¿Un ensayo?

Billings me miró por primera vez. Al principio pensé que me iba a echar la bronca en tono pausado por retrasar tanto las cosas, pero luego se puso de pie de forma abrupta y dio una palmada.

–Fuera, ¡todo el mundo fuera! ¡Descanso de cinco minutos!

La sala se vació como si estuviera en llamas. Un segundo después estábamos los tres solos. Me quedé mirando nerviosa a mi alrededor, a las esquinas repentinamente vacías. Luego Billings buscó mi mirada.

–Nadie sabe nada de ti, Rebecca. Estamos siendo increíblemente selectivos con la gente a la que vamos a darle acceso a ti, así que cualquiera que te pueda entrevistar lo va a dar todo. Sé que es la primera vez que vas a dar una entrevista, pero te van a hacer preguntas bastante afiladas.

–Vale. –Me moví nerviosa y me apoyé en Marcus buscando seguridad–. ¿Por ejemplo?

Billings sostuvo mi mirada.

–Por ejemplo... Se os vio juntos por primera vez hace tres meses. Os comprometisteis hace dos y la boda es dentro de unas semanas. La pregunta es obvia: ¿estás embarazada?

–Oh...

Por algún extraño motivo me sentí aliviada. Creía que me iban a interrogar sobre detalles de la vida de Marcus. Esas

cosas jugosas que no le deberían importar a nadie que no viva pegado a Twitter. Marcus y yo aún no habíamos hablado de ello. Así que era genial que me fueran a hacer una pregunta clásica: *¿cómo os conocisteis?*

–Vale –dije resplandeciente, sentándome recta–. Quiero decir, ya sé que es de mala suerte hablar del embarazo en las primeras doce semanas, pero supongo que podemos contárselo al mundo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada incómoda y me quedé callada a media frase.

–¿Qué? –La forma en la que Marcus me miraba me estaba poniendo nerviosa–. ¿Qué pasa? –Volví a preguntar, esta vez un poco más directa.

–Aún no deberíamos decir nada. –Marcus sostuvo mi mirada y luego dudó como si no supiera cómo seguir.

Billings salió al quite, hablando con un tono suave pero profesional.

–No creemos que sea una buena idea revelar aún lo del embarazo.

Arqueé tanto las cejas que casi tocaron el techo, pero me mordí la lengua, conteniendo así la mala leche que me subía. Escuché lo que querían decirme. ¿Se trataba de un tema de privacidad quizás? ¿Marcus quería protegerme?

–Es solo que –Marcus se acercó e intentó cogerme la mano–. Con la fusión...

–¡Por Dios! –Me puse de pie en un instante, mirándolos a los dos–. Dime que no acabas de comparar el *embarazo* con tu *empresa*, Marcus.”

Marcus empalideció al ver mi enfado, pero Billings se mantuvo tranquilo.

–El origen de la relación fingida con el señor Taylor era ayudar a renovar su imagen; en especial para que pudiera ganarse la confianza de un cliente de la vieja escuela –dijo con serenidad–. ¿Por qué poner en peligro eso y encima empañar la sinceridad de vuestros sentimientos hablando de un bebé que ha sido concebido fuera del vínculo matrimonial?

Me quedé de piedra. De piedra y muda. Cuando Marcus me hizo su loca propuesta asumí que se trataba de algo que acababa de ocurrírsele cuando me vio hablar con Takahari. No tenía ni idea de que fuese algo... En fin, algo estratégico. Pero existía gente a la que yo no conocía y que se había reunido para hablar sobre Marcus y mi relación falsa con él. Sin duda el mismo Billings había estudiado las fotos que nos hizo la prensa para buscar química mientras volaba desde Suiza. ¿Y ahora, a pesar de que irónica y “convenientemente” Marcus y yo nos enamoramos de verdad y queremos casarnos, mi bebé podría estropearlo todo?

No sabía qué decir, así que me limité a sentarme en el extremo más alejado del sofá.

–Solo hay que esperar un poco, Rebecca –dijo Marcus, intentando consolarme–. Hasta que todo se calme después de la boda. No quiero que te acosen.

–Así que quieres que lo mantengamos en secreto hasta después de la boda –dije sin ninguna inflexión, interrumpiéndolo.

Fue Billings quien respondió.

–Sí. Si queremos conservar la nueva imagen que hemos creado de Marcus Taylor y su familia estable y feliz. Deberíamos callarnos hasta después de la boda.

Lo miré con odio.

–¿Y entonces? ¿Cruzamos los dedos para que nadie sepa contar nueve meses?

Marcus se echó de pronto hacia adelante.

–Billings, ¿nos das un minuto?

El hombre se levantó para marcharse, pero lo detuve.

–No, Billings, quédate. Después de todo estamos hablando del bebé que esperamos y, al parecer, es un asunto de relaciones públicas.

Billings se quedó inmóvil entre Marcus y yo, sin saber qué hacer. Luego se sentó en la silla, lanzándole a Marcus una mirada antes de dirigirse a mí con una paciencia condescendiente.

–Rebecca, es lo mejor –dijo.

–Llámame señora White –corregí con una mirada de hielo–. Vamos, sigamos con el ensayo.

Marcus intentó tocarme.

–Cariño, solo serán unas semanas. No...

–Para. –Mi voz y mis ojos estaban planos, como robóticos–. No quieres que esté embarazada porque es malo para tus negocios. De acuerdo. Pues no estoy embarazada. Sigamos.

–Becca...

–*Sigamos*, Marcus.

Una vez más, Billings pasó una mirada pensativa entre los dos y luego sacó una carpeta mientras asentía con profesionalidad.

–Bien. De acuerdo, siguiente pregunta. ¿Te ha molestado alguna vez el pasado oscuro de Marcus?

Aún seguía rumiando lo anterior y tardé un momento en volver.

–Lo siento... ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

–Ya sabes, su última novia. Eve, se podría decir que prácticamente era tu gemela idéntica.

–¿Perdón?

Marcus se levantó.

–Billings. ¡Ya está bien!

Billings parpadeó sorprendido. Estaba claro que no tenía el más mínimo sentido de la delicadeza.

–Todo el mundo lo comenta, Marcus. Las comparan en todos los medios.

Una diminuta y semihistérica sonrisa empezó a trepar por un costado de mi cara mientras me ponía de pie.

–Rebecca, espera... –Marcus intentó impedir que me marchara.

–Está claro que esto no va bien –murmuré, más para mí misma que para nadie más–. Voy a tomarme un descanso, ¿vale? Salgo un momento... Voy a tomarme un mocha.

Marcus miró hacia afuera con nerviosismo, como si viera peligros que yo no era capaz de ver.

–Mi amor, ya sabes que puedo pedir que te preparen uno aquí.

Lo miré con ojos centelleantes, luego me giré hacia la puerta.

–No es eso lo que quiero, Marcus. No voy a resignarme a vivir como una prisionera en cadena perpetua. Tampoco voy a permitir que la historia de mi vida la escriba un tipo mandón y estirado que lleva un traje que le queda demasiado grande. No te ofendas, Billings.

Él levantó una mano.

–No pasa nada.

–Quiero ser yo misma y que me quieran como soy, ¿vale? Y ahora voy a salir, voy a coger un taxi y voy a tomarme mi mocha. –Salí con pasos pesados hacia el recibidor–. Descafeinado –grité por encima del hombro–. ¡No porque esté embarazada ni nada!

En cuanto me encontré fuera emití un grito apagado y golpee el suelo con un pie, cargada de frustración. Cuatro días atrás mi vida era perfecta. Vivía en un frenesí de sexo sin fin con el primer hombre al que quería, en un palacio en las colinas de Hollywood.

¿Y ahora...?

Me habían invadido la casa. Toda la gente que había dentro intentaba convertirme en una presa para que los medios de comunicación no me aplastaran. Lo que deberían haber sido las dos cosas más bonitas de mi vida: mi boda y mi embarazo, estaban tristemente entrelazadas. De una hablaba –literalmente– todo el mundo pero la otra había que esconderla de la curiosidad de la gente.

–¿Crees que se ha dado cuenta de que la escuchamos porque tenemos la ventana abierta? –oí preguntar a Billings desde adentro.

Volví a golpear el pie contra el suelo. Solté palabrotas como si fuera un marinero y empecé a caminar con determinación hacia la reja que delimitaba la base de la colina. Me daba igual que un pavo real loco rondara por ahí o que hubiese casi un kilómetro hasta la reja. Estaba en tal estado que me sentía capaz de casi cualquier cosa.

Pero no podía soportar que mi prometido, ese que hasta hacía poco había sido falso, me hubiese fallado.

Diez minutos después llegué al fin al otro lado de la propiedad. Quizás hubiese podido tardar menos, pero desafortunadamente llevaba los horribles tacones que el equipo de Billings me puso para que practicara para la entrevista de mañana. Llamé a un taxi en cuanto salí y enseguida llamé a Amanda para pedirle que comiera conmigo, a pesar de que era tardísimo.

–Pues claro que sí –dijo de inmediato. Oí cómo cogía las llaves del coche–. Ooh... ¡Vamos al Chateau Marmont!

A diferencia de mí, Amanda aprovechaba al máximo las ventajas de nuestro nuevo estatus, ese que nos daba acceso a lugares a los que antes no podíamos ir por su precio o por su prestigio.

–Creo que me prohíben la entrada de forma no oficial desde que le hice un lap dance a Marcus la última vez que estuvimos allí –confesé–. ¿... sushi?

–Es pescado crudo, Bex. No quieras matar a mi sobrino.

–Mierda, es verdad. Eh... ¿Comida china?

–Perfecto. Te veo allí.

–Por cierto, Marcus es un capullo.

Se echó a reír.

–Me lo cuentas en diez minutos.

Justo diez minutos después estaba llegando a Mr. Chow's. Le di las gracias al taxista y bajé del coche, buscando a Amanda entre la gente. Por un momento todo iba bien, yo no era más que otra de esas personas raras que se arreglan demasiado para ir a comer con una amiga.

Pero luego, muy poco a poco, me di cuenta de que algo iba bastante mal.

La gente empezó a desviar la mirada, como si fueran marionetas dirigidas por alguien. Por un titiritero que los movía a todos juntos con gran habilidad. Entusiasmada ante la idea de ver a un famoso, me giré en la misma dirección pero tan solo me encontré con más gente mirándome. Había un silencio extraño, el tipo de silencio que resulta antinatural en un grupo tan grande de gente. Luego llegó la explosión.

–¡Rebecca! ¡Mira aquí!

–¡Rebecca White!

–¿Estás nerviosa por la boda, Rebecca?

–¿Qué le gusta a un hombre como Marcus Taylor en la cama?

Cerré los ojos automáticamente para protegerme de la repentina lluvia de flashes. Hipsters con sus smartphones y paparazzi atraídos por el revuelo que se había formado, todos

eran como tiburones hambrientos tras el rastro de sangre, todos querían un trozo de mí.

Me giré automáticamente para ver si por casualidad aún estaba allí mi taxi. Quizás no fuese demasiado tarde para escapar. Pero no hubo suerte. Una mano cubrió instintivamente mi tripa para proteger al bebé, sin recordar el papel que debía representar, así que me obligué a retirarla.

-¿Te ha pedido que firmes un acuerdo prematrimonial?

-¿Habéis hecho un trío alguna vez?

-¿Cuándo vais a tener hijos?

-¡Bex!

La voz de Amanda sobresalió entre el caos. Me giré para verla abrirse paso y cogirme de la mano para tirar de mí hacia el restaurante, como si yo fuera alguien que se está ahogando, confundida y desorientada. En cuanto nos vimos dentro y a salvo, el maitre nos llevó a la planta de arriba, a la mejor mesa, una desde la que se podía ver toda la calle.

...que estaba llena de gente que gritaba mi nombre.

Me temblaban las manos, literalmente, mientras intentaba tomar un poco de infusión para tranquilizarme. La gente saltaba como si pensara que me iba a dar por volver a salir.

-Esto... Esto es lo que le preocupaba a Marcus -dije de pronto, recordando la cara de preocupación con la que miró hacia la ventana cuando dije que quería salir sola.

-Quizás deberías acostumbrarte -dijo Amanda, intentando comprenderme-. De todas formas esto es la fama. ¿No queríamos ser famosas?

–No me importaría que me reconocieran por ser una buena actriz, pero me reconocen porque voy a casarme con Marcus Taylor.

Nos quedamos sentadas un rato, mirando distraídas la carta, pero el barullo en la calle no disminuía. Más bien al contrario. Poco después llegó una furgoneta de un canal de noticias, seguida de otras dos más que llegaron más tarde. Empezaba a oscurecer, lo cual hacía que la amenaza pareciera aún más real. Se oían gritos entre las sombras, puntuados con demasiada asiduidad por las luces de alguna cámara que grababa el entorno para ilustrar vaya usted a saber qué historia que quisieran contar.

¿Rebecca White sale a cenar?

¿Rebecca White se queda paralizada como un animalito cuando le preguntan por su prometido?

Rebecca White; un cervatillo bajo las luces de un coche

Fascinante, la verdad. Marcus tenía razón. El público ya sabía todo lo que quería sobre él, ahora iban a por mí. Y la presa era una bestia hambrienta.

–Mandi, lo siento. No puedo comer.

Miró preocupada hacia la ventana.

–Yo tampoco. ¡Esto es una locura!

Llegó el camarero y le pedimos la cuenta de las infusiones que habíamos tomado. Le dejamos una propina más que generosa por las molestias que le habíamos causado.

–No es ninguna molestia –nos aseguró varias veces–. Es genial para el negocio cada vez que viene alguna celebrity.

-No soy una celebrity -dije en automático, arrebujiándome en el abrigo.

-Mmm-hmm. -El hombre mostró sus dudas, pero sonrió para agradecer la propina y nos acompañó a la puerta trasera, donde nos esperaban dos taxis.

Me despedí de Amanda con un abrazo rápido, nerviosa por si la gente nos veía si nos quedábamos más tiempo allí.

-Siento lo de la comida. ¿Lo intentamos otro día?

Me apretó la mano y sonrió.

-La próxima vez nos pondremos pelucas. Nadie te reconocerá.

Sonreí un poco y me giré para marcharme, pero me cogió de la muñeca una vez más.

-Bex... habla con Marcus. Estoy segura de que tiene sus razones para hacer lo que hace.

El fantasma de una sonrisa se instaló en mi cara. Amanda y yo movimos la mano para despedirnos y desaparecimos en nuestros respectivos taxis, saliendo disparadas en direcciones opuestas antes de que llegara la prensa.

Cuando llegué a la villa, el equipo de Billings había desaparecido. Tuve la sensación de que Marcus les había ordenado que se marcharan. El personal de servicio parecía tan encantado como yo. El estoico jefe de seguridad incluso esbozó una extraña sonrisa cuando yo subía por las escaleras.

-Hey -dije bajito, llamando a la puerta del dormitorio-. ¿Estás allí?

La puerta se abrió de inmediato. No creí que fuera a acostumbrarme nunca a esa cara. Nadie podría

acostumbrarse. Era demasiado perfecta. Inquietantemente perfecta. Era inevitable quedarse mirándolo.

–Hey. –Marcus sonrió para tantear el terreno y me indicó que pasara–. No hace falta que llames, ya lo sabes. También es tu habitación.

Asentí sintiéndome culpable, recordando el consejo de Amanda y preguntándome por dónde empezar. Al final, dejé el bolso junto a la puerta y me senté en el centro de la cama, dando palmaditas a mi lado para Marcus. Él se acercó, pero cerró primero la puerta para que estuviéramos en privado.

–¿Qué tal la comida china? –preguntó bajito, dándome un beso en la tripa y levantando la cabeza después.

Fruncí el ceño con curiosidad.

–¿Cómo sabes que he ido a un chino?

Se mordió el labio con nerviosismo.

–Lo he visto en las noticias.

Abrí la boca de golpe.

–¡Me tomas el pelo!

Corrí hasta su ordenador portátil, que estaba abierto. Allí estaba mi foto en medio de la gente, asustada y sola.

–Genial –me quejé, tapándome la cara con las manos–. Sí que han sido rápidos. Mira los pelos que tengo por el viento.

–Rebecca –dijo serio–. Si quieres volver a poner de moda el pelo de los años ochenta *tengo* dinero para hacerlo. Solo tenemos que planificarlo.

–¡Eres lo peor! –dije entre risas, lanzándole un lápiz.

–Y tu puntería es pésima.

Meneó la cabeza en señal de desaprobación, luego sujetó mi muñeca y tiró de mí con una sonrisa. A pesar de mi rabia, me acurruqué contra él, estaba decidida a hablar como una persona adulta.

–¿Quién es Eve? –pregunté poco después, mirándolo por debajo de las pestañas.

Se le endureció la cara, estaba incómodo. Suspiró.

–¿Quieres la verdad?

La respuesta me cogió por sorpresa y fruncí el entrecejo.

–Bueno... Tal vez.

–Eve es una de las dos chicas con las que salía cuando te conocí. Y sí, tal como dijo Billings, os parecéis *un poco*. Pero para nada podría ser tu gemela.

... ah.

No sé qué esperaba que me dijera. No sé siquiera si me vino bien saberlo o si me hizo daño. Pero en aquella época en la que las cosas o se callaban del todo o se exponían ante el público, casi prefería toda la honestidad posible.

–Pero eso no es ni la mitad de lo que debes saber. –Se giró un poco para mirarme de frente–. Rebecca... He tenido un par de años de mierda. Me he desmayado en un millón de sitios de dar vergüenza. Y todas esas veces la prensa me ha descubierto. Me he acostado con tantas chicas que ni siquiera puedo recordar el nombre de la mitad de ellas. He tomado tantas drogas que se podría matar a una ballena pequeña con ellas. No... No me siento orgulloso de ello. Nunca me he sentido orgulloso, pero no sospechaba lo dañino que podía llegar a ser hasta ahora.

Lo asimilé lo mejor que pude, con una mano sobre la tripa todo el tiempo. Había imaginado buena parte de ello. Si una empresa de relaciones públicas había considerado que era mejor seguir adelante con la farsa de la novia falsa para estabilizar la imagen de Marcus, no sería porque él fuese un santo. Sin embargo lo último que dijo me dejó confundida.

–¿De qué hablas? –Me eché hacia atrás para verlo mejor–. ¿Hasta ahora?

–Ahora que eso puede hacerte daño –dijo bajito, dándome un beso en la frente–. Ahora que puede dañar a nuestra familia.

Nuestra familia.

Retiré la mano y me quedé mirándolo seria.

–No quiero esconder esto ante nadie. No quiero que lo primero que hagamos por nuestro hijo sea... Mantenerlo en secreto.

Marcus dejó caer la cabeza y suspiró.

–Creo que es lo mejor...

Se me encogió el pecho, pero lo dejé pasar. Él ya había tomado una decisión. Al menos de momento.

Pero en aquel momento, estando a su lado, no pude evitar preguntarme:

¿Lo mejor para quién...?

Capítulo 13

Por primera vez desde que me mudé al dormitorio de Marcus no pude dormir. No sé si fue por mi constante miedo a tumbarme boca abajo y aplastar al bebé o si fue por miedo a la inminente entrevista de la mañana siguiente en la que no podía hablar ni una palabra del bebé. Quizás fuera que me había sobrado energía después de nuestra pelea por el bebé. Pero di vueltas durante horas. Tan solo cuando el cielo empezó a teñirse de rosa con el amanecer, pude quedarme dormida. Pero a esa hora las nauseas entraron en acción y tuve que correr al baño.

Me dejé caer contra el borde de la bañera y pasé unos minutos con arcadas, abrazando las rodillas contra el pecho. Marcus no tenía baldosas frescas como teníamos Amanda y yo. Había una moqueta gruesa, de esas en las que se hunden los dedos cuando sales de darte un baño caliente. La mayoría de los días esto me encantaba, pero hoy, con estas nauseas y el sudor frío, habría preferido estar en mi antiguo piso.

Unos pasos suaves vinieron desde el dormitorio hasta el baño. Un segundo después Marcus estaba llamando a la puerta bajito.

–Hey, cariño. ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien –dije estremeciéndome, sujetándome de un costado del váter por si volvía a empezar–. ¿Qué hora es?

–Unos minutos pasadas las cinco.

Hice una mueca y cerré los ojos. Allí quedaba mi intención de dormir bien para verme bien. Pero mi careto de ojos rojos, hinchados y de no embarazada iba a aparecer en todos los televisores desde aquí hasta Rhode Island.

Marcus se apoyó contra la puerta y la abrió un poco. Cuando se encontró con mi mirada me ofreció una sonrisa de apoyo.

–¿Quieres que te traiga galletas saladas o agua o algo?
¿Una manta?

–No –dije con más seguridad de la que sentía en realidad–. Creo que lo peor ha pasado.

Me levanté y él me acompañó hasta la cama. Pero me bastó con echar un vistazo para saber que no iba a dormir más (es decir, que no iba a dormir *nada*).

–Creo que ya me voy a levantar. Empezamos a grabar muy temprano. Amanda llegará a las seis para ayudarme a arreglarme.

–¿Segura? –Parecía preocupado–. Eres una dormilona. Normalmente no te puedes levantar.

–No hoy. –Le ofrecí una sonrisa forzada y volví al baño–. Voy a darme una ducha rápida, tú duérmete otra vez.

Se frotó los ojos cansado.

–No, ya te has levantado, me voy a levantar yo también.
¿Puedo ducharme contigo?

Hice una pausa.

–Pues... hoy no. ¿No te importa? Creo que voy a vomitar otra vez.

–Claro –dijo rápidamente, poniéndose la bata para encender el ordenador.

Puse los ojos en blanco y sonreí mientras volvía al baño. Marcus tenía la costumbre de revisar la bolsa de Japón cada mañana antes de desayunar. Cada persona tiene sus costumbres.

Sintiéndome cada vez más segura de que lo peor había pasado, abrí los grifos y di un paso hacia el vapor templado. Se me puso la carne de gallina en los brazos y me estremecí con un frío tardío. Un segundo después unos brazos cálidos me rodeaban. Me eché hacia atrás en automático; Marcus me besaba el cuello, justo debajo de la oreja.

–Becca... –murmuró–. No hace falta que vayas a la entrevista si no quieres. Puedo llamar a Billings ahora mismo para que cancele. Solo tienes que decírmelo.

El calor que estaba empezando a sentir se disipó de inmediato entre el vapor. Di un paso para alejarme de él y meneé la cabeza con una sonrisa tensa.

–Necesitamos esto, ¿no? Es bueno para... Ya sabes. ¿Es bueno para todo?

No lograba decir la palabra “negocios”. Si alguien me hubiese preguntado en aquel momento, con toda honestidad habría dicho que los negocios de Marcus me importaban un pimiento.

Se le endureció la cara, mirándome mientras yo empezaba a echarme champú.

–Pues... Sí. Podría venir bien. Pero no por ello estás obligada a hacerlo–

–Lo haré –dije sin más.

No quería hablar más de ello. No quería discutir. Tan solo quería que las siguientes horas transcurrieran sin que le vomitara a nadie encima.

Marcus asintió en silencio y se detuvo un momento junto a la puerta, no sabía bien qué hacer.

–Bueno... ¿Seguro que no quieres que te haga compañía? Podría...

–Ya he terminado.

Cerré el grifo y salí de la ducha, envolviéndome en una toalla y pasando como si nada a la distancia justa para que no me pudiera tocar. *De verdad* que no estaba de humor para carantoñas en aquel momento, pero jamás habría podido hacer algo que hiriera sus sentimientos.

–¿Podrías traerme fruta para desayunar? –le pregunté con ánimos de ayudar. De darle quizás una tarea que pudiera distraerlo de la bien merecida culpabilidad que sentía aquella mañana.

–Claro –respondió enseguida. Aliviado, tal como supuse que se sentiría–. ¿Una menta poleo?

–Sí, genial –admití–. Gracias, amor.

Desapareció en un momento y yo suspiré en silencio, aliviada. ¿Desde cuándo me sentía incómoda junto a Marcus? ¿Desde cuándo tenía que esperar a que se marchara para poder bajar la guardia?

Desde que decidió obligarme a ocultar la vergüenza de un bebé “fuera del vínculo matrimonial”.

Apreté los dientes y me miré al espejo con determinación. Yo me había comprometido a hacerlo, había dicho que sí. Cogí el cepillo y empecé a tirar con fuerza de mis rizos enredados. Con un poco de suerte, ni siquiera me preguntarían por el bebé.

Capítulo 14

–¿Y por qué una boda tan apresurada, señorita White? ¿Está embarazada?

Se me aceleró el corazón por la culpabilidad y agaché la cabeza con un suspiro. Nota Mental: *no te sometas a la prueba del polígrafo*. No pasaría ni de la primera pregunta.

–¿Y si me acojo a la quinta enmienda, ya sabes, mi derecho a no declarar?

Amanda se echó a reír, con las tarjetas que tenían las preguntas de práctica frente a su cara.

–Sería una declaración de culpabilidad en toda regla.

–¡Lo ves! –Lancé las manos al aire frustrada–. No se puede hablar de mi *bebé* sin que entren en juego las palabras “esconder” o “culpabilidad”. No he hecho nada malo. Se supone que es algo maravilloso. ¿Tú cómo te sentirías?

Amanda se encogió de hombros pero afrontó mi rabia con sinceridad.

–Yo no habría aceptado la entrevista.

Sentí un nudo en el estómago y fijé la vista en mis manos, intentando contener mis lágrimas de frustración. El gesto de Amanda se dulcificó, llenándose de comprensión y me apretó el hombro.

–Tú la has aceptado y entiendo por qué lo has hecho. De verdad que sí, Bex. Venga... vamos con una pregunta más fácil. –Movié las tarjetas buscando–. Por ejemplo... ¿cómo os conocisteis? –Levantó la mirada frunciendo el ceño–. Madre mía, no os van a dar tregua, ¿verdad?

Meneé la cabeza y dejé que mi mirada se perdiera en el espejo.

–Nos conocimos cuando estábamos de vacaciones en las Bermudas. Su habitación estaba justo frente a la mía y también íbamos a la misma clase de submarinismo. Durante unos días no hacíamos más que encontrarnos por todas partes. Al final él vino a presentarse.

–Como si tú quisieras hacer submarinismo –se burló. Pero cuando se encontró con mi mirada exasperada en seguida se puso seria–. Muy bien, ha sido muy creíble. Me ha gustado la pausa que has hecho para pensar. –Me miró–. ¿Y desde cuándo puedes permitirte vacacionar en las Bermudas?

–No podía. Lo han preparado todo mal.

–Cuenta toda la verdad y ya está.

–¡Sabes que no puedo hacer eso!

–¡No, hombre, eso no! Me refiero a que conociste a Marcus en una cafetería cuando ibas a trabajar.

–Eso me convertiría en una persona demasiado normal.

Amanda se rió.

–¿Y la gente normal no está bien?

Me tapé la cara con las manos.

–¿Qué coño estoy haciendo?

–¿Quién ha escrito estas respuestas? –preguntó Amanda, revisándolas–. ¿Fue amor a primera vista? Ya sabes... Esas mariposas en el estómago que sencillamente *no se van*. – Amanda dejó de leer las tarjetas y las apoyó en sus piernas–. Es como leer una novela de Judy Bloom.

–Lo ha escrito todo Billings –dije derrotada–. Lo ha dado todo, según me aseguran.

–Billings –murmuró Amanda mientras volvía a leer–. Me gustaría conocerlo.

–Seguro que no.

–¿He oído mi nombre?

Las dos levantamos la mirada sorprendidas cuando Billings apareció en la habitación, seguido de un equipo de peluquería y estilismo. Marcus venía detrás, pero se detuvo en la puerta, apoyándose nervioso en el marco para observar la situación.

Me obligué a ofrecerle una sonrisa dulce.

–Hablabamos de tu gran trabajo, amigo mío.

Amanda levantó las tarjetas e intentó ser educada.

–Buen trabajo.

Billings nos agradeció con una sonrisa perversa.

–Bueno, cuando tus clientes se conocen en circunstancias fraudulentas, luego engañan a los accionistas fingiendo una relación en la que hay dinero de por medio y ella se queda embarazada enseguida... Hay que trabajar con lo que se puede.

–Pues a mí me gusta su historia –soltó Amanda, levantando la barbilla para mostrar su fidelidad a mí y

negándose a apartarse para que los peluqueros pudieran trabajar-. Es como un cuento de hadas de esos en los que se dice “al final se enamoraron y acabaron juntos”.

-Ay, querida -balbuceó Billings mirando con aires críticos mi imagen en el espejo-. Nunca tendrías una carrera de éxito en las relaciones públicas.

Amanda hizo chocar sus tacones entre sí y sonrió de oreja a oreja.

-No, estoy demasiado ocupada cumpliendo mis sueños como para dedicarme profesionalmente a lo que opinen los demás. Ya sabes, soy *profunda*.

Por primera vez en toda la mañana esboqué una sonrisa de verdad. Incluso Marcus escondió una pequeña sonrisa cundo Billings miró hacia él.

-¿Y esta es tu amiga Amanda de la que me has hablado tanto? -preguntó con tono plano. Entrecerró los ojos cuando asentí y luego miró a Amanda de arriba abajo-. Pues sí, encaja con la descripción.

-¿Por qué no seguimos con el ensayo? -sugirió Marcus para volver a la paz-. Tenemos que llevarla al estudio en una hora.

-Tienes razón. -Billings se enderezó, volviendo de pronto a una postura profesional-. Rebecca, ¿reparasaste las tarjetas anoche?

-Claro que sí. Me encantaron.

-Bien. Entonces centrémonos en lo que te vas a poner. He sacado tres vestidos para que escojas. Todos modestos pero con estilo. Queremos que acalles las voces que dicen que eres

una cazafortunas. Todos los vestidos se ajustan en la cintura, para que nadie pueda insinuar siquiera que estás...

–¿Embarazada? –pregunté levantando la voz e ignorando las miradas de los peluqueros que giraban, trabajando sobre mi cabeza.

Marcus buscó mi mirada en el espejo, pero Billings se interpuso entre nosotros.

–Sí, embarazada. No queremos que nadie se lleve una impresión errónea.

Nos miramos fijamente un minuto y luego le ofrecí una amplia sonrisa.

–Por supuesto.

Sin dejar de mirarme, giró la cara hacia un lado:

–Katia, ¿me traes los vestidos? Vale, Rebecca, el estilo dependerá del vestido que elijas.

–Escoge tú –interrumpí.

Se quedó planchado.

–¿Perdona?

Levanté la cabeza y mis rizos recién hechos se deslizaron sobre mi espalda.

–He dicho que lo escojas tú. Lo haces genial, ¿no? Y además, ¿no es nuestra historia? –Bajé la mirada hacia las tarjetas.

Los peluqueros se marcharon y dejaron pasar a las maquilladoras.

–Sí –dijo Billings despacio–. Es vuestra historia.

Sonreí con dulzura.

–Vuestra. No veo la necesidad de dejar mi impronta. Está claro que en esto no hay nada de mí; yo solo aparezco para dar credibilidad.

Se hizo el silencio.

–Vamos a decantarnos por el blanco, así ella tendrá un aire más de novia. Olvidaos de los accesorios grandes. Perlas en forma de lágrima. Pensad en Jackie Kennedy. Ya sabéis, antes de que se derramara toda aquella sangre. Vosotros tres, os quiero por aquí controlando...

Mientras la voz de Billings se convertía en un zumbido lejano, me giré para mirar a Marcus. Él me miraba con una expresión extraña en el rostro. Sus ojos seguían los movimientos del equipo de publicidad, que corría de aquí para allá maquillando, peinando, creando una imagen totalmente nueva. Una Rebecca nueva. Un producto, esa era la descripción. Algo perfecto. Nada familiar. Algo que no despertara suspicacias.

Me quedé mirándolo hasta que se marchó de la habitación, murmurando algo sobre una *conference call* que tenía que hacer muy rápido antes de ir con nosotros al estudio.

Veinte minutos después estábamos en la limusina, moviéndonos a gran velocidad por la autopista. Me dijeron que normalmente el programa se hacía desde Nueva York, pero que habían mandado un equipo especial a Los Ángeles solo por mí. Me habría gustado sentirme halagada, pero lo que sentía era pavor.

Amanda iba sentada a mi lado, cogiéndome del brazo, acribillando a Billings con la mirada. Él estaba sentado en el asiento frente a nosotras, con dos miembros de su equipo. Marcus llegaría después, aunque me prometió que estaría presente cuando me entrevistaran.

Cuando llegamos al estudio la tensión estaba en su pico máximo. Aunque a nadie le importaba. En cuanto nuestros pies se posaron sobre el asfalto, todos sonreíamos. Yo levanté la mano para saludar con educación al pequeño grupo de personas que se había congregado frente a las puertas. A la vez, me sujetaba de Amanda, intentando que pareciera algo normal, hasta que nos encontramos dentro y me llevaron rápido a un camerino.

En cuanto la puerta se cerró, Amanda soltó su muñeca.

-¡Joder, chica! -Se frotó para intentar borrar las huellas de mis dedos, que habían quedado como marcas rojas sobre su piel-. ¡Casi me arrancas la mano!

-Esto es la guerra -respondí a manera de excusa-. Alégrate de que no fuera el brazo completo.

Emitimos una risa nerviosa que se apagó en el instante en el que se abrió la puerta y una rubia tipo Amazonas de dos metros entró. A pesar de su despampanante belleza, en persona su cara era de lo más normal. Una cara que había visto en cientos de portadas de revistas, posando con una sonrisa formal.

-¿Rebecca? -preguntó con dulzura, ofreciéndome la mano.

Tragué nerviosa y me apresuré a estrechársela.

-Hola, gracias por invitarme al programa.

-No, ¡gracias a ti por venir! -Esbozó una sonrisa triunfal-. Entre tú y yo, ¿es tu primera entrevista?

-Sí -intenté que no se notara lo ansiosa que me sentía-. La primera.

Sus ojos se dilataron hambrientos, pero su instinto la llevó a suavizar el gesto con una sonrisa estratégicamente pensada para tranquilizarme.

-Bueno, ni te vas a dar cuenta. Te voy a hacer unas cuantas preguntas, sobre todo sobre Marcus y tú. Dónde os conocisteis, que nos cuentes un poco cómo te pidió matrimonio, ese tipo de cosas. Y si no te importa, me gustaría añadir un par de preguntas sobre la boda. ¿Te parece bien?

Por primera vez eché de menos la presencia de Billings.

-Sí, claro que me parece bien. Aunque no hay mucho que contar aún, lo siento. En ese tema habría que preguntarle a mi madre.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada como si acabara de decir lo más gracioso del mundo. Amanda y yo nos miramos con preocupación, pero fuimos lo bastante rápidas para dejar de mirarnos. Cuando paró de reír me puso la mano en el hombro de una forma extraña.

-Bueno, tenemos unos diez minutos. Luego te llamarán a plató. Intenta ignorar al público y mírame a mí. Como si estuviéramos charlando en el salón de tu casa.

-De acuerdo. -Me puse el pelo detrás de la oreja con una sonrisa nerviosa-. Gracias.

Ella sonrió con luz propia.

–Mientras tanto, sírrete lo que quieras de desayunar. Que no te pille esto nerviosa y con niveles bajos de azúcar en la sangre. –Se volvió a reír y me dio una palmadita a manera de despedida. Luego se marchó y juraría que su mirada voló hasta mi tripa.

Cuando ya no estaba, Amanda y yo miramos por primera vez el pequeño buffet que había en una esquina. En cuanto lo vi se me paró el corazón.

–Había mimosas, champán, brie, ostras... –Amanda se giró hacia mí inquieta–. La sutileza no es su estilo, ¿eh?

–Deberíamos llamar a Billings –murmuré, apartándome de la mesa–. Vamos a tener que cambiar el plan de juego si no nos comemos esto.

Unas nauseas repentinas me sobrevinieron y corrí al baño, llegando justo a tiempo.

Justo diez minutos después, un técnico de ojos grandes me llevó hasta el plató y me dijo que esperara a que me presentaran. Al mirar del otro lado del telón vi bastante público y una ola furiosa de nervios casi hizo que me mareara. Busqué dónde apoyarme detrás de mí y me encontré con Billings, ni más ni menos.

En lugar de alejarse se acercó a mí, girándome para que lo mirara, colocándome las manos con firmeza sobre los hombros.

–Respira hondo –dijo dándome instrucciones, guiándome–. Lo vas a hacer bien. No te olvides de respirar.

–¿Y si... Si se me olvida lo de las tarjetas? –susurré con ansiedad.

–Si olvidas lo de las tarjetas tú solo habla. Deja que vean la personalidad chispeante que tiene Rebecca White. Te los vas a echar al bolsillo.

Lo miré sorprendida y juraría que me guiñó un ojo.

–Tú eres la chica que le robó el corazón a Marcus Taylor. – Me mostró una sonrisa rápida en la oscuridad–. Ningún equipo de relaciones públicas puede borrar eso.

Casi sentí una conexión con él. Hasta que sus manos se acercaron a mi escote para levantar la parte frontal del vestido.

¿Es que ese hombre no sabía dónde estaban los límites?

Me aparté de sus manos indiscretas sacudiéndome en cuanto escuché mi nombre.

–Ya está –me susurró el técnico–. Ahora entras.

Prácticamente me empujó para que entrara, pero gracias a que me había pasado toda la vida evitando caer en público, me recuperé a tiempo y caminé con gracia hasta el centro del plató para encontrarme con la verdugo rubia. Ella sonreía de oreja a oreja. Me indicó que me sentara en una de las dos mullidas butacas que se habían colocado mirándose entre sí. Sentada, busqué detrás de las luces cegadoras, entre los asientos del público. Estaba segura de que Marcus estaría allí, tal como había prometido.

No estaba entre el grueso del público. Por primera vez desde que lo conocí, no iba vestido como solía. En vez de ir con pantalón de vestir y camisa, como el resto de los hombres del público, se había puesto unos vaqueros y una gorra de béisbol. Además, llevaba gafas oscuras, a pesar de la falta de

luz del estudio. Aún de lejos pude darme cuenta de que se sentía orgulloso de su camuflaje.

Le sonreí ligeramente y luego volví la mirada hacia la entrevistadora. Me habían puesto un pequeño micrófono en la parte superior del vestido y no se me olvidaba de que tenía la sensibilidad suficiente para pillar absolutamente todo, desde los latidos de mi corazón hasta mi respiración enloquecida. Seguí el consejo de Billings; me apoyé en el respaldo y respiré hondo unas cuantas veces.

–Bueno, Rebecca –La entrevistadora se inclinó hacia mí con una sonrisa–. Antes de empezar tengo que preguntarte, ¿cómo lo hiciste?

Me quedé helada, pero mantuve mi sonrisa educada.

–¿Cómo hice qué?

Ella arqueó las cejas.

–El soltero más codiciado del mundo. Con fama de mujeriego. Con una fortuna valorada en más de catorce mil millones de dólares... ¿Cómo conseguiste a Marcus Taylor?

Me hirvió la sangre y, por primera vez, empecé a relajarme. Así que ese era el juego, ¿no?

–Verás, Wendy –me reí–. Creo que la pregunta es cómo consiguió Marcus Taylor a alguien como yo.

El público me ovacionó y el propio Marcus me sonrió. Pero en vez que cortarse, la entrevistadora cogió al vuelo la ocasión con un entusiasmo genuino. Los focos brillaban sobre nosotras y ella acercó su butaca a la mía.

El espectáculo estaba al rojo vivo.

Lanzamos preguntas y respuestas durante casi una hora, bailando alrededor de los asuntos más candentes y centrándonos en los temas más ligeros y con más encanto.

Tu regalo favorito: un brazalete de diamantes. Tu momento favorito: el karaoke (para deleite del público). Tu beso favorito: es mejor que no te lo cuente.

Cuando más avanzaba la entrevista más fácil me resultaba. Me ceñí casi por completo a lo que decían las tarjetas, no había ninguna pregunta a la que no pudiera responder con una dosis sana y deliciosa de verdad. Era justo lo que quería Billings, que el público adorara a Marcus sin que él tuviese que estar bajo los focos. Hacer que lo quisieran al mostrar una cara desconocida de él.

Su lado encantador, juguetón, tierno... ese que tenía conmigo.

Pero no todo iban a ser arcoíris y rayos de sol. Cuando se acercaba el momento de terminar, los ojos avispados de Wendy brillaron de pronto, mirando a las preguntas que le ofrecían desde detrás de mí. Me lanzó la primera.

–¿Y por qué una boda tan repentina? –preguntó de forma abrupta–. Tres meses no es mucho tiempo... ¿Por qué corréis al altar?

Se me paró el corazón, pero me recuperé enseguida.

–¿Qué te debo decir, si ya lo sabes?

El público se quedó encantado, pero ella no estaba satisfecha.

–Pero os casáis dentro de un mes... ¿Os va a dar tiempo siquiera a preparar la boda?

Marcus retorció el gesto nervioso y yo emití una risa forzada.

–Tendrías que preguntárselo a mi madre. Según ella es la fiesta de su vida. Que Marcus y yo nos casemos ese mismo día es pura casualidad.

El público estalló en una carcajada.

–Así que no hay ninguna prisa escondida.

Me hice la confundida.

–Ninguna prisa. Es solo que somos unos románticos.

Levanté mis manos ante el público y este estalló en un aplauso. ¡Al parecer estaba triunfando!

Los ojos azules de la presentadora brillaron, pero chasqueó los dedos en una especie de señal pactada.

–En ese caso, vamos a celebrarlo.

Dos camareros aparecieron de la nada con dos copas de champán. Se me hizo un nudo en la garganta y me quedé mirándolas con pánico. Casi podía ver a Billings ladrando para protestar tras bambalinas. Pero daba igual lo que él pudiera decir ahora, daba igual cuántas cabezas rodaran por esto, el daño estaba hecho. El champán estaba en mis manos y de pronto me vi ante una elección muy obvia:

¿El bebé o los negocios?

Me reí y chocamos las copas. Me llevé el champán a los labios, con todos los ojos fijos en mí, pero justo antes de que diera un trago, bajé la copa hasta mi regazo.

–Wendy –dije en tono bromista–. ¿Estás intentando que admita que estoy embarazada?

Capítulo 15

–¿Cómo has podido hacer eso?

Marcus estaba furioso. La verdad era que nunca lo había visto tan enfadado. Estábamos de vuelta en casa. Billings y su equipo detrás de nosotros. El personal de la casa se escondió al escuchar nuestra ruidosa llegada, e incluso Eduardo el sanguinario buscó refugio detrás de los árboles.

Marcus levantó los brazos y se giró de golpe hacia mí, ignorando el mar de caras que nos miraban.

–¡Te dije lo que estaba en juego!

Pero no contaba con que a quien le hablaba era una chica a la que habían de traicionar en un programa en directo y, además, tenía las hormonas revolucionadas porque estaba embarazada y pronto iba a ser mamá. No hace falta que os diga que la rabia de Marcus encontró en mí una rabia similar.

–¡No voy a esconder a mi *bebé* solo porque te venga bien para tu último negocio en la bolsa! –le grité–. ¿Y qué narices querías que hiciera, Marcus? ¡Me pasó una copa en directo! No podía quedarme sin beber y ya está.

–Un traguito de champán no le habría hecho nada al bebé ¡y lo sabes!

Abrí la boca sin podérmelo creer.

–¡Pero oyes lo que dices!

–No, Rebecca, *eres tú* la que no oye –Su voz rebotó con eco contra los suelos de mármol y los altos techos, como si gritara con un micrófono–. Eres una mujer muy trabajadora, tu labor es admirable, te respeto. ¡Pero no tienes *ni idea* de lo que cuesta dirigir una empresa de *varios miles de millones de dólares*! Tanto Billings como yo te dijimos que lo mejor para todos era que te quedaras callada unas cuantas semanas, se trataba solo de aguantar la noticia un poquito.

La pelirroja con vestido de diseño puso los ojos en blanco y luego me miró:

–¡No habrías perdido nada por darle un traguito al champán! ¡Pero ni siquiera pudiste hacer eso!

La apuñalé con la mirada.

–Hey –dijo ella–. Me he dejado los cuernos trabajando con Billings para intentar limpiar la imagen de tu novio.

–Perdona –dije–. ¿Y quién eres tú?

–Tabitha. Tu marido ha contratado a los mejores especialistas en relaciones públicas. Vamos a arreglar esto.

Marcus se pasó una mano por el pelo.

–¿Cuáles son los daños?

–La verdad –intervino Billings con su típica falta de gracia–, la reacción después del programa ha sido aplastantemente positiva. Rebecca les ha encantado. Regis y Kelly quieren dedicar un programa entero para ti y para Rebecca.

–Cierto. Pero ella lo ha jodido todo –dijo Tabitha.

–¡Cierra la boca! –rugió Marcus contra la mujer.

–Por favor, tranquilicémonos –dije.

–¿Cómo voy a arreglar esto? –dijo Marcus.

–No puedo creer que de verdad estés enfadado conmigo por eso –siseé–. Monté el teatrillo como me pediste todo lo que pude. Hasta que la tipa me plantó una copa de champán en las manos. ¿Cómo es posible que pase lo que pase a ti no te importe el bienestar de nuestro bebé?

–Solo intentaba hacer lo mejor para ti –me interrumpió.

–No, solo intentabas moldearme para que tu imagen social sea la mejor posible –respondí poniéndome otra vez de mala leche–. ¡Y estoy harta!

–¡Te están llamando puta! –dijo Tabitha–. Una actriz que intenta trepar acostándose con un multimillonario.

Se hizo un silencio repentino.

Se me cortó la respiración mientras aquella palabra resonaba en el silencio. Marcus tenía la respiración acelerada como si acabara de correr a toda velocidad, su pecho subía y bajaba cuando nos miramos a los ojos.

–¿Por qué creías que quería mantenerte en casa? ¿Por qué te pensabas que quería ocultar lo del bebé? –Sus ojos echaban chispas–. Intentaba *protegerte*. A ti y a nuestro hijo. –Se acercó un paso y me miró con odio–. No te atrevas a decirme a mí lo que es *mejor* para mi familia porque es solo eso lo que alimenta cada uno de mis pasos.

De repente me sentí muy pequeña en una casa que era demasiado grande. Las ventanas y las puertas parecían agrandarse frente a mí y di un paso inseguro hacia atrás.

–¿Putas? A ver si te crees que no puedo aguantar escuchar algo así. Se me ha hecho un caparazón muy duro con todos los

rechazos que he recibido al querer ser actriz. Y sí, hay más probabilidades de que me caiga un meteorito en la cabeza de que me convierta en una actriz famosa, pero nunca me acosté contigo para trepar. Es lo más estúpido que he oído. Me deberías haber puesto al corriente de los rumores, porque puedo manejar cualquier cosa que se diga de mí.

Todo esto salió como un susurro que arañaba.

Tabitha sacudió la cabeza exasperada.

–¿Qué imagen piensas que das? Una chica que conoce a un millonario y acaba embarazada. No es difícil llegar a la conclusión de que lo que te dejaste hacer el bombo porque quieres es quedarte con la pasta.

Miré a Marcus.

–¿Tú piensas eso? –pregunté de pronto.

Mis ojos buscaron desesperadamente los suyos y me encontré con un terror abrupto ante lo que él fuera a decir. Con lo rápido que estaba cambiando todo mi mundo nunca pensé que esto pudiera ser un problema. Pero seguro que Marcus también lo había pensado.

–Por supuesto que no –dijo restándole importancia.

Pero, aunque quería tranquilizarme, una ráfaga de duda brillaba en sus ojos. Fue todo lo que necesité para saber.

–Ay, Dios mío. –Me encogí y di otro paso más hacia atrás–. Tú también. Piensas que lo hice aposta.

–No –dijo él una ve más, pero cuando nuestros ojos se encontraron suspiró–. Sé lo exagerada que eres con lo de evitar quedarte embarazada, Rebecca. ¿Cómo puede ser que

justo unos cuantos días antes de que Takahari firme el contrato de pronto te quedas embarazada?

Fue como si me hubiese dado una bofetada. El mundo se desdibujó frente a mí y tardé un poco en darme cuenta de que estaba llorando.

–No... No puedo creer que esto esté pasando –susurré, meneando la cabeza.

–El mundo entero piensa que eres una puta. ¡Estamos intentando arreglarlo! –dijo Tabitha.

–Tabitha, ¡a la puta calle, fuera de mi casa! –gritó Marcus–. ¡No te aguanto más! Y no se te ocurra volver.

Se quedó parpadeando un momento, luego se echó la melena rojiza hacia atrás mientras que Billings reunía a su gente moviendo la mano.

–Venga, vámonos –dijo.

Cuando Tabitha salió por la puerta con altanería, juraría que me sonrió de forma rápida y clandestina.

–Y los demás –dijo Marcus girándose a su alrededor y moviendo las manos para ahuyentar a la gente que se había quedado paralizada ante nuestro espectáculo–. ¡Fuera!

Lo miré con odio bajo las luces de los candelabros una vez que la sala se quedó vacía.

Dio un paso hacia mí, pero me giré y me apresuré hacia la puerta. Cuando la abrí me di cuenta de que no tenía adónde ir. Ahora este era mi hogar.

–¡Rebecca, no! –Corrió detrás de mí–. ¡No te marches otra vez! Oye, lo siento.

Me encontré con Billings, que estaba en las escaleras con todos sus minions. Al verme llorando se quedó sorprendido, bajó el móvil y me observó con curiosidad.

-¿Billings? -dije entre sollozos, intentando recuperar la voz.

-¿Sí, señorita White?

-Por favor déjame tu coche.

Capítulo 16

Era medianoche cuando al fin aparqué frente a la casa de Barry y Amanda en Westwood. Llevaba horas conduciendo, intentando aclarar mis ideas. Pero por muchos kilómetros que hiciera no podía asimilar lo que había pasado.

Marcus pensaba que lo había hecho *aposta*.

Eso implicaba varias cosas. Uno: que toda la situación; nuestro bebé, era culpa mía, *una culpa*. Un peso que caía sobre nosotros. Dos: mientras que yo estaba feliz pensando que estábamos bien y por eso planeábamos un futuro juntos, él veía un gran engaño de mi parte en dicho futuro. Tres: ya ni siquiera sabía si iba a haber un futuro.

¿Cómo podía querer pasar el resto de su vida con una mujer que había planeado deliberadamente atarlo con un bebé? Por mucho que me quisiera, daba igual. Pero, ¿cómo podía creer que yo haría algo así? ¿Cómo podía quererme si no me conocía lo suficiente para saber cuál era mi verdadera personalidad? Era verdad, él no me conocía y yo tampoco lo conocía a él. Necesitábamos tiempo para conocernos y lo idea habría sido que ese tiempo transcurriera antes de casarnos y tener un hijo. Creo que lo hicimos todo al revés. Sí, todo en la dirección contraria.

Me limpié la cara y bajé del coche en silencio, cerrando la puerta y arrastrando los pies para subir las escaleras de granito que me llevaban a la casa. Llamé al timbre un par de veces y entonces se encendió una luz. Dos segundos después Barry abrió la puerta.

–¿Rebecca? –preguntó sorprendido, aguzando la mirada en la oscuridad–. Son las dos de la madrugada. ¿Qué haces aquí? ¿Todo bien? –Sus ojos buscaron en el parking–. ¿Cuándo te has comprado un Porsche?

–No es mío –dije con tono plano, encogiéndome un poco en la ligera brisa–. ¿Puedo pasar?

–Claro. –Abrió más la puerta y me dejó entrar, echándole otro vistazo a mi vehículo antes de volver a cerrar–. Amanda está...

Pero yo ya iba de camino al dormitorio.

Deevus se frotó contra mis piernas y lo acaricié. Amanda estaba profundamente dormida, despatarrada en la cama de matrimonio. Acostumbrada a la enorme cama en la que yo dormía con Marcus, esta me pareció de lo más acogedora. Me quedé mirando a Amanda un momento y luego se me apelotonaron las palabras en mi interior, ya era imposible contenerlas.

–Él piensa que es culpa mía.

Amanda abrió los ojos, me miró parpadeando para aclararse con la poca luz que entraba desde el pasillo.

–¿Bex? ¿Eres tú?

–Marcus piensa que es culpa mía. Cree que me quedé embarazada aposta.

Amanda abrió más los ojos y se incorporó, dándole una palmada al hueco que había a su lado. Me tumbé en la cama, las dos estábamos boca arriba, mirando al techo como solíamos hacer cuando éramos adolescentes, con un silencio que servía para darnos apoyo y para solucionar nuestros problemas. Un silencio que a la vez resultaba meditativo.

–No puede creer eso –dijo Amanda pasado un rato, girándose un poco para mirarme–. Vio cómo te ponías como loca en la clínica. Joder, pero si saliste huyendo a Washington. Tú no planeabas nada.

–Él mismo me lo ha dicho. –Me sequé una lágrima muda–. Después del programa de esta mañana estaba furioso. Me dijo que yo lo había echado todo a perder, me preguntó cómo era posible que me hubiese quedado embarazada. Tabitha una de las relaciones públicas de Marcus, dijo que todo el mundo me llamaba puta.

Se sentó de golpe:

–¡No!

–Sí. –Me tapé la cara con la almohada de Barry–. Por lo visto mi imagen es la de la típica cazafortunas y por eso Marcus ha estado escondiéndome, para protegerme. Pero a mí se me ocurrió fastidiarlo todo por no beber un trago de alcohol en la tele.

–No me creo que haya pasado eso –dijo Amanda, apoyando otra vez la cabeza en el colchón, jugueteando con su pelo mientras miraba al techo–. No me puedo creer que esa zorra te haya dado champán. Lo siento, Bex. ¿Qué ibas a hacer?

–¡Eso mismo he dicho yo!

–¡Marcus no se creará esas estupideces!

–No sé ni qué piensa.

–Hombres –se quedó, moviendo la cabeza–. Por eso ellos no se pueden quedar embarazados, porque no son capaces de cargar con la responsabilidad de llevar una vida dentro de ellos. La matarían a base de Budweiser.

–Estamos hablando de Marcus.

–Tienes razón, él antes contrataría un seguro de vida.

Me reí entre lágrimas.

–No, me refiero a que él bebería algo caro.

La línea de luz dibujada en el suelo se ensanchó cuando Barry asomó la cabeza.

–Chicas, ¿todo bien?

Amanda levantó la cabeza.

–Vamos a necesitar un ratito, mi amor. ¿No te importa dormir en el sofá hoy?

Él sacudió la cabeza con una sonrisa de comprensión.

–Claro que no.

Cuando se marchó, miré a Amanda desesperada.

–¿Lo ves? Barry lo entiende. ¡Barry es maravilloso! ¿Por qué Marcus no puede... *saber* que nunca habría hecho esto aposta? ¿Cómo puede no saber eso de mí?

–No lo sé, Bex.

Me mordí el labio mientras más lágrimas brotaban de mis ojos.

–¿Cómo me voy a casar con alguien que piensa eso de mí? Ni siquiera nos conocemos, ¿a que no?

Amanda se puso de lado.

–Creo que sí os conocéis. –Iba a quejarme, pero Amanda levantó una mano–. Hablo en serio, sé que tan solo han pasado tres meses, pero creo que os conocéis. Vosotros dos encajáis desde el principio.

Arqueé las cejas.

–¿Y esto? ¿Qué pasa ahora?

–Ahora... –Su cara se encogió con rabia–. Que le den... ¿Piensa que tenías un plan para quedarte embarazada? Pues vale. Puedes criar a tu hijo con Barry y conmigo. ¿Que viene alguien a tirar piedras y a llamarte puta? La verdad, Bex, tengo muy buena puntería para responder y, además, hace años que yo te llamo así.

Nos miramos un segundo y luego soltamos una carcajada.

–Creía que ese título estaba reservado para ti –dije.

–Sí, claro. Antes, pero ahora te juro que soy otra mujer.

Seguimos riéndonos.

Su brazo se entrelazó con el mío. Me dio palmaditas en la mano mientras volvíamos a mirar al techo.

–Vas a salir de esta –dijo cuando por fin nos tranquilizamos–. Con o sin él, vamos a hacer que todo salga bien.

–Gracias –susurré. Apreté su mano mientras volvían a rodar las lágrimas por mis mejillas.

–Eres mi hermana, Rebecca –dijo en serio–. Nosotras nos cuidamos. Y ahora duérmete. Ya pensaremos qué hacer por la mañana.

–¿Con helado?

–Con helado.

Capítulo 17

No estaba preparada para que la mañana siguiente llegase tan rápido. Dormí profundamente en el sitio de Barry. Tranquila porque sabía que a la mañana siguiente afrontaríamos juntas lo que fuera. Pero cuando oí el crujido de la puerta abriéndose poco después de las ocho, se me encogió el estómago.

Barry parecía un poco nervioso cuando asomó la cabeza.

–Hey, siento despertaros, chicas pero... Marcus está en la puerta. Parece bastante molesto.

Los ojos de Amanda brillaron con rabia mientras apartaba de una patada las mantas y se alisaba el pelo lleno de nudos.

–Barry, cariño, haznos un favor. Dale una patada en el culo para que se largue.

Los ojos de Barry se abrieron bastante, pero luego se estiró para hacerse más alto.

–¿Lo dices en serio? El tipo es grandote.

–Tú puedes con él, mi amor.

Amanda me miró como esperando instrucciones, todo dependía de mí. Sinceramente me debatí un momento, pero luego decidí que de una u otra forma tenía que hablar con él. Aún tenía el coche de Billings y, como poco, tenía que devolvérselo.

-Debería hablar con él -murmuré, saliendo de la cama.

Amanda me siguió como una sombra enfadada, echándose una bata sobre el pijama de cupcakes.

Caminamos por el pasillo sin hacer ruido, pero en el instante en el que vi a Marcus detrás del cristal de la puerta, moviendo sobre el pantalón los dedos con nerviosismo mientras esperaba, me quedé planchada. Una imagen de su cara incrédula, acusándome, saltó a mi mente. Di un paso atrás, meneando la cabeza.

-No puedo -balbuceé-. No puedo hablar con él.

Amanda asintió enseguida y tiró de mí para llevarme al sofá. Luego le hizo un gesto a Barry, que fue a la puerta con cara de cordero.

-Lo siento, tío. No quiere hablar contigo.

Marcus se puso pálido, intentó mirar hacia adentro, por encima del hombro de Barry.

-Rebecca -llamó sin verme-. Bex, lo siento. He sido un idiota. No quise decir lo que dije. Por favor, habla conmigo.

Amanda sacudió la cabeza con fuerza y Barry se giró para traducir:

-Y dile que no la llame Bex -añadió Amanda entre dientes.

-Marcus, creo que deberías marcharte. -Barry cambiaba el peso nervioso de un pie a otro-. No sé qué le has hecho, pero están muy enfadadas. Me han echado de la cama y todo.

Marcus lo ignoró y dio un paso hacia adelante.

-Becca, ¡por favor! Deja que me disculpe.

Barry lo detuvo sin que le dijéramos nada.

–Tío, estoy intentando ser educado. Pero si ella no quiere hablar contigo no vas a entrar. –Se estiró y, por primera vez, me di cuenta de que había músculos debajo de esas camisas tipo profesor universitario que usaba-. Es mejor que te echas hacia atrás.

Por un segundo me pareció que Marcus sopesaba la idea de pegarle a Barry en la cabeza, pero luego dio un paso hacia atrás levantando las manos.

–Vale, vale. Por favor dile que... O si me estás escuchando, Rebecca, por favor, quiero que sepas que tengo una reunión con los accionistas. Les voy a recomendar que rompamos el trato con Takahari.

Amanda y yo nos miramos alarmadas mientras Barry miraba hacia adentro incómodo.

–No me interesa para nada si es el motivo por el que te voy a perder –continuó Marcus-. Varios vecinos empezaban a congregarse pero Marcus los ignoró y siguió hablándome desde el corazón-. No sé si sirva de algo decírtelo, pero yo tampoco le habría dado un trago al champán. –Su cara cayó en la desesperanza al dar un paso más hacia atrás-. Y sé que no te quedaste embarazada a propósito.

Cuando de la casa no salía más que silencio, se giró y caminó cabizbajo hacia el coche.

Casi había llegado cuando yo asomé la cabeza por la puerta.

–¿Vas a cancelar la fusión con Takahari?

Se le iluminó la cara de alivio.

–Rebecca...

–¡No puedes hacer eso! Era el gran cliente de tu padre y estás ya tan cerca. ¿Por qué narices ibas a dejarlo ahora? Te lo prohíbo.

Marcus ignoró por completo todas las referencias al trabajo y corrió para acercarse tanto como se atrevió, ya que tanto Amanda como Barry permanecían detrás de mí.

–Sé que no querías quedarte embarazada. –Tenía la cara enrojecida, era sincero–. Es lo peor que te podía haber dicho. Lo dije en un momento y sé que me voy a arrepentir toda la vida. Lo siento. No quería decirlo, para nada. Te... Te conozco. –Intentó rozar mi mano–. Sé que nunca habrías hecho algo así.

Aparté las manos.

–¿Y entonces por qué lo dijiste?

Su cara lo mostraba pensativo.

–Rebecca, ¿te he contado alguna vez que mi madre era bibliotecaria?

Dudé.

–No.

–Trabajaba a jornada completa mientras iba a la universidad gracias a una beca. Luego ganó una estancia de prácticas con un equipo arqueológico en El Cairo. Se marchó justo después de licenciarse. Era su sueño, ser una antropóloga reconocida. Luego... conoció a mi padre. –Dejó escapar un pequeño suspiro–. Él era un inversor que empezaba a ganarse su prestigio cuando se conocieron y se enamoraron. Llevaban juntos solo unos meses cuando de

pronto mi padre empezó a forrarse y apareció en la portada de *Forbes*. Al mismo tiempo ella se quedó embarazada.

Se me encogió el estómago y contuve la respiración. Sabía cómo iba a continuar.

–La prensa no tuvo piedad. La tacharon de mentirosa, de liar a mi padre, de atarlo porque tenía dinero. La llamaban... – Me miró a los ojos brevemente y luego apartó la mirada–. Todo tipo de cosas. Eso formó una brecha entre ellos. Él empezó a creer lo que le decían y se volvió un poco loco. Cuando finalmente mi madre murió en Westwood, lo hizo lamentando no haber cumplido su sueño. No quiero arrancarte tu sueño. Sé lo mucho que quieres ser actriz.

Esta vez, cuando me acercó las manos se las cogí.

–Rebecca... Me puse furioso porque vi cómo se repetía la historia y me asusté. Tenía que echarte a ti la culpa porque no quería ser ese tipo. El tipo que deja embarazada a una chica... y le roba su vida. No quiero ser como mi padre. Tampoco como mi madre.

Respiré profundo, intentando tranquilizarme mientras lo miraba a los ojos.

–Me quedé embarazada... porque nos acostamos. A veces fallan las medidas anticonceptivas.

–Lo sé –dijo bajito.

–Y no bebí porque...

–Me alegro de que no bebieras. –Me ofreció una sonrisa tierna–. Me demuestra que vas a ser una madre extraordinaria. Es uno de los motivos por los que te quiero.

–Eso es muy dulce.

-He reflexionado mucho toda la noche y me he dado cuenta de algo.

-¿De qué?

-¿Recuerdas lo que me dijiste justo antes de que entráramos al club? Hace ya algún tiempo. Me preguntaste: “¿qué es realmente importante para ti como hombre? Simplemente pregúntate qué es importante para ti de verdad”.

-Te dije que si no se te ocurría nada no importaba, que siguieras pensando, que ya te volvería a preguntar más adelante. Que lo que importaba era que fueses totalmente honesto.

-Por fin sé cómo responder a esa pregunta.

-¿Cómo?

-Ser el mejor marido y el mejor padre que pueda ser. Poner a mi familia por encima del trabajo, darles todo lo que necesiten, quererlos tanto como pueda. Quiero tener una familia por encima de todas las cosas. Quiero tener una mujer a la que pueda besar en Navidad. Ver cómo nuestros hijos destrozan el papel de los regalos mientras nos sentamos frente la chimenea en bata.

-¿Con una taza de chocolate caliente?

-O de ponche.

Sonreí.

-Y luego tomarnos un desayuno enorme en familia. Sí, eso es lo que más deseo en el mundo.

-¿Nada de fiestas tranquilas?

-¡Para nada! Llenaremos todas las habitaciones.

–¡Venga ya! Tienes unas veinte.

Se echó a reír.

–Le daremos vida a esa solitaria mansión. Quiero vivir ese sueño contigo, *solo contigo*.

Una lágrima rodó por mi mejilla.

–Te quiero. Me encantaría empezar una vida contigo, Marcus Taylor.

Él sonrió de oreja a oreja.

–Yo también *te quiero*, Rebecca White. No hay nada que desee más que casarme contigo y formar una familia.

Otro beso.

Se oyó un frenazo y un murmullo entre la gente que se hacía cada vez más alto.

–Genial –dije mirando a mi alrededor–. Alguno de los vecinos ha llamado a la prensa.

–Ven conmigo. Tenemos que empezar nuestro sueño ahora mismo –dijo Marcus con una sonrisa firme.

Miré a Amanda y Barry, que me mostraron los pulgares hacia arriba y una enorme sonrisa.

–¡Vámonos, mi amor! –grité, saltando a sus brazos.

Marcus no podía sonreír con más amplitud.

–Solo tengo que arreglar un detalle crítico –dijo.

–¿Y no puede esperar? –pregunté ansiosa.

Los periodistas empezaban a acumularse en un pequeño grupo junto al aparcamiento y me metí automáticamente en la casa.

–No. –Me cogió firmemente de la mano e hizo que camináramos hacia la reja del jardín–. Tiene que ser ahora.

No tenía ni idea de lo que quería hacer. Literalmente: ni idea. Pero lo seguí, escondiéndome detrás de su hombro mientras las luces de los flashes brillaban. Luego Marcus tiró para ponerme a su lado.

–¡Buenos días! –le dijo con alegría a la gente.

Todos se miraron sorprendidos y luego lo bombardearon con preguntas y fotos. Un segundo después, Marcus levantó la mano para pedir silencio.

–Sé que probablemente todos queréis alguna declaración sobre lo que pasó en *Good Morning America*. Bueno, lo único que tengo que decir es esto...

El silencio era total, toda la gente contenía la respiración.

–Mi adorada prometida Rebecca y yo estamos esperando a nuestro primer hijo. –Me miró a los ojos, con una sonrisa eufórica y radiante–. Y no puedo estar más feliz.

Capítulo 18

Mi adorada prometida Rebecca y yo estamos esperando a nuestro primer hijo y no puedo estar más feliz.

Aquellas palabras aún resuenan en mis oídos ahora, que estamos en el avión de Marcus. Seguía escuchándolas cuando aterrizamos en Napa para una escapada sorpresa de fin de semana, para olvidar toda la locura de la boda y los medios de comunicación. Seguían resonando siete horas después, mientras paseábamos de la mano entre viñedos bajo las estrellas.

Una luz de luna brillante y plateada coloreaba el campo dotándolo de tonalidades mágicas. Un suave brillo celestial se pegaba al pelo oscuro de mi futuro marido y brillaba en sus ojos cuando me giré para mirarlo con timidez. No nos habíamos dicho mucho desde que nos subimos al avión. Prácticamente nos habíamos limitado a abrazarnos hasta que llegamos al hotel de lujo en un silencio meditativo. No fue sino hasta que Marcus me hizo una pregunta durante la caminata de medianoche cuando me di cuenta de que era una de las primeras frases que nos decíamos desde la rueda de prensa improvisada de aquella mañana. No me malinterpretéis, el silencio no era nada malo. Creo que con la

enormidad de todo lo que estaba a punto de ocurrir... los dos teníamos mucho en qué pensar.

–¿Por qué nunca me habías contado lo de tus padres? – pregunté bajito.

Los hombros de Marcus se pusieron rígidos y me preparé para una protesta, pero luego agachó la cabeza sin más y suspiró.

–No tuve una infancia muy fácil. Mi padre me crió como a él lo había criado su padre y... bueno, digamos que no es algo que yo quiera repetir con nuestro hijo.

–¿Qué?

–Lo quería, pero me mataba a golpes.

–Lo siento.

–Dejó de pegarme cuando crecí. Me enseñó todo lo que debía saber para llevar bien un negocio. Y nos hicimos amigos cuando ya era adulto, nos unimos en las reuniones de trabajo y para llevar juntos varias empresas. Pero yo aún me sentía roto por mi infancia. No podía superarlo. Cuando él murió lo perdoné –dijo–. Y el perdón es de lo más liberador. Sé que quiero darle una vida distinta a nuestro hijo. Nada de internados. Nada de palizas. Tan solo mi amor incondicional.

–Es muy dulce escuchar eso.

–Le vamos a dar una buena vida a nuestro hijo. Él o ella va a tener unos padres que lo quieran y que se preocupan.

–Así será.

–El año pasado bebía muchísimo, era para olvidar el dolor de mi pasado. Mi padre se portaba fatal con mi madre, también le pegaba. Creo que por eso yo no había sentado

cabeza, ni siquiera tenía novia. Estaba muerto de miedo al ver que bebía como mi padre, que podía convertirme en alguien como él. No quería hacerle daño ni pegarle a ninguna mujer en mi vida.

–Tú no eres así –dije.

–Me gusta pensar que me parezco a mi madre –dijo Marcus–. La echo de menos. La quería muchísimo. Creo que cuando la perdí me quedé en la cuerda floja. Estaba fatal. Era un hombre de negocios brillante, el mejor durante el día. Pero al llegar la noche bebía para ahogar el dolor. Empecé a coger más y más vacaciones, a beber para escapar. Cuando estaba a punto de perder a mi mejor cliente tuve que reevaluar toda mi vida.

–Te limpiaste, perdonaste a tu padre y volviste a Estados Unidos.

–Sí. Poco después te conocí a ti.

Sonreí.

–Eres lo mejor que me ha ocurrido. Haces que sea un hombre mejor.

–Yo también soy mejor mujer por ti.

Me senté en un banco con vistas a las colinas y Marcus se sentó a mi lado, echándome automáticamente su chaqueta sobre los hombros. No quería presionarlo. Ya lo conocía bien y sabía lo que significaba la rigidez en su mandíbula, las pequeñas arrugas que se le formaban alrededor de sus preciosos ojos. Sabía que le costaba hablar de este tema, pero... Había tanto aún que no sabía de Marcus. Lo conocía, sí.

Pero ¿su historia, su familia, su pasado? Todo era un misterio, así que me lancé.

–Mi padre nos abandonó cuando yo era niña –empecé muy bajito. Marcus se giró hacia mí. Lo veía con la vista periférica, pero mantuve los ojos fijos en las colinas–. Mi madre nos crió a Max y a mí sola y, aunque hizo todo lo que pudo, siempre era como si me faltara algo, ¿sabes? Ella nunca bajaba la guardia, salvo con nosotros. Era como si no pudiera fiarse de nadie. Por mucho que intentara ocultarlo, la desconfianza fue algo que nos transmitió. Y aunque no sé cómo será en ese aspecto Max, para mí ha sido algo que he tenido que trabajar mucho para poder superarlo. –Le di un empujoncillo juguetón–. Puede que ya lo hayas notado...

Se rió bajito y me ofreció una mirada larga e intensa, luego sus ojos volaron hacia las colinas.

–A veces desearía que me hubiese criado mi madre en vez de dejarme en otras manos. Me solían dejar con la niñera, hasta que tuve edad para ir a un internado. Para entonces mi madre ya estaba enferma, incluso cuando yo venía a casa de vacaciones. Así que no podía verla mucho. Mi padre la obligaba a hacer todo lo que él quería. Ella no me quería dejar, pero tampoco tenía el valor para dejar a mi padre. –La preciosa cara de Marcus se oscureció. Lo abracé para confortarlo y él respiró hondo antes de continuar–. Era un hombre rudo. Muy estricto, muy... físico.

Una sonrisa amarga se dibujó en una esquina de su boca. Se subió el borde de la camisa para que pudiera verle el abdomen. Aún bajo la luz de la luna era imposible dejar de ver

la cicatriz. Ya la había visto antes, por supuesto. De hecho, conocía de una forma bastante íntima el cuerpo de Marcus. Pero nunca pensé de qué era. Quizás un partido demasiado duro en el campo de polo o un accidente en yate, o una herida de esgrima. En mi mente, el catálogo de las formas en las que alguien asquerosamente rico podía herirse era muy reducido. Pero ahora que veía su cicatriz, una línea delicada que le cruzaba las costillas, parecía...

–¿La hebilla de un cinturón? –pregunté horrorizada.

La sonrisa cáustica se quedó fija en su lugar.

–Como te he dicho –Se bajó la camisa y volvió a mirar a las colinas con un suspiro–. Era muy estricto.

No sabía qué decirle. No sabía que se podía sentir tanta rabia por algo que había ocurrido tanto tiempo atrás. Que era posible odiar tanto a un hombre muerto al que nunca conocí. Sabía que Marcus lo había perdonado y que yo también debía hacerlo. Pero en aquel momento todo estaba demasiado fresco para mí. Los sentimientos se me arremolinaron en la mente, luchando por salir, hasta que me giré hacia Marcus y rodeé su cintura con mi brazo. Me miró sorprendido y mi cara se suavizó con una sonrisa tierna.

–No te pareces para nada, pero para nada a tu padre –dije.

La voz de Marcus se convirtió en un susurro:

–No lo puedes saber. ¿Y si se me va la pinza? ¿Y si empiezo a...

–Te conozco –dije con firmeza, mirándolo a los ojos–. Eres un buen hombre, Marcus. Altruista. Amable. Justo el tipo de

hombre con el que me quiero casar. Justo el tipo de hombre que quiero para que críe a mi hijo.

Abrió la boca y, por primera vez en la historia, no pudo decir nada. Me abrazó y nos apoyamos en el respaldo del banco. Levantamos la mirada hacia las estrellas hasta que el cielo empezó a iluminarse con la suave luz del amanecer.

–No sé qué he hecho para merecerte –dijo Marcus bajito.

Sonreí apoyada en su pecho y me pegué aún más a él. Juntos, observamos el brillo del amanecer.

Capítulo 19

Un cinturón con pedrería rodeó mi cintura. Era demasiado grande. Desapareció y me pusieron otro más pequeño. Tatiana, la sufrida mujer que se encargaba de confeccionar mi vestido, meneó la cabeza sorprendida.

–¿Pero esto qué es lo que es? ¡Se supone que estás embarazada!

Era la décima vez aquel día en que yo sacudía la cabeza con una sonrisa y le daba las gracias a mi buena estrella por haber elegido a aquella diseñadora de Moscú. Aunque no me entusiasmaban las pruebas del vestido de novia, su fuerte acento y la sorpresa infinita que mostraba por todo hacía que la mañana fuera de lo más entretenida.

–¿Pero esto qué es lo que es? –respondí bromeando–. En Estados Unidos no nos gusta que se nos note hasta que estamos de nueve meses. ¡Nyet!

Me pinchó aposta con un alfiler.

–Muy graciosa. Supongo que, como todas las mujeres de tu país, solo sabes hablar un idioma, ¿no? Y, para que lo sepas, ‘nyet’ no significa nueve en ruso.

–... pues a mí me sonaba como nueve.

–Ya –Alisó la tela distraída–. Lo sé.

–¿Cómo vais?

Amanda apareció de un salto, con una sonrisa maravillosa en la cara. En vez de quedarse a mi lado como una amiga leal y desinteresada, se había pasado descaradamente al equipo de mi madre. De pronto también le parecía que esta boda era lo más maravilloso del mundo.

–Vamos –murmuró Tatiana, con los ojos fijos y dilatados sobre una parte del bajo del vestido que insistía en desdoblarse–. Iríamos mucho más rápido si pudiera coserle la boca a tu amiga... Hasta el gran día, claro.

Amanda asintió seria.

–Mucha gente te lo agradecería. Pero Bex no está por la labor.

–¿Y tú, que has estado haciendo? –pregunté para desviar una conversación que se estaba volviendo peligrosa.

–Acabo de salir de mi prueba en la otra sala. El vestido para la fiesta de pedida de mano. –Levantó el móvil para enseñarme una foto con una sonrisa burbujeante–. ¡Mira!

Ya que nuestro camino hacia el altar es tan apresurado, decidimos ahorrar tiempo y combinar la fiesta de pedida de mano con la fiesta que me ofrecen mis damas de honor y el ensayo para la cena de boda. Por supuesto, Billings quería que hiciéramos las tres fiestas por separado para sacar el mayor provecho posible desde el punto de vista del público, pero tanto Marcus como yo nos negamos. Los dos comprendíamos que, hasta cierto punto, nuestra boda era un acontecimiento social —bastaba con ver la lista d invitados— pero no íbamos a dar el espectáculo solo por ello. Faltaban cuatro días para la boda y solo daríamos una fiesta hasta entonces. Y aunque

todo apuntaba más bien en la dirección del ensayo de cena de boda, logramos que tan solo acudieran amigos y familiares. La gran noche comenzaría después.

Por cierto... Aún me quedaban cosas por preparar.

–Eh –Me subí a la plataforma de prueba del vestido frunciendo el ceño–. ¿Podría hablar un minuto contigo?

La cara de Amanda era un cuadro mientras me seguía a la sala de champán, apretando con fuerza el móvil contra el pecho. Cuando me giré para hablar, estaba preparada.

–Vale, sí, sé que lo odias, Bex. Ya sé que es blanco, pero estamos hablando tan solo del ensayo de la cena. ¡Puedo ir de blanco al ensayo!

Necesité un minuto para darme cuenta de que ella pensaba que quería hablar sobre el vestido que acababa de enseñarme.

–Oh... Mandi, no...

–Y además, no era mi intención ir de blanco. Pero, ¿tú has visto el vestido? –Acercó la foto a mi cara hasta pegármela–. ¿Cómo quieres que seduzca a Barry con un escote como ese? Es de monja si lo miras bien.

Contuve una sonrisa.

–Mandi, respira.

–¿Qué? –Tenía la cara colorada del apuro–. ¡¿Quieres que no vuelva a tener sexo en mi vida?! ¿De eso se trata? Vale, pues olvida el vestido. Me pondré la cosa esa morada esponjosa.

–¿Quieres ser mi dama de honor? –pregunté.

Se quedó planchada a media frase y poco a poco bajó los pies, pues estaba de puntillas. Abrió mucho los ojos un segundo y se quedó mirándome.

Me mordí el labio nerviosa, creía que se había enfadado conmigo por tardar tanto en pedírselo. Desde luego no había sido mi intención. Como he dicho, las bodas no son lo mío. Y como tenía que preparar “la boda del siglo” con cuatro personas coordinando, Billings y mi madre, algunas cosas obvias se me habían escapado. Di por hecho que Amanda estaría conmigo el gran día, pero al levantarme aquella mañana me di cuenta de que no se lo había pedido oficialmente.

Pasó todo un minuto y ella no decía nada, así que volví a intentarlo:

–¿Estás bien? Oye, no te enfades conmigo. Pensaba que era tan obvio que no tenía que pedírtelo expresamente. Pero esta mañana, después de echar a la ucraniana que estaba tomándole medidas a la entropierna de Marcus me di cuenta de que...

–¡Síiiiií!

Parpadeé. Aquello no era un sonido humano. Sinceramente, no comprendía como era posible físicamente que hubiese salido de mi amiga.

–Creo que tengo que conseguirte un poco más de champán. –Me giré para buscar al camarero o, al menos, para buscar un testigo, pero las manos de Amanda me detuvieron.

–¿Me estás pidiendo que sea tu *dama de honor*?

Enfatizó las palabras de una forma realmente exagerada y puse los ojos en blanco.

–Amanda, por supuesto que vas a ser mi dama de honor. ¿Quién si no?

–¡Ah! –Saltaba dando palmadas–. *Espera*. ¡No! ¡Vuelve a pedírmelo!

Meneé la cabeza con una sonrisa.

–¿Quieres ser mi...

–Espera, sosténme el bolso. –Me lo puso en las manos con un movimiento brusco y se colocó el pelo como si estuviera preparándose para un salto olímpico o algo así–. Vale, estoy lista.

–¿... estás de broma?

–Tienes razón. –Su mirada era de pánico–. Tú tampoco deberías tener el bolso.

Antes de que pudiera detenerla me quitó el bolso y también mi móvil y los tiró sin ningún cuidado al suelo. Las mujeres que pasaban con copas de champán se miraron entre sí y tuve la impresión de que esto ocurría mucho más a menudo de lo que se pudiera imaginar.

–Vale –dijo una vez más con aquella sonrisa de anticipación–. ¡... venga!

Aguanté la risa y le cogí las manos.

–Amanda Maureen Gates, ¿quieres...

–No... ¡No es justo! –Barry entró de pronto en la sala, interrumpiendo nuestra ceremonia–. Me sacas de mi cama, construyes una casa solo para las dos en el centro de la ciudad. Os juráis amor eterno constantemente. Pero no le vas

a pedir matrimonio a mi chica solo porque te hayas inspirado con el vestido de novia. ¡Todo tiene sus límites!

Amanda y yo nos miramos y empezamos a reírnos, un ataque de risa tonta que no le hizo ninguna gracia a las chicas que llevaban los cócteles. Cuando al fin nos callamos, terminé la frase:

–... dama de honor?

Barry se dejó caer en una silla llevándose una mano al pecho.

–¡Ay, Dios, gracias!

Nos volvimos a reír mientras Amanda me abrazaba.

–Por supuesto que quiero ser tu dama de honor. La verdad era que de alguna forma ya pensaba que lo era.

–¡Yo también! –exclamé–. Solo teníamos que hacerlo oficial. –Mis ojos volaron hacia el señor profesor–. ¿Barry? ¿Estás bien?

Marcus me lo advirtió –murmuró–. Ya me dijo que no vivís la una sin la otra, que sois como un pack. Pero cuando la otra noche hablabais de que íbamos a criar al niño entre los tres... Me temí lo peor.

Me volví a reír, pero Amanda le lanzó una mirada acusadora.

–¿Estabas espiándonos, Barry?

–Sabes lo que se dice de la gente que espía, ¿no? –añadí.

Amanda se cruzó de brazos.

–Van al infierno.

–Nadie dice eso –una voz con un fuerte acento ruso nos interrumpió–. En ningún país. ¡Rebecca, si no quieres casarte

en bragas y cinturón, más te vale que muevas ese trasero flacucho hasta el vestidor ahora mismo!

Bajé la mirada y me sorprendí al ver que tan solo llevaba una combinación muy delgada y un gran cinturón con cristales de Swarovski. Miré cortada a Barry, pero él tan solo meneó la cabeza con una sonrisa de bonachón.

–Ayer acompañé a Amanda a comprar una faja, ya nada me sorprende.

Me reí y seguí a mi modista al probador mientras Amanda caminaba detrás de nosotras. Unas doce mujeres más llegaron, cada una con tela en los brazos. Al subir al pedestal todas empezaron a presentar sus telas a Tatiana, que les respondía con un movimiento breve de cabeza que indicaba sí o con una sacudida violenta. Las mujeres a las que les había sacudido la cabeza no volvían.

–Bueno, ¿y con quién voy a recorrer el altar? –preguntó Amanda curiosa, bebiendo un trago de su tercera copa de champán.

–Para un poco –le dije en serio–. Barry y tú tenéis que ayudarme a pintar el cuarto del bebé esta tarde, te necesito sobria.

–Venga ya –se quejó–, tendrías que pedirme perdón, por tu culpa tengo que beber por las dos.

Ahugué una risa y levanté los brazos mientras dos mujeres atacaban con cintas de medir.

–Vas a entrar con Max, él es el padrino de Marcus.

–Oh, qué dulce. –Miró a Barry por encima del hombro, con una gran sonrisa–. Lo siento, cariño. Me parece que si quieres

caminar hasta el altar conmigo vas a tener que hacerlo oficialmente, nada de paseílos gratuitos.

Barry sonrió.

–Lo tendré presente. Además –dijo alzando un poco la voz–, yo también voy a caminar hacia el altar... voy a llevar a la temible madre de Becca.

Nos echamos a reír, hasta que un grito en ruso que salía de la habitación de al lado nos interrumpió. Tatiana desapareció y, un momento después, su voz se unió a los gritos.

–Me da miedo decirle lo que no me gusta –murmuré.

–Pues si hay algo que no te guste deberías decírselo –dijo Barry–. Trabaja para ti.

–¿Estás de coña? –susurró Amanda–. ¿Quién tiene el valor de enfrentársele? –Se oyó el ruido de algo que se rompía y Amanda saltó–. Creo que han llegado a las manos.

Entonces resultó que sí existía alguien con el valor suficiente. Marcus asomó la cabeza entre las cortinas, con los ojos cerrados.

–Rebecca, ¿puedo hablar contigo un momento?

Automáticamente me tapé el trozo de vestido que llevaba puesto y oí a Tatiana darle una colleja como advertencia.

–¡No he visto nada! –insistió Marcus–. Por favor, Bex. Solo un segundo.

Miré preocupada a Amanda y luego me envolví en mi abrigo y bajé tropezándome para encontrarme con Marcus junto a la cortina.

–Vale, ya puedes abrir los ojos –dije a media voz–. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Él asintió rápido. Demasiado rápido quizás y me llevó hasta la sala de champán en la que un momento antes había estado con Amanda.

–Solo quería decirte que... No voy a poder estar en lo de la habitación del bebé esta tarde.

Me dio un vuelco el corazón pero no cambié el gesto.

–Vale... ¿por qué?

–Ha llamado Takahari. Después de mi rueda de prensa de la otra mañana... ha convocado una reunión urgente.

Cualquier otra persona habría pensado que no tenía nada que ver, pero no yo. Cogí la mano de Marcus y se la apreté preocupada.

–Cariño... mierda, lo siento.

Me ofreció una sonrisa tensa pero auténtica.

–De todas formas no me importa, tengo a mi familia. –Sus ojos se suavizaron. Primero me dio un beso a mí y luego a mi tripa–. Es lo único que importa.

Me derretí un poco pero meneé la cabeza.

–Pero si la fusión...

–Si se cae se cae. De cualquier manera lo sabremos esta noche. –Miró su móvil, que estaba vibrando, con el ceño fruncido–. Es Billings. Tengo que irme. Diviértete. Siento perdérmelo.

Le sujeté las manos cuando intentaba marcharse.

–Marcus, yo...

-Hey -se acercó para darme otro beso-. Tengo lo que importa.

Antes de dejarme decir otra palabra me guiñó el ojo y desapareció. Me quedé meditando sobre las interminables repercusiones de lo que podía ocurrir hoy.

Capítulo 20

Aunque el día fuese muy tenso, tuve tanto que hacer que no me dio mucho tiempo a pensar. Cuando acabé con la prueba del vestido, Amanda y yo fuimos a la peluquería y luego elegimos lo que nos íbamos a poner para la fiesta. Acabamos de organizar los lugares en las mesas y decidimos la tarta. Todo esto antes de pasar por un Home Depot para mirar colores de pintura para la habitación del bebé. Al final nos decantamos por un amarillo suave pero cálido. Adecuado tanto para un niño como para una niña.

–No me puedo creer que quieras que sea sorpresa –dijo Amanda una vez más.

Nos habíamos instalado en una enorme habitación al lado de la de invitados y estábamos extendiendo por el suelo las cosas de pintar. Una escalera que no parecía muy estable estaba apoyada sobre una ventana y entre las dos extendíamos despacio una sábana.

–Si fuera yo querría saberlo de inmediato. No podría esperar.

–Bueno, no es que quiero que sea sorpresa –dije con una sonrisa tímida–. Es la abuela de Marcus quien quiere que lo sea y mi madre también.

Amanda arqueó una ceja.

-Espera, ¿tú sí sabes qué es?

Barry entró en la habitación con un montón de rodillos y brochas. Los soltó sobre la sábana con un gran suspiro.

-No me puedo creer que con la pasta que tienes no contrates a un decorador para que haga el cuarto del bebé.

Le quité la tapa a una lata de pintura y metí una brocha.

-No -dije con firmeza-. Este es mi primer acto como madre, después de concebir, claro está. Voy a decorar esta habitación y no hay quien pueda impedírmelo.

Amanda y Barry inclinaron la cabeza y me miraron pensativos.

-Y... Es la excusa perfecta para escapar de la locura de la boda -dijo Barry.

Los dos se echaron a reír.

-Eso es. -dijo Amanda en una carcajada.

Barry dejó su caja de herramientas.

-¿Vas a seguir actuando? ¿O te vas a convertir en una de esas mujeres millonarias que se ven en la tele?

-No voy a dejar mi carrera -dije-. Ya lo hemos hablado. Marcus quiere que siga luchando por mis sueños cuando nazca el bebé. No elegí la actuación para hacerme rica y famosa ni para convertirme en una marca reconocida. Lo elegí porque se me da bien y disfruto haciendo teatro. Quería hacer algo que me hiciera feliz y actuar es algo que de verdad adoro y disfruto. Creo que me voy a especializar en teatro.

-Serías perfecta.

-Gracias, Barry.

–Bex tiene mucho talento, nació con un don para entretener. Sé que va a tener mucho éxito –dijo Amanda.

–Después de ti, chica.

Amanda sonrió.

Pasamos las siguientes cinco o seis horas convirtiendo aquella habitación inutilizada por Marcus en un adorable y alegre cuarto para el bebé. Yo había escogido como tema algo relacionado con criaturas del bosque y cada uno de nosotros aportó su granito de arena según le salía del corazón. Barry estaba en el suelo, intentando montar la cuna, cuando se oyó una conmoción en la planta de abajo. Nos quedamos callados el tiempo suficiente para escuchar una risa estruendosa y, un segundo después, Max abrió la puerta.

–¡Estás aquí! –Corrí y salté para darle un gran abrazo, olvidando que estaba cubierta de manchas amarillo canario.

Él bajó la mirada hacia su ropa con tristeza y meneó la cabeza.

–Sabes, da igual si te casas y eres madre el mismo año, siempre serás para mí un bichillo insufrible.

Me reí y lo llevé hasta el centro de la habitación tirando de su mano.

–Max, ¿te acuerdas de Barry?

–Por supuesto –Sonrió y le estrechó la mano–. Así que... criaturas del bosque, ¿eh? –Asintió mirando a Amanda–. Recibí tu mensaje. –Sin decir nada más, se quitó los zapatos y la chaqueta y se dirigió hacia la pared más lejana como un torero a punto de entrar en faena. Luego levantó una mano–.

Voy a necesitar pintura, seis brochas de distintos tamaños... y whisky.

* * *

–Madre mía, Max... ¡es *precioso*!

En un tiempo que parecía imposiblemente corto, Max había cubierto toda la pared con un mural de un bosque que nos dejó sin palabras. Cascadas, criaturas mágicas, colores vibrantes... era el país de las maravillas. Max era un pintor extraordinario. Era tan especial que mi bebé tuviese una habitación con un diseño de su tío Max.

–Allí vamos a poner la cuna –susurré mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

Max me abrazó con un brazo.

–No te me pongas llorona y hormonal ahora. Es lo mínimo que puedo hacer por mi sobrinilla... o sobrinillo. –Me miró con ojos brillantes e inquisidores–. Ya sabes qué es, ¿no?

Me quedé callada.

–Ay, Dios, ¡lo sabes! –declaró Amanda–. ¡Lo sabía! ¡Suéltalo!

–Claro que no. –Meneé la cabeza con una gran sonrisa–. Por mucho que me guste la idea de crianza en comunidad, hay cosas que el padre debe saber antes que nadie.

–Yo soy tu *hermano*. Dímelo. –Cuando vio que mis labios estaban sellados, me pinchó las costillas–. Vale, sólo dime una cosa, ¿es niña?

-¿Lo preguntas en serio?

-¡Es mi única pregunta!

Me dio la risa y solté la brocha.

-Sois ridículos. Ya sabéis demasiado. Ahora bajemos y encendamos la barbacoa... *¡me muero de hambre!*

-Vale... -dijo Max poniendo morritos-. Pero solo porque tienes que comer por ti y por mi ¿sobrino?

-¡Ya está bien! -le recordé y lo empujé hacia el pasillo.

Empezaron a bajar por las escaleras, pero antes de que apagara la luz y cerrara la puerta eché un último vistazo al interior. Era pacífico y a la vez animado, como si supiera a quién iba a recibir. Me puse la mano en la tripa y apagué la luz con una sonrisa. Pronto...

La barbacoa estaba en marcha cuando bajé un minuto después. Mi madre y mi abuela estaban cortando cebolla. Barry estaba colocando hamburguesas y salchichas en la parrilla y Amanda y Max tenían las piernas metidas en la piscina mientras abrían una botella de vino. Puse los ojos en blanco; ¿sabéis esos amigos que no beben nada hasta que tú también puedas volver a beber? Vale, pues los míos no eran así.

Miré el móvil por milésima vez aquel día, pero aún no había noticias de Marcus. No sabía si eso era bueno o malo.

-¡Becca! ¡Aquí hay un perrito caliente que lleva tu nombre!

Intenté apartar la preocupación de mi mente y me uní a la fiesta. Marcus tenía razón, tras los meses de preocupaciones y planes hoy al fin sabríamos algo, para bien o para mal.

La barbacoa se alargó hasta bastante tarde. Comimos, nadamos, algunos bebieron e incluso hicimos una hoguera para quemar nubes y ponerlas en galletas, Amanda trajo todos los ingredientes. Fue la forma perfecta de relajarnos en un entorno normal después de la locura que tenía lugar fuera de casa. No exageraba, el mundo entero estaba obsesionado con nuestra boda. Nos llegaron regalos y felicitaciones de dirigentes políticos extranjeros. Incluso recibimos una oferta para que uno de esos helicópteros de telediario cubriera nuestras noticias; algo a lo que Marcus se negó en rotundo. Era tan agobiante como siempre imaginé que sería. Pero ahora, sentada aquí con la gente a la que quería, era fácil olvidar todas esas cosas y centrarme en lo que de verdad importaba.

–Me cuesta creer que te cases en cuatro días –declaró Max, echando la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas. Estábamos sentados en círculo; tres de los cuatro que éramos estaban casi borrachos.

–Ya –murmuré, siguiendo su mirada–. Todo va tan rápido.

–Me pregunto si es una mala señal para mí... –dijo pensativo–. Yo soy mayor que tú, debería casarme antes, ¿no?

–Siempre hemos sabido que tú ibas a tardar más –dijo Amanda hipando–. Desde que la jodiste conmigo en sexto de primaria. Te eché una maldición.

–¿Ah, sí? –preguntó Barry al tiempo que Max se incorporaba–. ¿De verdad?

–Oh sí –dijo ella haciéndose la importante y dándole otro trago a su cerveza–. Justo después de que me dijeras que no

ibas a volver a ver *El jardín secreto* conmigo. Entonces supe que todo había terminado.

Los cuatro estallamos en una carcajada escandalosa que nos hizo olvidarnos del mundo. Tan solo cuando la puerta del jardín se abrió me di cuenta de que no estábamos solos.

Marcus estaba allí parado, con los ojos muy abiertos y una cara indescifrable.

Me puse de pie de un salto y corrí para cogerle la mano.

-¿Qué pasa? -tenía miedo de preguntar-. ¿Qué ha dicho Takahari?

Todos se quedaron paralizados, mirando a Marcus.

El miró a su alrededor como estupefacto y luego sus ojos aterrizaron finalmente en mí.

-Ha firmado.

Capítulo 21

Y llegó el gran día. No *el* gran día, no me refiero a la boda, aunque para los medios de comunicación sí que se trataba del gran día. Ya sabéis, la prensa tenía prohibido cubrir la boda. Tanto la cena de ensayo como la ceremonia del día siguiente eran solo para amigos y familiares, por lo que la recepción y la gran fiesta eran donde se encontraba la carnaza.

¡Y vaya si la prensa iba a ir a por ella!

–Rebecca, ¿quién prefieres que se siente en la Sección B de la mesa presidencial, el embajador de la India o el de la República de Timor Oriental? Solo queda un hueco.

–Rebecca, ¿has podido probar la comida que va a en las cestas de regalo para los invitados? Aún tenemos que elegir entre las delicias de canela y las trufas belgas.

–Rebecca, ya sé que has dicho que por ti vale con que pongamos música clásica grabada desde el escenario, pero la cuestión es que la Vitamin String Orchestra quiere venir a tocar en vivo y no creo que sea adecuado que...

–Vale, gente, todos vosotros: ¡escuchad! –gritó Amanda. Se estaba tomando muy en serio su papel de dama de honor y, tras tres días de dictadura tiránica, ya no había quien la soportara–. Elegimos a la India porque hasta hace un momento ni siquiera sabía que existiera un país llamado

Timor. Trufas, porque Max es alérgico a la canela y, por supuesto, la orquesta puede venir a tocar en vivo. Solo tenéis que arreglaros con Niles, el de seguridad, y con Pam, que lleva la logística.

Nadie se movía, así que dio una fuerte palmada.

–¡Venga, vamos, moveos!

–Vale, ¿sabes lo que le ocurrió a María Antonieta cuando se pasó con las fiestas...? –le pregunté con suavidad, intentando tranquilizarla.

–¡Ja! Que lo intenten. –Se cruzó de brazos y recorrió el espacio con la mirada–. Niles los inmovilizaría en menos de dos segundos. Luego ese pajarraco vuestro se comería los restos. –Me estremecí automáticamente y Amanda me miró con interés–. Por cierto, ¿cómo lo llevas?

Antes de que pudiera contestar, una rusa muy enfadada nos interrumpió.

–Así que aquí está Rebecca White. –Tatiana caminaba cabreada sobre sus tacones italianos, aplastando todas las flores, con lo que el jardinero obsesivo compulsivo tuvo un ataque de nervios–. Qué cruz tengo contigo. ¿Sabes que llegas tarde a tu última prueba?

Miré el reloj mientras Amanda miraba inocentemente hacia otro lado.

–¡Cuatro minutos! Ya iba para allá.

–¡Cuatro minutos que podría haber aprovechado para coser zafiros australianos al borde del vestido! Dime, Rebecca, ¿disfrutas haciéndome sufrir? Lo que quieres es ser... ¿cómo se dice?... ¿La piedra en mi talón?

-¿La piedra en tu zapato?

-П е р е е х а т ь ! Т е п е р ь !

Pensando lo que aquello podía significar... Sí, era mejor que fuera a la prueba del vestido.

Dejé a Amanda divirtiéndose en su puesto de mando y seguí a mi rusa hasta el mini estudio de costura que había improvisado en el salón de Marcus.

Cuando sugerí que nos casáramos aquí en la villa en vez de volar a alguna destinación extravagante pensaba que así simplificaría las cosas.

No podía estar más equivocada.

Al día siguiente, cuando bajé por las escaleras después de pasarme un buen rato decorando el cuarto del bebé, encontré unas doscientas personas nuevas moviéndose por la casa. Gente de limpieza, pintores, decoradores, floristas, cocineros, pasteleros, músicos... lo que queráis. Una chica del equipo de escultores de hielo me dio una pila de papeles con dibujos para que se los llevara al jefe de diseñadores, luego se dio cuenta de quién era yo y se deshizo en disculpas. Era como un juego de damas chinas. Un montón de gente de un montón de equipos chocando entre sí, luchando para llegar al otro extremo.

Pero quizás el equipo más salvaje fuese el de Tatiana; la gente se apartaba sin decir nada. Nos dejaban pasar en nuestro zigzag hacia el estudio. Juraría que llamó con un código, entonces la pesada puerta se abrió para dejarnos entrar. Habían puesto el doble de luz y esta era mucho más brillante. También habían colocado una mini plataforma en el

centro de la habitación. Cuando me subí a ella me sentí como si fuera un experimento de esos que se miran con un microscopio.

–Vale. –Tatiana parecía más relajada ahora que me había puesto el vestido–. ¿Y cómo se va a relajar la novia antes del gran día?

Me habría reído si no hubiese tenido una docena de alfileres apuntándome a las costillas.

–Estás de broma, ¿no? Esta casa es un circo. Ni siquiera puedo pensar.

–Sí, sí, vale –murmuró, haciéndome callar mientras examinaba una costura–. Es importante que te relajes un poco y respires. Después de todo es tu día.

Intenté seguir su consejo, pero enseguida me dio palmaditas en la mano.

–No respires *ahora*, Rebecca, estamos en un punto crítico.

–Vale. –Suspiré e intenté quedarme quieta. Por mucho que chocáramos, esta era mi parte favorita de la preparación de la boda. Al menos era una cosa tranquila en la que por órdenes expresas, no me debía mover. Teniendo en cuenta la locura que había afuera, esto resultaba un alivio.

–¿Y tu otro vestido al final? –preguntó distraídamente–. Espero que hayas seguido mi consejo y lo hayas escogido en color amatista, te resaltaría los ojos.

–¿Cómo? ¿Resaltaría mis ojos que no son de color amatista? –pregunté con sarcasmo. Me pinchó aposta con un alfiler y me quedé quieta–. Sí... he elegido el morado.

–Tus ojos no son color amatista... –murmuró–. ¿Así que no te vas a poner lentillas de color? Creía que Geima y su gente te habían convencido.

Levanté las manos.

–No, nada de lentillas de color. No me convencieron en ningún momento. Es mi boda y me gustaría verme... no sé, como soy.

–Uuuuu, qué pena. –Me miró a la cara y se corrigió enseguida–. No lo de que te veas como eres, sino por lo de las lentillas. Habrían hecho lucir más mis joyas. –Alisó con determinación la parte de abajo del vestido.

–Ya, claro, como yo lo sabía... –dije con petulancia. Ella se movió y le sonreí.

En nuestro primer encuentro Tatiana me enseñó unos doce ejemplos de su trabajo y con todos ellos me quedé más que sorprendida. Me los quería poner todos para mi boda. Con toda su astucia me pidió que le diera luz verde para sorprenderme y entonces pensé, *claro, ¿por qué no?* Ahora sé que no saber cómo te vas a ver el día de tu boda provoca un estrés que no es en absoluto prudente.

–Venga –le pedí, sabiendo ya cuál iba a ser la respuesta–. Déjame ve un poquito, solo un poquito...

–Las reglas son las reglas –me respondió con firmeza, pero me guiñó un ojo–. Solo te digo que creo que vas a estar muy satisfecha con el resultado final. Es de lo mejor que he hecho.

Sentí mariposas en el estómago y sonreí a pesar de la tensión. Aunque estaba más segura que nunca de que no era

una chica de bodas, empezaba a hacerme a la idea de que en menos de veinticuatro horas iba a casarme con *Marcus*.

¿Y eso...? Sí, eso se merecía una pequeña sonrisa.

Se oyó un golpe seguido de varios gritos y se me borró la sonrisa de la cara.

Esto empezaba a ser ridículo. Se iba a formar algún sindicato en breve. Ya había quien intentaba pasarse de listo y subir a la segunda planta para decorar y limpiar, aunque yo me encargaba de pararles los pies. Bueno, yo y también Amanda y Niles, el terrorífico jefe de seguridad de la villa. Sin embargo los pequeños demonios eran más escurridizos de lo que nadie podía imaginar. Bastaba con distraerse dos segundos y *bam*, te encontrabas peonías colgadas en a puerta.

Y os preguntaréis: ¿dónde estaba *Marcus* durante toda esta catástrofe? Bueno, a él le dieron carta blanca para marcharse de la mansión cuando quisiera para arreglar los últimos detalles con Takahari. Porque, al parecer, un hombre solo tiene que ponerse el esmoquin y casarse, nada más.

–Ya tienes otra vez esa cara de falta de igualdad entre los sexos –apuntó Tatiana sin mucha complicidad, hablando con la boca llena de alfileres–. Intenta parecer más feliz, eres la novia.

–Es que es ridículo –murmuré–. Llevo un bebé dentro de mí, yo también estoy ocupada. ¿Por qué soy la única que tiene que ocuparse de dónde se sienta cada invitado y de los manteles que vamos a poner?

Me miró muy seria.

–Te voy a decir una cosa: no me importa en lo más mínimo. Yo me encargo del vestido. Del glorioso, esplendoroso vestido. –Sus ojos brillaron con calidez por un segundo y luego parpadeó–. Por cierto, ya puedes quitártelo, de momento.

–¿Hemos terminado? –pregunté dudosa.

–Tu parte sí –Me ayudó a sacarme el vestido por la cabeza–. Céntrate en no ganar ni perder cien gramos de aquí a mañana y todo irá bien.

Contuve una risa nerviosa y me puse mi ropa.

–Lo intentaré. –Iba a salir pero me detuve ante la puerta–. Da igual cómo sea, ¡estoy segura de que me va a encantar!

Los ojos de Tatiana se suavizaron y me sonrió con sinceridad.

–Muchas gracias, Rebecca. Da igual de qué color sean tus ojos o cuanta gente te ponga de los nervios ahí afuera, vas a ser una novia guapísima y tu boda va a ser preciosa. Vas a tener el vestido *perfecto* –añadió.

Sonreí y salí al pasillo, donde me encontré a Amanda junto a las escaleras.

–Hey, ¡te he buscado por todas partes! No me han dejado entrar a la sala de costura. Para mí que tienen un código secreto para llamar a la puerta.

–No descarto esa posibilidad.

–Bueno, el ensayo empieza en una hora, así que se va a marchar todo el mundo, menos los participantes. En cuanto acabemos, volvemos para arreglarnos para la gran fiesta. Los invitados estarán aquí a las seis. La prensa llega a las siete.

-Entonces deberíamos arreglarnos...

-*Ahora.*

Capítulo 22

Me puse una camiseta y unos vaqueros para el ensayo. Mi madre estaba horrorizada, pero solo iban a venir familiares y amigos. Incluso Billings tuvo que quedarse fuera, aunque lo vi espiando por una ventana. Para hacerme reír, Marcus se puso un bañador. Mi madre lo obligó a cambiarse enseguida, pero me pareció muy gracioso.

Repasamos los movimientos, revisamos los tiempos de nuestros pasos con la música para saber exactamente cuándo mirarnos y cuándo darnos la mano. Casi todo el tiempo tenía la impresión de que estábamos jugando.

No podía estar ocurriendo de verdad, ¿o sí? No era posible que fuéramos a casarnos al día siguiente... Íbamos a ser un matrimonio... ¿íbamos a tener un bebé?

Antes de que me diera cuenta todo había terminado y el personal nos mandó a cambiarnos para la gran fiesta de pedida de mano que ofrecíamos para la prensa. Me quedé detrás de las cortinas de una de las ventanas del segundo piso, mirando cómo cientos de invitados inundaban el jardín. Por extraño que suene me sentía como si fuera una invitada más. Me parecía demasiado irreal imaginar que venían a *mi* casa y que la gran fiesta era para *mí*.

El sonido de la orquesta entraba por la ventana abierta y Amanda pegó un saltito cuando tiraron de las tiras de su corsé para ajustárselo. Sí, habéis leído bien, alguien la convenció para que se pusiera un corsé.

–No puedo creer que las mujeres se pusieran esto todos los días –dijo Amanda sin respiración, aflojándoselo por segunda vez cuando yo no miraba–. No me extraña que se desmayaran.

–Sí, bueno –Volví a ajustárselo–. Para estar guapa hay que sufrir.

Amanda me ayudó a ponerme el vestido. Me moría de ganas de verlo. Cuando me lo abrochó se echó hacia atrás y me giró para que me mirara al espejo.

–Estás preciosa, Bex.

Debo admitir que me pilló desprevenida. Por supuesto que me lo había probado antes, pero solo para ver que me quedaba. No me había tomado la molestia de ver cómo me veía con él.

Era como una cascada de satén liso y perfecto de color amatista profundo con pequeños toques de encaje en los lados. Uno de esos vestidos que podrían parecer lencería si no los miras bien, aunque luego te das cuenta de que son de alta costura. Las mangas caían suavemente dejando mis hombros al descubierto y la espalda abrazaba mi piel desnuda como un corsé con unas cintas gruesas color negro.

–¡A Marcus le va a encantar! –me dijo feliz, colocándome las cintas–. Puede que te pida que vuelvas a ponértelo mañana... Si no lo rompe al quitártelo esta noche.

–¿Quieres parar? –Me reí y le di un golpecito–. No hables así enfrente del bebé. Y sabes perfectamente que Marcus y yo no nos vamos a ver esta noche. Va a dormir en la casa de invitados porque es la noche antes de la boda.

–Eso, no lo entiendo. –Se ajustó el cuerpo del vestido, moviéndose de costado para revisarlo–. Quiero decir –se agachó para acercarse a mi tripa–. Ya habéis abierto el regalo.

–No sé de qué me hablas –Levanté la cara con superioridad.

–Ya, sí, ¡claro! ¿Dónde escondiste esos aires cuando fuiste a *Good Morning America*?

Llamaron a la puerta y Marcus se asomó.

–Hey, chicas, toda la gente está llegando y yo... ¡guau! –Se le abrieron mucho los ojos mientras examinaba mi vestido palmo a palmo–. Bex... estás... *guau*.

–Te lo dije. –Amanda me guiñó un ojo y salió por la puerta–. Os veo abajo.

En cuanto nos quedamos a solas me puse a jugar con la tela del vestido.

–Tú también estás guapísimo.

–Gracias. Estás espectacular.

–¿No me he pasado?

–¿Pasarte? –repitió incrédulo–. Estás de broma, ¡es perfecto! Estás... –Atravesó la habitación y me plantó un enorme beso en los labios–. Estás perfecta, pareces un ángel.

Bailé, dando un paso hacia atrás sin dejar de mover la tela del vestido.

-No, me refería a si no será demasiado... para *ti*. No quiero que te... -Me subí despacio el vestido por el muslo-distraigas... Los invitados...

Sus ojos se volvieron traviosos y se llenaron de fuego a la vez. Un segundo después me tenía tumbada en la cama.

-A la mierda los invitados, que esperen.

-¡Espero no haber oído bien!

La puerta se abrió de golpe y Billings entró con decisión, totalmente inmune al hecho de que Marcus estaba quitándome la ropa.

-Los dos tenéis que bajar -dijo con una tranquilidad letal-. *Ahora*.

Me senté poniendo morritos.

-Billings, eres un verdadero...

-No querrás que tenga que volver a llamar a las chicas para que te vuelvan a maquillar, ¿no? -Me cortó estratégicamente.

Me puse pálida y salí corriendo del dormitorio. Marcus me siguió, pero le lanzó una mirada de odio a Billings al pasar junto a él.

-Por si no lo sabes, trabajas para mí.

Billings le ofreció una sonrisa deslumbrante.

-No lo olvide usted tampoco, señor.

La fiesta estaba muy animada, pero en cuanto entramos por las puertas dobles todo el mundo estalló en un aplauso. Salté un poco por la sorpresa, luego sonreí y levanté la mano para saludar junto con Marcus hasta que el barullo se fue

apagando. Por un segundo todos nos quedamos quietos, luego la orquesta empezó a tocar y se dio por iniciada la velada.

Creo que lo suyo es decir que nadie bailó con más ganas que mi madre, nadie bebió más que la abuela de Marcus. No habían pasado ni dos horas cuando nuestra querida Augustina estaba tirando de Marcus medio borracha para llevarlo a la pista de baile y bailar una versión etílica del fox-trot. A mí se me saltaban las lágrimas de la risa, pero luego Max me vio entre la gente y también me llevó a la pista. Nos reímos, chillamos y dimos vueltas y más vueltas hasta que sonó la campana que llamaba a cenar.

Entonces llegó la parte más formal de la noche.

La prensa se quedó en los jardines durante el baile y la celebración, pero para la cena les dejaron entrar y tomaron sus sitios educadamente en las mesas. Debo admitir que lo hicieron con cierta gracia, sin detenerse demasiado con ningún invitado. Cuando llegaron a Marcus y a mí no se les permitió hacer preguntas, pero posamos abrazados para ellos durante casi una hora.

Nos relajamos mucho. Marcus intentaba meterme un Cheto cubierto de chocolate en la boca cuando vi a alguien familiar en el jardín. No estaba segura, pero algo en aquella forma de caminar, en aquella sonrisa forzada, en esos ojos hambrientos, algo me decía que había visto antes en algún sitio a aquella mujer. Entonces de pronto, lo supe.

Era la Ojos de Serpiente. La mujer que con tanta generosidad nos había presentado a Marcus y a mí en la fiesta de su casa. Mi peor enemiga, en pocas palabras.

–¿Qué hace aquí? –Me acerqué para susurrar al oído de Marcus.

Él levantó la mirada sorprendida y miró hacia donde yo veía.

–Oh, ¿Gretchen? Hace años que somos amigos. Estaba casada con un buen amigo mío.

–Dile que venga. –Me brillaron los ojos al dar un trago de sidra.

Segundos después Billings la localizó entre la multitud y la mandó hacia nosotros. Cuanto más se acercaba más me costaba ocultar mi felicidad desbordante. No me malinterpretéis, yo no era un apersona pasivo agresiva. Pero la mujer que tan solo tres meses atrás había intentado organizar mi humillación frente a toda aquella gente merecía, al menos, un poquito de hostilidad *activa*.

–Gretchen. –Marcus la saludó con una sonrisa y luego se giró hacia mí-. ¿Recuerdas a mi prometida, Rebecca?

Ella giró sus ojos de lagarta hacia mí y yo la recibí con una sonrisa triunfal.

–Hola otra vez –arranqué, ofreciéndole mi mano-. Bienvenida a *mi* hogar.

Me estrechó la mano.

–Me alegro de volver a verte.

–Quería darte las gracias personalmente...

Sus ojos pasaron de Marcus a mí con nerviosismo.

–¿Da-darme las gracias?

–Por la última vez que nos vimos –expliqué-. Nos hiciste un gran favor al presentarnos a Marcus y a mí en aquella

fiesta. La verdad es que no sé qué habría hecho sin ti. Así que sí...*gracias*.

–¿Entonces no conocías a Marcus?

–No. Pero tú nos presentaste y estamos muy agradecidos. Vamos a casarnos y a tener un hijo y todo gracias a ti. Creo que si no nos hubieses presentado aquella noche nunca habría conocido a Marcus. Nunca voy a poder agradecértelo lo suficiente. Le vamos a poner tu nombre al bebé si es niña.

Se puso verde de coraje y esbozó una sonrisa dolorosa. Quizás sea más adecuado decir que enseñó los dientes y luego se marchó, perdiéndose entre la gente.

–Pero mírate –dijo Marcus aguantándose la risa–. Procura que nadie acabe como prisionero.

–Creo que ha sido la venganza perfecta –murmuré.

Chasqueé los dedos y Billings, que desapareció un momento entre la gente, se abrió paso poco a poco. La gente se quedó callada, todos se giraban hacia el mismo sitio. Entonces Marcus se echó hacia adelante ansioso en la silla para ver qué pasaba.

Su boca se abrió al ver llegar un enorme pavo real.

–No... no habrás...

–Se llama Dolly –respondí con una sonrisa–. Te lo debía. Ahora estará también en el jardín.

El pavo real emitió un graznido horroroso y Billings cerró los ojos en señal de desaprobación mientras el animal tiraba de la correa para intentar llegar a las ostras.

Marcus se echó a reír.

–Nunca dejas de sorprenderme. –Se giró hacia mí con una gran sonrisa–. Nunca.

–Feliz... regalo de boda –dije entre risas.

Se llevó mi mano a los labios para besarla.

–Me encanta. Es la pava más bonita que he visto en mi vida.

–¿Pava?

–Así se llama si es hembra, ¿no? Saldrás conmigo cada mañana a echarle de comer.

Sonreí.

–Por supuesto.

–Yo también tengo un regalo para ti... Aunque vas a tener que esperar a esta noche.

La fiesta no duró nada, comparado con toda la preparación que tuvimos que hacer. Debíamos dormir bien antes de la ceremonia del día siguiente, así que a las diez de la noche todos los invitados fueron llevados educadamente hacia la puerta. Mi madre y Amanda subieron a sus dormitorios, iban a dormir en nuestra casa para ayudarme a arreglar por la mañana. Marcus me dio un beso de buenas noches y se marchó a la casa de invitados.

Ví cómo los coches desaparecían en la noche desde la misma ventana en la que los había visto llegar unas horas antes. Aunque esta vez, al meterme bajo las mantas de mi enorme cama, sentí que estaba donde debía estar.

A pesar de los nervios obvios por la mañana siguiente, mi cuerpo estaba agotado por todas las emociones y me quedé

profundamente dormida en cuanto apoyé la cabeza en la almohada.

Dormí como un tronco y tan solo abrí los ojos cuando oí que llamaban a la puerta.

Me senté en la cama y miré a mi alrededor confundida. Aún era de noche. ¿Quién podía estar llamando? Maldiciendo mentalmente a la seguridad de Niles, recorrí el suelo mientras me ajustaba la bata y abrí un poco la puerta. Mi prometido me sonreía de oreja a oreja.

–Marcus. –Sonreí automáticamente, abriendo más la puerta para dejarlo pasar–. ¿Qué haces aquí? Si ya pasa de la media noche significa que es de mala suerte que me veas.

Se rió bajito y encendió una lámpara mientras se sentaba en la cama.

–Nunca va a ser de mala suerte verte. Tenía que venir.

Esos ojos de mar me miraron fijamente con una sonrisa tierna.

–Aún tengo tu regalo, ¿lo recuerdas?

Capítulo 23

No sabía qué esperar de Marcus allí sentado sobre la colcha, mirándome fijamente bajo la suave luz. De verdad que no sabía qué esperar cuando suspiró con una sonrisa y se puso de pie despacio.

Luego apoyó una rodilla en el suelo.

Mis labios se entreabrieron por la sorpresa.

–¿.... qué?

–No lo he hecho como debe ser.

Me quedé sin palabras cuando me cogió la mano sin abandonar aquella sonrisa tierna.

–Rebecca White. Eres la única persona de mi vida que me hace sentir como si no tuviera ni idea de lo que estoy haciendo. Me das miedo, me sorprendes, me haces sentir como si el mundo entero se hubiese puesto de cabeza.

¿... estamos seguros de que iba por buen camino?

–Pero precisamente por eso te quiero.

Me miraba como si en la habitación no hubiese nada más que yo, como si solo existiera yo en el mundo.

–Porque aunque eres inquieta y demasiado directa, también eres hermosa y dulce. Eres más inteligente que yo y tienes el corazón más grande que he visto en mi vida. Me retas cada día para que derrumbe mis muros y cambie mis

perspectivas. Has ampliado mis horizontes de una forma que no habría creído posible. Has hecho que me enamore.

Su voz se volvió más suave cuando acercó la mano para recoger una lágrima de mi mejilla.

–Así que, mi querida Rebecca, madre de mi hijo, amor de mi vida... ¿quieres casarte conmigo?

Yo no podía hablar. No podía ni respirar. Tan solo le ofrecí una sonrisa entre lágrimas y moví la cabeza para decir que sí.

–S-sí –logré decir al fin–. Por supuesto que quiero.

Su sonrisa brillaba.

–Muy bien. Creía que si me decías que no iniciaría otra Guerra Fría de tu parte.

Recordé a Tatiana y sus modistas y me eché a reír. Marcus me besó la mano pero, en vez de ponerse de pie, se quedó en el suelo, rebuscando en el bolsillo.

–Marcus, ¿qué...?

Sacó un anillo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al mismo tiempo que el calor se apoderaba de mí hasta los dedos de los pies. Era el anillo que le dio Augustina. Su anillo familiar, el que había pasado de generación en generación. Lo había olvidado por completo.

Me quitó el enorme diamante que llevaba en el dedo y me puso este otro anillo. Hice un ruido gutural, ¡era *tan hermoso*!

No os equivoquéis, me encantaba también mi otro anillo, pero en cuanto Marcus me lo puso no lo sentía como algo propio de mí, era demasiado grande, demasiado llamativo.

Este otro anillo... Esta sí era yo.

Una fila diminuta de diamantes que brillaban alrededor de mi dedo, envolviéndolo con delicadeza. En el centro una estrella en miniatura. No podía creer que algo tan pequeño pudiese ser tan exquisito. Era como si atrapara luz de todos los rincones de la habitación para hacerla brillar devolviéndomela multiplicada por diez.

Me lo acerqué al pecho y miré a Marcus, me había quedado sin palabras.

Enseguida él me levantó por el aire, abrazándome contra su cuerpo para luego posarme en la cama.

–No tienes ni idea de lo que siento al verte llevar ese anillo. Siempre me pregunté qué mujer lo llevaría. He esperado tanto a esa mujer y ahora, al fin, sé quién es. Eres tú. Tú eres el amor de mi vida.

–Eso es precioso –dije, mientras otra lágrima rodaba por mi mejilla.

Él me tocó la cara y compartimos un beso tierno. El beso se hizo más profundo y, antes que de ocurriera algo más, me aparté, sujetándole la cara con suavidad entre las manos.

–Marcus.

–Sí, cariño, ¿qué pasa?

–Yo... –mi voz se convirtió en un susurro–. Nunca creí que me iba a enamorar.

Marcus se rió bajito.

–Me alegro de que te hayas enamorado.

–Hablo en serio –Mis ojos recorrieron la habitación, aterrizando en el anillo y volviendo luego a la cara de

Marcus-. Esto... Todo esto –me puse una mano sobre la tripa-. Nunca creí que pudiera ser tan feliz.

Le acaricié el pelo.

–Si lo hubiese sabido... Lo habría buscado hace mucho tiempo.

Fue una de esas imágenes que se me quedarán grabadas en la memoria para siempre. La forma en la que Marcus me miraba, agachado sobre mí bajo la luz tenue. La expresión de su cara. Su sonrisa suave y tierna. La forma en la que sus ojos brillaban con aquella luz. Fue uno de esos momentos que ocurren muy pocas veces en la vida. Basta con parpadear para perderse.

Pero si sabes observarlo, puedes conservarlo para siempre...

* * *

A la porra leyes matrimoniales. Marcus durmió conmigo aquella noche. Salió de la habitación cuando el sol asomaba por detrás de la montaña. Sentí sus labios suaves besándome en la frente y luego volví a caer en el más dulce de los sueños. Me desperté aproximadamente una hora después sintiéndome bastante bien. El despertador aún no había sonado y lo puse en silencio antes de preguntarme qué había cambiado.

–Dios mío... –dije en voz alta.

¡No tenía náuseas! ¡Era la primera mañana que no las tenía! ¡Tenía que ser una señal!

Entre el nuevo anillo y mi estómago tranquilo me sentía tan bendecida como nadie lo podía estar. Me quité las mantas de golpe y cerré los ojos. La luz dorada del sol se colaba entre las cortinas y sonreí al sentir su calor sobre mis mejillas.

Te casas hoy, Bex. Respira. Disfrútalo. Hoy es tu gran día.

El sonido perforador de un segundo despertador me sacó de mi ensoñación y salté para buscarlo y apagarlo.

–Pero, ¿qué...? –gemí, removiendo ropa y zapatos mientras buscaba el maldito despertador. Al fin lo encontré, estaba entre un sombrero y la caja de un reloj–. ¿Qué ocurre?

–¡Buenos días, pequeña novia!

Amanda entró dando saltitos en mi habitación, seguida de cerca por mi madre (quien llevaba ya un pañuelo pegado a los ojos para secarse las lágrimas).

–Ese despertador es mío. Pensé que podías ignorar el primero y no quería que te quedaras dormida. Ya sabes –Se llevó un dedo a la sien–. Es parte de mis obligaciones como tu...

–Dama de honor. Sí, todos sabemos de tus tareas. –Me reí y le di el mini despertador–. Esto es de lo más molesto.

–Esa es su función.

Oímos un fuerte sollozo y tanto Amanda como yo nos giramos hacia mi madre. Puede que Sharon Wood fuese una superviviente: dos hijos, un horrible divorcio, cáncer de mama y un perro que se negó a ser educado, pero era un caos emocional en las bodas. Siempre lo había sido. No quería ni

imaginar lo que iba a ser hoy si ya estaba perdiendo el control.

–Hey, mamá –dije con precaución, abrazándola con suavidad–. ¿Estás bien?

Permitió que la abrazara unos segundos antes de apartarse.

–Es solo que... Tienes una niña, la crías lo mejor que puedes, la dejas libre por el mundo... Te haces a la idea, ¿sabes? Empiezas a hacer cosas en el jardín, te apuntas a tai chi, lo que sea. Crees que estás bien porque en el fondo piensas que ya volverá. Pero luego...

Volvió a deshacerse en llanto. Vi a Billings detrás de ella, pero en seguida cogió velocidad y se marchó en dirección opuesta.

–¡Y luego va y se casa!

Amanda y yo nos miramos y luego le dimos un abrazo colectivo con que el que queríamos consolarla y controlarla.

–Mamá, no es que no me vayas a volver a ver –Intenté tranquilizarla–. La única diferencia es que ahora, cuando vengas a verme, dormirás en un elegante cuarto de invitados en vez de en un sofá cama con Deevus.

Amanda asintió para darme la razón.

–Y cuando Becca vaya a verte llevará a un hombre atractivo que podrá sacar la basura, sacar a pasear a Mugsy, cocinar y esas cosas.

Mi madre sorbió por la nariz y me revolvió el pelo como si yo aún tuviese cinco años.

–Me alegro tanto por ti, mi amor –susurró–. No puedo estar más feliz.

Se me llenaron los ojos de lágrimas a mí también. Volví a envolverla en mis brazos, en un abrazo de oso gigante. Un minuto más tarde sentí un dedo en mi hombro y solté el abrazo de mala gana.

–Odio echar a perder este momento –dijo Amanda dudosa–. Pero ya son y diez.

Mi madre se puso en alerta y, de pronto, la Sharon sensible y vulnerable había desaparecido. La dictadora de las bodas había vuelto y no iba a permitir ninguna rebelión.

–¿Por qué no lo has dicho antes? –Se quejó–. Amanda, saca los vestidos de mi armario y asegúrate de traer también los zapatos. Bex, la ducha. Lávate el pelo. –Sacó su móvil–. Voy a llamar a los peluqueros y las maquilladoras... y que traigan también café.

–¡No olvides las mimosas! –gritó Amanda mientras corría por el pasillo.

Con una sonrisa enorme me metí en la ducha y me eché mi gel de baño favorito, dejando que el aroma y el agua caliente me acariciaran la piel antes de enjuagarme. En los últimos diez días había usado una mascarilla para el pelo que me había recomendado mi estilista y debía admitir que al pasarme los dedos por el pelo lo noté mucho más suave y brillante que nunca.

Me habría quedado una hora, disfrutando del vapor y dejando que mis nervios se tranquilizaran, pero solo tenía cinco minutos. Salí y me sequé, volviendo al dormitorio justo

cuando llegaba mi desayuno en una bandeja de plata. La jefa del servicio, una mujer meticulosa llamada Señora Cognit, lo trajo en persona.

–Enhorabuena, señorita White. Nos alegramos de su incorporación a la casa –dijo y se marchó.

La miré sorprendida. Creo que era la primera vez que me dirigía la palabra más allá de un simple saludo.

–Muchas gracias –le dije de corazón–. Me alegro mucho de estar aquí.

El resto de la mañana se podría resumir en pequeños momentos como aquel. Pequeños detalles que me dejaban sin palabras. Lisa, mi supervisora del trabajo, mandó un ramo de tulipanes con una tarjeta firmada por doce pacientes de la residencia. Kelly, mi querida barista, se tomó la molestia de venir en coche para traerme doce vasos de mi café moca favorito (que acabaron en una habitación). Incluso Teller Hamberg, mi horrible excasero, aprovechó la ocasión para devolverme la mitad del depósito (con una nota que decía que si las cosas no me salían bien con Marcus nadie se iba a sorprender). En general me sentí sobrepasada y sin palabras con todos los que tenían un puesto especial en mi vida y que ahora hacían algo para acordarse de mí.

Los peluqueros y las maquilladoras trabajaron a toda velocidad y, antes de que quisiera darme cuenta, oí que llamaban en forma de código a la puerta. Levanté la mirada entusiasmada. Por fin, después de tantas semanas, iba a ver mi vestido de novia.

Se abrió la puerta y entró Tatiana. Por primera vez en la historia no iba escoltada por otras rusas sino que venía sola, con una gran bolsa blanca de trajes.

–No puedo creer que al fin haya llegado el momento –dije sin dirigirme a nadie en especial.

Un silencio profundo llenaba la habitación y cuando Tatiana sacó el vestido de la bolsa, todos contuvieron la respiración.

–¡Madre mía!

Nunca había visto nada igual. Era seda blanca, sí, pero parecía más brillante, como nieve recién caída. La pedrería bordada era delicada, extraordinaria, se fundía como si hubieran sumergido la tela en un río de plata. Cuando me lo puse, me quedaba como una segunda piel. Era un vestido palabra de honor, tal como yo quería. Con una delgadísima gasa que iba por encima y que me caía por la espalda hasta llegar al suelo. El velo podía colgarse luego de la falda para crear una capa más de vaporosidad.

–Tatiana, es precioso. –Me giré deleitándome–. Me siento como si estuviera envuelta por una nube de invierno.

Todos los presentes se echaron a reír, incluso Tatiana acabó uniéndose.

–Voy a tomármelo como un cumplido –respondió–. De hecho es lo más bonito que me han dicho. El vestido te queda precioso, Rebecca. Estoy orgullosa de ser parte de esto.

Mi madre volvió a estallar en lágrimas y Amanda se acercó a mí con un gesto serio, casi solemne.

-Te digo totalmente en serio que eres la persona más hermosa del mundo entero en este momento. -Levantó los ojos al techo para no llorar-. ¡Estoy tan feliz por ti!

Me acerqué para abrazarla, pero Tatiana interpuso una mano rígida entre nosotras.

-Nadie abraza este vestido -ordenó-. Hasta después de la ceremonia.

Nos separamos riéndonos y le di las gracias una vez más mientras buscaba donde sentarse. Solo quedaban unos cuantos detalles, subir una cremallera por aquí, poner un accesorio por allá. Era más fácil de lo habitual porque yo no llevaba ninguna joya. Solo quise llevar puesto el brazalete que Marcus me regaló con el grabado *Debemos estar juntos*. También el anillo que me dio la noche anterior.

Me pareció que solo habían pasado unos segundos y entonces alguien anunció “ya es la hora” y bajamos todos deprisa para llegar a la puerta.

Habían tendido un pasillo de tela blanca sobre mi lado favorito del jardín, ese donde estaban los árboles colgantes. Había peonías blancas que delimitaban todo el camino hasta el arco en el que Marcus y su padrino iban a estar esperando.

La música empezó a sonar.

Me tomé mi tiempo para caminar, saboreando el momento. El vestido, el aroma de las flores en el aire, hacían que me sintiera como si flotara en vez de caminar, como si estuviera en un cuento de hadas y el siguiente capítulo estuviera a punto de comenzar.

Entonces lo vi.

Todo el aire de mi cuerpo se concentró en un suspiro silencioso y de pronto no veía la hora de llegar al final de aquel pasillo. Caminé más rápido, sonriendo sin contención mientras miraba su cara radiante. Esos mágicos ojos de mar me miraban sonrientes.

La música acabó de golpe y él me cogió las manos. Sus dedos acariciaron el anillo y luego sus ojos subieron hasta los míos. De pronto todo fue muy sencillo. No importaba cómo nos hubiésemos conocido, no importaba lo que hubiésemos hecho para llegar adonde estábamos ahora.

Él era el hombre al que yo amaba. Él era el hombre con el que me iba a casar.

El quiosco estaba cubierto de preciosas rosas. Los invitados estaban en filas esperándonos. Varias filas de sillas blancas ocupadas por amigos y familiares; casi no podía verlos, pues estaba demasiado centrada en Marcus, que estaba frente a mí, junto a su mejor amigo. Estaba espectacular con su esmoquin, su pajarita y su chaleco, con esos ojos que brillaban de amor al mirarme a mí y solo a mí. Tragué a pesar del repentino nudo que se me formó en la garganta, las lágrimas quemándome los ojos.

–Puedes con esto –me susurró Max al oído–. Te lo prometo.

Me acompañó mientras la *Marcha Nupcial* salía en un sonido firme de los altavoces que había colocado el DJ. Nunca olvidaré los millones de sonrisas con las que todo el mundo me miraba. Fue maravilloso. Seguí caminando, sin apartar mi mirada de Marcus para sentirme segura.

La forma en la que Marcus me miraba era sencillamente mágica. La sonrisa en su cara no tenía precio. Fue uno de los momentos más vivos y felices de mi vida. Su cara estaba iluminada de felicidad. Mi corazón saltaba y las lágrimas se me acumulaban en los ojos. No podía creer lo guapo que era, lo guapo que estaba. De verdad me sentía como si me hubiera colado en un cuento.

Sentía todas las miradas sobre mí, veía todas las sonrisas y los ojos llenos de lágrimas por el rabillo del ojo mientras seguía caminando, pero no tropecé ni una sola vez. Max me sostenía con firmeza, era una roca para mí, como siempre lo había sido. Cuando llegué al quiosco tanto Max como yo teníamos una amplia sonrisa.

Miré a Marcus, el amor de mi vida, y sonreí.

–Pareces un ángel –susurró él.

Me sonrojé, mirándolo de arriba abajo.

–Tú también.

Me guiñó un ojo antes de que nos giráramos hacia el sacerdote en el quiosco.

–Eres tan hermosa –me susurró, ahogándose en sus propias palabras, con los ojos brillantes de lágrimas–. Eres mi alma gemela y me muero porque seas mi mujer.

Yo tampoco podía contener las lágrimas, mi maquillaje estaba a punto de morir.

–Tú también eres mi alma gemela –susurré.

–Estimados amigos, nos hemos reunido hoy... –empezó el sacerdote, pero sus palabras flotaron sobre mí casi todo el tiempo porque yo no paraba de mirar la cara de Marcus.

Estaba tan feliz de estar allí con él, tan feliz de que por fin fuésemos a ser una familia, a empezar nuestra vida juntos.

–Jerry –dijo el sacerdote, haciendo que volviéramos a prestarle atención–. ¿Tienes el anillo?

–Sí. –Jerry sacó una alianza de oro del bolsillo de su esmoquin y se la pasó a Marcus.

Yo no conocía a Jerry, solo lo había visto una vez.

–Excelente. Marcus, ¿estás listo para decir tus votos? –preguntó el sacerdote.

Marcus asintió y me cogió la mano izquierda entre sus dos manos antes de empezar a hablar. Dijo los votos tradicionales, pero luego me derritió el corazón al añadir unas palabras propias. Me miró profundamente y dijo:

–Bex, me conoces como nadie en este mundo y sin embargo me amas. Eres mi mejor amiga, mi amor verdadero. No puedo creer que sea yo el afortunado que se casa contigo. Nunca olvidaré el momento en el que nos vimos por primera vez en aquella cafetería. Me robaste el corazón aquel día y quiero que lo conserves contigo para siempre.

Me mantuve fuerte, hasta que los labios de Marcus empezaron a temblar. Mientras seguía diciendo sus votos, la emoción desbordándosele por los ojos, los míos también se llenaron de lágrimas. Aún los más duros entre los invitados empezaron a llorar. Todos llorábamos y fue precioso, el momento más feliz de mi vida.

Marcus se secó los ojos y continuó:

–Prometo amarte, ser tu compañero, tu amigo, tu socio en la paternidad, tu aliado en los problemas, tu mayor fan, tu

compinche en la aventura, tu consuelo en el dolor, tu cómplice cuando te portes mal. Este día te entrego mi corazón y mi promesa de caminar contigo de la mano adonde quiera que nos lleve el camino. Viviendo, aprendiendo, amándonos por siempre. Eres el amor de mi vida, me haces más feliz de lo que imaginé nunca que sería. Me haces sentir más querido de lo que jamás creí posible. Te prometo ser cariñoso, paciente, fiel. Seré el mejor marido y el mejor padre que pueda. –Y así, Marcus me puso el anillo en el dedo.

En aquel momento sentía como si fuera a explotar de tanta emoción. Sabía que Marcus me quería más que a nada ni nadie en el mundo y yo le quería igual. Había elegido quedarse conmigo para el resto de su vida y esa sensación era tan poderosa, tan dulce. Nunca me sentí más afortunada. Estaba tan feliz, me sentía tan afortunada de poder llamarle mi marido.

Parecía que el destino había decidido ser muy generoso con nosotros y aquel día era el inicio del resto de mi vida con mi adorado marido. Por fin todos mis sueños, todas mis esperanzas, ese final feliz que tanto se me había escapado parecía posible.

No había palabras para describir la felicidad que sentía en aquel momento. Nada en el diccionario podía compararse a la ilusión, a mi alegría, a cómo me quedé sin palabras por la gloria y el amor que sentía. Solo sabía que amaba a Marcus con todo mi corazón y que él me quería igual a mí.

Parpadeé para deshacerme de las lágrimas que se me seguían acumulando por la sentida declaración de devoción

de Marcus. Había sido tan intensa, tan conmovedora. Cuando levantó la mano para secarme las lágrimas, se oyó un “Oh” de toda la gente que hizo que desapareciera un poco la vergüenza de llorar ante el altar.

Entre el tacto de Marcus, que me reconfortaba y las sonrisas de la gente, que me animaban, conseguí decir los votos tradicionales, aunque con algo de ayuda de parte del sacerdote. Después de ello no pude resistirme a decir también unas palabras que me brotaban del corazón:

–Mi amor –empecé–. En el último año he aprendido lo dura que puede llegar a ser la vida. Hemos atravesado el infierno. Han pasado muchas cosas, tantas que ha sido como estar en una montaña rusa que nos ponía a prueba. Pero allí donde la mayoría de los chicos habrían salido corriendo tú te quedaste conmigo. Nunca te diste por vencido con lo nuestro. –No pude evitar que se me quebrara la voz–. Aprendí que cuando la vida se convierte en una locura a nuestro alrededor lo que tenemos que hacer es mirarnos y recordar que todo es perfecto cuando estamos juntos. Yo sola no soy perfecta, tú me completas. Hoy, te prometo que nunca olvidaré eso. Te daré todo mi amor por la eternidad. Quiero envolvarte entre mis brazos y no dejarte marchar jamás. Prometo amarte y cuidarte e intentaré ser digna de tu amor en todos los sentidos, ser la mejor mujer que pueda ser y honrarte, Marcus. Te respetaré, te animaré a hacer lo que desees, serás mi tesoro en la salud y en la enfermedad, en los buenos y en los malos tiempos, en la tristeza y en el éxito para todos los días del resto de mi vida.

Cuando terminé puse el anillo que Amanda me dio en el dedo de Marcus. Y, aunque no pensaba que podría ser posible, mi corazón creció aún más y se llenó aún más de emoción al terminar de decir aquellas palabras. Me sentía tan completa después de jurarle mi amor a Marcus y escuchar su juramento hacia mí.

–Ahora, con Dios y esta maravillosa gente como testigos, os declaro marido y mujer –proclamó el sacerdote, añadiendo con una sonrisa–: puedes besar a la novia.

Entre risas, Marcus me estrechó entre sus brazos y me dio un beso largo y profundo que hizo que la cabeza me diera vueltas. Me colgué de él, extasiada de felicidad y emoción, ignorando los gritos, vitoreos y chillidos. Abrazándome a él mientras la gente estallaba cuando los labios de Marcus volvieron a encontrarse con los míos. Mis brazos lo rodeaban sin soltarlo, notando una sensación del más maravilloso de los alivios bañándome todo el cuerpo.

Ya estaba. Ahora ya estábamos juntos. Para siempre.

Cuando nos separamos él tenía lágrimas en los ojos. Se suponía que debíamos girarnos para mirar a la gente, pero Marcus no me soltaba. De hecho no me soltó en ningún momento mientras caminábamos por el camino de vuelta. Me levantó en volandas y caminó llevándome en brazos.

–No puedo creer lo que acabamos de hacer –susurré en su oído–. No puedo creer que esté casada.

Una sonrisa maravillosa le iluminó la cara.

–Más te vale creerlo, señorita. Ahora soy todo tuyo. Tú eres toda mía.

Hizo girar la alianza en mi dedo y me besó otra vez.

Esta vez la gente se puso de pie y cien bombillas se encendieron al mismo tiempo. Sabía que esto saldría en las portadas de las revistas. Sabía que la prensa nos esperaba del otro lado de la reja del jardín, junto con unas quinientas personas que querían vernos sonreír, saludar y posar como si este fuera también su día. También sabía que en algún momento iba a tener que soltarle la mano a Marcus, por cuestiones de logística.

Pero nada de todo eso me importaba en aquel momento. Estábamos en nuestro pequeño mundo. Solo nosotros dos. Y pronto seríamos tres.

Marcus parecía estar en un lugar similar al mío. Sin previo aviso, me dejó en el suelo y se puso de rodillas, dándole un beso tierno a mi tripa.

–¿Tú qué opinas, bebé? ¿Te alegras de que tu mamá y yo nos hayamos casado?

Emití una risa bajita y le acaricié el pelo, casi me sentía mareada de la emoción al bajar la mirada y encontrarme con mi nueva familia.

–Marcus –le dije en tono juguetón–. Cuando le hables a nuestro hijo vas a tener que ser más específico.

Alzó la mirada con una interrogación en los ojos.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, creo que si vas a mantener una conversación deberías saber mejor con quién estás hablando.

Meneó la cabeza perdido mientras yo tiraba de él para que se pusiera de pie. Volví a acariciarle el pelo con una sonrisa y

luego, poniéndome de puntillas, mis labios rozaron su oreja y le susurré:

–Es niño.

Marcus no podía parar de sonreír. Tampoco yo. No empezamos con buen pie, pero todo se enderezó al final. Encontré al amor de mi vida.

Él me besó con suavidad, con ternura. Yo estaba feliz de que nos hubiésemos encontrado, de que pudiéramos empezar nuestra vida juntos como marido y mujer, ¡de que estuviéramos empezándola en aquel mismo instante!

Epílogo

Un año más tarde...

Marcus y yo nos embarcamos en la maravillosa aventura del matrimonio y de ser padres. A los dos nos encantó y disfrutábamos de cada momento, uniéndonos más. Los dos llegamos a conocernos muy bien. Era como si fuéramos perfectos el uno para el otro, la pareja ideal.

Marcus era un padre excelente y yo era una madre maravillosa. No sabría si podría serlo, pero lo fui, ¡vaya si mi madre tenía razón! Adoré a mi bebé más que a nada en el mundo. Él y Marcus lo eran todo para mí. Y a propósito del mundo: el mundo dijo que yo había domesticado a Marcus Taylor, pero creo que lo que ocurrió es que se enamoró y quiso sentar cabeza, ser un buen marido y un buen padre. ¿Os he contado que tanto Marcus como yo lloramos cuando di a luz a nuestro hijo? Es uno de nuestros recuerdos favoritos. Dillon pesó casi cuatro kilos. Aquel hombrecito nos robó el corazón.

Y por lo que parece, todo el mundo se alegró de que Marcus se asentara y encontrara la verdadera felicidad. Él se mostró como un hombre nuevo, uno que ama a su hijo y a su mujer por encima de todas las cosas. La imagen de Marcus mejoró increíblemente y los tintes negativos que percibía la prensa sencillamente desaparecieron. Se centraron en su nueva vida y solo en eso. Yo me alegraba de ello.

Yo tuve un golpe de suerte cuando un productor de cine vino a verme al teatro. Me dijo que era perfecta para el papel de Julie Showers y me hizo una prueba. Tenía que hacer de espía. Me dijo que lo había bordado. Me pregunté si Marcus había tenido algo que ver,

pero luego me enteré de que el productor era vecino de un primo de Barry. Amanda había hecho una prueba para el mismo papel y no se lo habían dado. Admitió que no era adecuada para ese personaje y le recomendó al productor que me buscara. Le dijo:

–¡Tienes que verla en acción! No es como ninguna actriz que conozcas.

El productor vino a una de mis funciones, le encantó y me dio una oportunidad. Yo estaba radiante de felicidad.

Amanda consiguió un papel en un culebrón, hacía de la sexy devorahombres Laura Hartman. Se suponía que solo iba a estar tres meses pero como todo el mundo la adoraba, acabó quedándose mucho más tiempo con el papel. Ella y Barry aún están juntos, mejor cada día. Y aún tienen a Deevus, aquel gato con tres patas. De vez en cuando voy a visitarlo y sigue siendo tan malvado como siempre. Pero siempre tendrá un lugar especial en mi corazón. Amanda sigue siendo mi mejor amiga. Nos encanta ir a pasear al parque y creo que Dillon, mi bebé, también le encantan esos paseos. Le gusta tanto salir como a su mamá. Dillon tiene la piel suave, ojos azules y pelo negro. Es el bebé más guapo del mundo. Por supuesto, soy objetiva.

Eduardo y Dolly se adoraron. Era muy divertido tener dos pavos reales y juro que a Eduardo empecé a caerle bien. Creo que me agradeció que le trajera a una hembra a su vida. Ahora está mucho más feliz. Se pasean por el jardín con total despreocupación.

Un día estaba rodando cuando recibí una bonita sorpresa. Sonreí al ver aparecer a Marcus con Dillon.

–Hey, habéis venido al rodaje –dije.

Le di un beso a Marcus y luego otro a Dillon. Se me derritió el corazón cuando mi adorado bebé me sonrió.

Me reí.

–Lleva la camiseta al revés.

-Lo siento, cariño, es que tenía prisa -dijo Marcus-. No quería llegar tarde a tu pausa para comer.

Sonreí de oreja a oreja.

-No pasa nada, te apañas genial sin niñera.

Marcus sonrió y volvió a besarme. Habíamos acordado no tener niñeras ni hablar de internados. Él lo hacía genial y me hacía sentir muy orgullosa.

-¿Quieres que salgamos a comer algo? -le pregunté.

-Me encantaría -respondió Marcus.

Lo miré a los ojos, mientras muchos pensamientos me consumían. Se me llenaron los ojos de lágrimas e intenté que se marcharan parpadeando.

-¿Qué pasa? -preguntó Marcus-. ¿Has tenido un mal día en el trabajo, mi amor?

-No -dije.

Me tocó la mejilla.

-¿Entonces qué pasa, cariño?

-Es que todo es *perfecto*. Absolutamente perfecto. Tengo el papel de mi vida, un marido maravilloso, un hijo precioso y dos pavos reales. Mi vida es absolutamente perfecta.

Me besó en los labios. Un beso suave y tierno.

-La mía también lo es.

Fin

¡Visita a Sierra Rose! <http://authorsierrarose.com/>

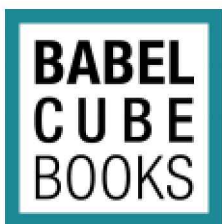


Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com